



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Maestría en Ciencias Humanas, Opción: Estudios Latinoamericanos
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad de la República

Tesis de Maestría para defender el título de Magister en Ciencias Humanas,
opción Estudios Latinoamericanos

Ciudad y territorios en disputa: procesos de subjetivación política en los movimientos sociales

**Caso: Movimiento Popular La Dignidad
(Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina)**

Maestranda: Lic. Siboney Analesky Moreira Selva

Director de Tesis:

Prof. Dr. Eduardo Álvarez Pedrosian

Director Académico:

Prof. Mag. Yamandú Acosta

Montevideo, Uruguay
Diciembre de 2016

Moreira Selva, Siboney Analesky

Ciudad y territorios en disputa: procesos de subjetivación política en los movimientos sociales. Caso: Movimiento Popular La Dignidad (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina) / Siboney Analesky Moreira Selva

- Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2016

Director de Tesis:
Eduardo Álvarez Pedrosian

Director Académico:
Yamandú Acosta Roncagliolo

Tesis de Maestría, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2016

Referencias bibliográficas: p.

1. 1^{er} Movimientos sociales, 2da Subjetivación política, 3ra Ciudad, 4ta Territorio, 5ta Autonomía

Montevideo, 15 de diciembre de 2016

**Dirección de la Maestría en Ciencias Humanas, Opción Estudios
Latinoamericanos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar**

De mi mayor consideración:

Me dirijo a ustedes con el fin de avalar la presentación de la tesis de la **Lic. Siboney Moreira Selva**, titulada: ***Ciudad y territorios en disputa: procesos de subjetivación política en los movimientos sociales. Caso: Movimiento Popular La Dignidad (CABA, Argentina)***, en calidad de su director.

Sin otro particular, los saluda atte.:



Dr. Eduardo Álvarez Pedrosian
Coordinador Labtee-DCHS-IC

Agradecimientos

A mi familia por hacer de mi lo que soy, por empujarme siempre a desafiar mis límites y capacidades, por darme todo para que yo pueda ser.

A Andrés por acompañarme en todo este proceso, por leerme y escucharme, por reflexionar juntos, por recordarme siempre que se puede, por caminar a mi lado y soñar juntos.

A la familia de corazón, porque ahí vive y crece ese mañana que aspiramos, donde radican los sueños y donde se teje también ese mundo diferente.

A *guapas*, amigas queridas por las tardes y noches de cuchicheo, de sororidad y profundo amor, por estar siempre y por acompañarme a desplegar las alas.

A las bellas Minervas por ayudarme a descubrir mi propia potencia, que no sería posible sin la de las demás, por esa rebeldía y soñar juntas que nos vuelve fuertes.

A lxs compas de ZUR y la Escuela por aprender a construir juntos, a hacer posible, desde nuestros lugares, que la imaginación se convierta en realidad.

A Eduardo por hacer este recorrido conmigo, desde la calidez y motivación.

A Maisa, Maga, Mafu, Thali, Dani, Moni, Chris, Santi, Niño, Seba, Hernán y a todx lxs compas que conocí, que me abrieron las puertas de sus casas y su organización. Por esa profunda osadía que se vuelve inspiración y permite seguir proyectando otros mundos, menos dolorosos, menos injustos. A todxs esxs compas que se levantan día a día en lucha y defienden sus trincheras, que construyen territorios de esperanzas, sueños y rebeldías.

*“(...) Certas pessoas perderão seus cargos e empregos
O trabalho deixará de ser um meio de vida
As pessoas poderão fazer coisas de maior pertinência
Quando os trabalhadores perderem a paciência (...)”*

*Quando os trabalhadores perderem a paciência
Não terá governo nem direito sem justiça
Nem juizes, nem doutores em sapiência
Nem padres, nem excelências*

*Uma fruta será fruta, sem valor e sem troca
Sem que o humano se oculte na aparência
A necessidade e o desejo serão o termo de equivalência
Quando os trabalhadores perderem a paciência*

*Quando os trabalhadores perderem a paciência
Depois de dez anos sem uso, por pura obscelescência
A filósofa-faxineira passando pelo palácio dirá:
“declaro vaga a presidência”!”*

Mauro Iasi

Tabla de contenidos

Agradecimientos	III
Tabla de contenidos	V
Resumen	VIII
Abstract	X
Lista de abreviaciones y siglas	XII
Presentación	XIII
CAPÍTULO 1	
Fundamentación, antecedentes y delimitación del problema	2
1.1 Introducción.....	2
1.2 Relevancia de la investigación.....	5
1.3 Revisión de antecedentes.....	7
1.3.1 Sobre movimientos sociales.....	7
1.3.1.1 El movimiento piquetero.....	9
1.3.1.2 Las villas, el territorio y la ciudad.....	10
1.3.2 Sobre subjetivación política y movimientos sociales.....	12
1.4 Problemas, preguntas y objetivos de investigación.....	13
CAPÍTULO 2	
Referentes epistémicos y teóricos	17
2.1 Los procesos de subjetivación política.....	19
2.1.1 La experiencia como herramienta de análisis.....	19
2.1.2 Producción de subjetividad y dominación múltiple.....	22
2.1.3 Subalternidad, antagonismo y autonomía.....	25
2.2 Ciudad, territorio y territorialidad.....	30
2.2.1 Ciudad del capital, ciudad en resistencia.....	31
2.2.2 Territorialización de las luchas y territorios en lucha.....	35
2.3 El MPLD: movimiento social urbano territorial.....	39
2.3.1 Para pensar los movimientos sociales.....	39

2.3.2 Movimientos latinoamericanos, movimientos territoriales.....	42
--	----

CAPÍTULO 3

Diseño metodológico.....	46
3.1 La elección del método.....	47
3.1.1 Relevancia de la elección metodológica.....	47
3.1.2 Extrañamiento, implicación y reflexividad.....	50
3.1.3 El estudio de caso en la investigación cualitativa.....	51
3.2 Las técnicas utilizadas.....	52
3.2.1 Para pensar los procesos de subjetivación.....	52
3.2.2 Para pensar la disputa territorial y la ciudad.....	56
3.2.3 Entrevista, observación, revisión y análisis documental.....	56

CAPÍTULO 4

Presentación de datos y análisis.....	61
4.1 Los cimientos: el territorio como eje de la organización.....	62
4.1.1 Que se vayan todos: hegemonía neoliberal y crisis 2001-2002.....	62
4.1.2 El antagonismo como rasgo estructurante.....	69
4.1.3 El repliegue: un retorno a la subalternización.....	77
4.1.4 La CABA y sus condiciones específicas.....	81
4.2 El MPLD y sus territorios.....	87
4.2.1 La construcción territorial del MPLD.....	88
4.2.2 Habitar los territorios.....	93
4.2.3 La territorialidad de las villas.....	98
4.2.4 Prefigurar lo nuevo: construyendo poder popular.....	111
4.3 Colonialidad-patriarcado-capitalismo: clave de interpretación.....	116
4.3.1 Repensando la noción de acumulación originaria.....	117
4.3.2 Una mirada sobre la dimensión étnico-racial en las villas.....	123
4.3.3 Patriarcado-capitalismo: alianza criminal.....	128
4.4 Ciudad y territorios feminizados.....	134
4.4.1 El territorio son las mujeres.....	135

4.4.2 La reproducción de la vida en el centro.....	139
4.4.3 Construyendo política en femenino.....	145
4.5 Entre entramados y tejidos: produciendo lo común.....	150
4.5.1 Las villas: territorios de lo común.....	151
4.5.2 Tejiendo comunidad.....	156
CAPÍTULO 5	
Consideraciones finales y futuras líneas de indagación.....	161
5.1 Consideraciones finales.....	161
5.2 Futuras líneas de indagación.....	167
Referencias bibliográficas.....	169
Anexo – Imágenes del territorio.....	180

Resumen

En esta tesis se indaga cómo las disputas por los territorios, las nuevas territorialidades y el derecho a la ciudad, impulsadas y sostenidas por movimientos sociales, se constituyen en experiencias que prefiguran un nuevo orden social contrapuesto al orden de dominación hegemónico. Estas luchas, acciones e ideas que constituyen procesos de subjetivación política, tienen a su vez un correlato en las formas de organización social y producción política de dichos sujetos colectivos. Para ello se analiza la experiencia del Movimiento Popular La Dignidad (MPLD)- con foco en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires-, desde sus orígenes en el movimiento piquetero en 1998 hasta finales de 2015.

La dislocación de la hegemonía neoliberal, a partir del 2001, marcó un momento significativo que colocó al movimiento piquetero como principal protagonista de las acciones colectivas de ese momento, donde se reivindica: la lucha por la transformación radical de la sociedad, nuevas formas de organización social, el ejercicio y construcción de autonomías y otro vínculo con el Estado y la institucionalidad; donde se vivencian formas alternativas de reproducción de la vida y se plantea como estrategia la construcción de poder popular, todo lo cual desencadenó en el surgimiento de nuevas experiencias organizativas. En este sentido, la investigación contempla el contexto político de surgimiento y desarrollo del MPLD.

El tema cobra relevancia en un escenario social y político donde los enfrentamientos y disputas por y en los territorios y la ciudad están cada vez más presentes. Procesos estos, que habilitan campos significativos de producción de subjetividad, concebidos y experimentados en la tensión entre la dominación y la producción de nuevos sentidos y prácticas. El abordaje propuesto pretende centrar el análisis de las acciones colectivas de sectores subalternos en tanto experiencias que ponen de

manifiesto los antagonismos sociales, entendidas a su vez como procesos históricos donde los sujetos que las protagonizan se (re)constituyen a sí mismos e interpelan el orden social de dominación, configurándose como sujetos emancipatorios. Nuevas subjetividades colectivas gestadas al calor de la lucha, que hacen a la conformación e identidad del MPLD y su proyecto socio-político. La metodología utilizada tuvo un enfoque cualitativo etnográfico, de forma tal que permitió comprender la significación y el sentido que estos procesos adquieren para los sujetos que los producen. Asimismo, el proyecto pretende aportar a la producción de conocimiento sobre el tema, partiendo del acercamiento a la experiencia definida y sus antecedentes.

Palabras claves:

(1) Movimientos sociales, (2) Subjetivación política, (3) Ciudad, (4) Territorio, (5) Autonomía

Abstract

In this thesis it is inquired how the dispute for the territories, the new territorialities, and the right of the cities, impulsed and supported by social movements, are constituted by experiences that prefigure a new social order imposed against the order of hegemonic domination. These struggles, actions and ideas that constitute the process of political subjetivation, also have a correlation with the forms of social organization and political production of said collective subjects. That is why the experience of the Movimiento Popular La Dignidad (MPLD) (The Dignity Popular Movement) is analyzed- focusing on the Autonomous City of Buenos Aires-, since its origins in the piquetero movement in 1998, until late 2015.

The dislocation of the neoliberal hegemony, since 2001, marked a significant moment which made the piquetero movement the main protagonist of the collective actions in that moment, where occurs the reivindicacion of: the struggle for the radical transformation of society, new ways of social organization, the exercise and construction of autonomies and another bond with the State and the institutionality; where alternative ways of reproduction of life are experienced, and the construction of popular power is used as the strategy. In this sense, the investigation contemplates the political context of emergence and development of the MPLD.

The topic becomes relevant in a social and political scenario where the confrontations and disputes for and in the territories and the city is becoming more present. These processes, which enable significant fields of production of subjectivity, conceived and experimented on the tension between domination and production of new senses and practices. The approach proposed aims to centre on

the analysis of the collective actions of subaltern sectors in experiences which manifest the social antagonism, understood at the same time as historical processes where the subjects who protagonize them (re)constitute themselves and interpellate the social order of domination, setting themselves as emancipatory subjects. New collective subjectivities gestated in the heat of the struggle, which contribute to the setting and identity of the MPLD and their socio-political project. The methodology used had an ethnographic qualitative focus, in a way that enabled the comprehension of the significance and the sense in which these processes acquire for the subjects that produce it. Moreover, the project aims to contribute to the production of knowledge about the topic, starting off from the approach towards the defined experience and its background.

Key words:

(1) Social movements, (2) Political subjectivation, (3) City, (4) Territory, (5) Autonomy

Lista de abreviaciones y siglas

Udelar: Universidad de la República

MPLD: Movimiento Popular La Dignidad

CABA: Ciudad Autónoma de Buenos Aires

YPF: Yacimientos Petrolíferos Fiscales

MCP: Movimiento Casa del Pueblo

MTD: Movimiento de Trabajadores Desocupados

MTR: Movimiento Teresa Rodríguez

OPSA: Organización Político Social de Argentina

SEOM: Sindicato de Empleados y Obreros Municipales de Jujuy

Presentación

Un barrio convulsionado, gente pasando hambre, la desesperación y la angustia brotando desde el seno mismo de las entrañas; es rabia, sufrimiento, impotencia, indignación. Pero también es solidaridad, es el lazo fraterno que impide desmoronarse: la olla popular, la gente compartiendo lo poco que tiene. Así es como recuerdo nuestro 2002, en Montevideo. Casabó movilizó por el dolor, haciendo honor a su historia de resistencia. Tal vez haya sido mi propia historia lo que hace que me estremezca de admiración toda experiencia de lucha. Podría no haber sido, pero fue...la militancia, práctica que aprendí a recorrer junto a otros, se convirtió así en un componente esencial en mi vida. Porque es la convicción en que podemos cambiar este mundo lo que nos mueve a muchas y muchos.

El MPLD es una de esas experiencias, que tiene en su horizonte político la transformación radical de la sociedad. Una transformación que nace, se teje y se construye desde ahora, desde abajo, desde los territorios, desde los lugares que la ciudad le permite a esos otros, a los nadie. Es en esos territorios donde se ponen de manifiesto los antagonismos sociales. Por ello, esta investigación se plantea como objetivo analizar y contribuir a la comprensión de los procesos de lucha y disputa por la ciudad y los territorios desplegados por el MPLD, y sus efectos en la construcción de su proyecto socio-político y principios orientadores.

Esta investigación pretende entonces ser un insumo más para la comprensión de esos procesos, para lo cual está organizada en cinco capítulos: el primero presenta la fundamentación, antecedentes y delimitación del tema; en el segundo se explicitan las referencias epistémicas y teóricas; el tercero está dedicado al diseño metodológico. El cuarto presenta los datos relevados, su análisis y resultados, y en el quinto se desarrollan las conclusiones y las líneas futuras de indagación.

*"La revuelta de la dignidad viene del fondo de nosotros mismos" (...)
es esa Patria sin nacionalidad, ese arcoíris que es también puente,
ese murmullo del corazón sin importar la sangre que lo vive, esa rebelde irreverencia
que burla fronteras, aduanas y guerras"*

EZLN - 1995

*"No digan que el movimiento social excluye el movimiento político.
No existe movimiento político que no sea social al mismo tiempo"*

Karl Marx – Miseria de la filosofía

CAPÍTULO 1: Fundamentación, antecedentes y delimitación del problema

1.1 Introducción

El Movimiento Popular La Dignidad (MPLD) es una experiencia que nace del movimiento piquetero en Argentina (caracterizado en lo concerniente a sus tácticas de lucha por los cortes de ruta y de calles) que emergió a partir de la segunda mitad de los años noventa, resistiendo directamente la aplicación de políticas neoliberales. El movimiento piquetero es la organización de trabajadores desocupados que encuentra, por estos años, sus primeras manifestaciones en algunas localidades argentinas: en Tartagal y General Mosconi (Salta) y Cutral-Có (Neuquén), provincias que se vieron condenadas a la miseria tras las políticas privatizadoras que generaron un desempleo estructural, pero donde los lazos comunitarios no lograron ser fragmentados (Zibechi, 2003b; Pacheco, 2010). La provincia de Neuquén fue, de esas primeras manifestaciones, donde el surgimiento de este nuevo movimiento encontró su mayor epicentro, tras el despido de trabajadores de la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF)¹, que luego se propaga a otros territorios del país, dando lugar al surgimiento de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD)².

Así, a partir de las revueltas y cortes de ruta como respuesta directa a las privatizaciones y la desocupación generadas por las políticas neoliberales, lo que hoy es el MPLD se organiza en 1998 bajo el nombre de Movimiento Casa del Pueblo (MCP), en el barrio popular Villa Crespo, ubicado en el centro de la

1 Posteriormente privatizada por la multinacional española Repsol YPF.

2 Los MTD no fueron una organización única sino que hace referencia a un heterogéneo conjunto de comisiones barriales que no necesariamente tenían articulación entre sí y que pretendían agrupar a los desocupados (Pacheco, 2010). Algunos de ellos fueron: MTD Almirante Bown; MTD de Laúñ; MTD de Allen; MTD de La Cañada, entre otros.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), instalando un merendero, una biblioteca, brindando apoyo escolar y sirviendo de espacio de reuniones de jóvenes. Al tiempo que fueron una organización activa durante el proceso de resistencia durante los años 2001-2002.

Con la agudización de la crisis y los levantamientos populares del 19 y 20 de diciembre de 2001 y el surgimiento de diversas organizaciones populares movilizadas por este mismo contexto, el MCP comienza a articular con estas expresiones colectivas con las que se compartían algunos criterios organizativos: la democracia de base y la dinámica asamblearia en los barrios como ejes vertebradores. En este marco el MCP decide pasar a formar parte de una de estas organizaciones, el Movimiento Teresa Rodríguez³ Capital (MTR), pasando a adoptar este nombre como parte de su nueva identidad.

Las luchas cotidianas compartidas por esos años llevó a identificar y vivenciar algunas diferencias respecto a las formas de construcción interna del movimiento que se tradujeron en su separación. En consecuencia, se conformó un nuevo sector dentro del MTR, denominado MTR La Dignidad. A partir de ese momento el MTR La Dignidad comenzó a ampliar su horizonte de disputa política y a proyectar la lucha desde varios frentes: estudiantil, sindical, cultural, juvenil, villero, salud, vivienda, todo desde un abordaje territorial. De esta forma, finalmente en 2006 se conforma el MPLD, con fuerte presencia en las villas y asentamientos de la CABA y con militancia territorial en localidades del cono urbano bonaerense -La Matanza, Avellaneda, Lanús, Morena y Florencio Varela-, la costa atlántica -Mar del Plata, Villa Gesell y Mar Azul-, y más recientemente en otras provincias de Argentina -Salta, Río Negro, Tucumán, Chubut, Chaco y Misiones- (MPLD, et al, 2013).

3 Teresa Rodríguez fue una empleada doméstica asesinada en 1997 durante una represión en Neuquén.

Si bien el movimiento tiene presencia a nivel nacional, sus mayores acumulados y trayectoria se ubican en la CABA (lugar donde nace), siendo hasta la actualidad una de las organizaciones del campo popular argentino con mayor presencia y desarrollo militante territorial en las villas (también denominadas villas miseria⁴). Su composición está caracterizada así por una multiplicidad de sujetos que se encuentran y se potencian a partir de su afán de transformación radical de la sociedad: universitarias/os, villeras/os, trabajadoras/es, desocupadas/os, intelectuales, migrantes nacionales (de otras provincias de Argentina que migran a la CABA) y extranjeros (bolivianos, peruanos, paraguayos), mujeres, hombres, jóvenes, niños y niñas. Múltiples identidades que se articulan, reconociéndose sin negarse, con la pretensión de quebrantar la multiplicidad de opresiones que ellas encarnan.

El MPLD cuenta con distintos espacios desde donde pretende prefigurar en el aquí y ahora nuevas prácticas y sentidos, nuevas subjetividades: bachilleratos, primarias y jardines populares, centros de salud y laboratorio popular, casas de las mujeres luchadoras, talleres culturales (teatro de las y los oprimidos, arte), radios y TV comunitarios, periódicos y revistas con una perspectiva contrahegemónica, diversas cooperativas de trabajo (barrido, panadería, dulces y mermeladas, café, bar La Dignidad). Al tiempo que impulsó la creación en el año 2012 de la Corriente Villera Independiente, una herramienta de lucha que articula a las villas de la capital federal⁵ y que tiene como cometido servir de eje coordinador de las distintas experiencias que se despliegan en los territorios para, como ellos enuncian, “terminar con los malos gobiernos” y luchar en lo inmediato por la urbanización con radicación en las villas. La Corriente se plantea así ser el frente

4 Este término, utilizado para hacer referencia a los asentamientos irregulares, tiene familiaridad con otros utilizados principalmente a nivel latinoamericano, por ejemplo: cantegriles en Uruguay, población callampa o campamentos en Chile; favelas en Brasil, o barriadas en otras culturas.

5 Aglutina a las villas 31 y 31 bis, de Retiro; a la 1-11-14 y Barrio Rivadavia, de Bajo Flores; a la 21-24, de Barracas; a la 20, de Lugano; a la 6, de Cildañez; al Playon de Fraga, de Chacarita; a la 3 Famatina, Los Piletones y al Barrio Ramón Carrillo, de Soldati; a la 15 de Ciudad Oculta; al Barrio Los Pinos; y los barrios Bermejo y Zavaleta, de Barracas.

de masas del movimiento, pero con una forma de organización propia en los territorios.

Actualmente el movimiento se encuentra en proceso de transición, de confluencia en un ámbito de articulación político-social más amplio con otras organizaciones dentro de la llamada izquierda independiente de Argentina. Este proceso se inició a principios de 2015 y continúa hasta la actualidad. En el marco de este proceso aunque hasta el momento el MPLD conserva su nombre, este es un eje de debate aún no saldado. No obstante, esta confluencia no se plantea anular las identidades previas de las organizaciones que la integran, sino por el contrario, incluirlas y partir de ellas para pensar lo nuevo a construir. Algunas de estas organización son: Movimiento Tupaj Katari de la provincia de Jujuy, Pájaros de Río de la provincia de Entre Ríos, Organización Político Social de Argentina (OPSA) del Chaco, entre otras que se siguen incorporando.

1.2 Relevancia de la investigación

El MPLD, como fue indicado anteriormente, tiene desde sus orígenes una basta experiencia de trabajo a nivel territorial, siendo en las villas donde ha generado sus mayores acumulados. La disputa por la ciudad y los *territorios*, entendiendo a estos últimos no solo como los espacios físicos sino a todos los ámbitos de desarrollo de la vida desde donde se producen sentidos (los sindicatos, el barrio, la Universidad -la educación en general-, el hogar, todos son territorios de disputa) y por tanto a las formas en que se habitan (Heidegger, 1994), son un elemento central que incide tanto en su forma organizativa como en sus proyecciones políticas. Es desde ese habitar, o habitares, y desde la propia materialidad de la vida, desde donde se produce y reproduce también nuestra subjetividad. Una subjetividad que se construye colectivamente y por tanto surge del entramado

social y el contexto socio-histórico del que partimos y hacemos parte. Más específicamente, nos referimos a la configuración de subjetividades políticas de sujetos colectivos, que son siempre, como se explicará más adelante, combinaciones simultáneas y desiguales de experiencias de subalternidad, antagonismo y autonomía, tanto a nivel sincrónico como diacrónico (Modonesi, 2010). Se trata por tanto de colocar la atención, analizar y reflexionar sobre los procesos de conformación de un sujeto que actúa políticamente que, de forma frecuente y significativa, desemboca en la conformación de movimientos socio-políticos, es decir, de una forma específica de subjetivación y acción colectiva (Modonesi, 2016).

El territorio por su parte es un concepto polisémico, en nuestro caso, tomando a Fernandes Mançano (2008), se utiliza el término *territorios*, en tanto no es posible hablar de *un territorio* sino de una multiplicidad de territorios que se despliegan a diferentes escalas. Es a partir de ellos que se configuran prácticas y formas de habitar disímiles y sobre los que operan diferentes intereses.

A partir de finales de los años 90, y principalmente luego de la crisis de 2001-2002, en Argentina se registró una multiplicidad de experiencias que, como el MPLD, se plantearon la disputa por la ciudad y los territorios. La necesidad de modificar los lugares y las formas de vida fue algo transversal a todas ellas; hacer de los centros de pobreza y desposesión que genera el capitalismo a nivel urbano, espacios para el desarrollo de la vida digna, tomando como base las necesidades y los deseos de quienes los habitan. Una multiplicidad de experiencias que fueron tomando sus propios rumbos e improntas, algunas con mayor o menor éxito, pero que guardaban en su horizonte político generar procesos de transformación también desde lo cotidiano. En este sentido el MPLD se constituyó desde sus inicios como una organización que pretende reconstruir los tejidos de la sociedad y desde esa intencionalidad es que estructura y lleva adelante todo su trabajo

territorial.

1.3 Revisión de antecedentes

1.3.1 Sobre movimientos sociales

Los antecedentes vinculados al estudio y reflexión en torno a los movimientos sociales en América Latina y sus formas de organización colectiva tiene una larga tradición dentro del campo académico, que se remonta a la década de los '70. Si además observamos los estudios vinculados a las luchas territoriales cruzadas con estos movimientos también podemos encontrar numerosos aportes, que surgen principalmente a partir de la década de los '90. En estos casos es posible identificar análisis sobre las organizaciones piqueteras, los movimientos indigenistas, los movimientos campesinos, los ecologistas, entre otros.

Los aportes teóricos vinculados a los movimientos sociales tienen sus raíces en el movimiento obrero, y es a partir de la década de los '60 que esta categoría se comienza a utilizar para nominar a otros sujetos colectivos, y por tanto a conflictos que no se derivan directamente de la contradicción capital-trabajo. Dentro de este campo de producción teórica es posible identificar en la bibliografía variados aportes, que van desde investigaciones científicas (artículos académicos: capítulos de libros y revistas, artículos de reflexión, revisiones, ensayos) hasta documentos de divulgación generados por las propias organizaciones, donde se coloca la atención en la caracterización de los movimientos sociales y lo que se ha dado a llamar los *nuevos movimientos sociales*, donde se establece un corte analítico con las perspectivas eurocéntricas sobre el tema. En este sentido, son relevantes los aportes del postestructuralismo, postmarxismo y postmodernismo realizados por autores como Foucault, Hardt,

Guattari, Melucci y Negri (Parra, 2005). También han sido significativos los aportes de Tarrow (1997), Tilly (1978, 2000) y Touraine (1985), desde sus análisis sobre los procesos de transformación y caracterización de los llamados movimientos sociales, a partir de una mirada contextual y crítica.

Dentro de este recorrido teórico también se encuentran en América Latina, por una parte, los aportes de Gohn (2000) en Brasil donde la autora transita por las diferentes corrientes teóricas vinculadas a los movimientos sociales; los paradigmas clásicos y contemporáneos sobre la acción colectiva desde la perspectiva norteamericana, así como las corrientes que plantean la noción eurocéntrica de *nuevos movimientos sociales*, y su contraste con la mirada y especificidad latinoamericana. En este último caso identifica sus orígenes en las teorías de la modernización, dependencia y marginalidad. Asimismo, Ghon (2000) propone un abordaje teórico-metodológico para analizar estas formas de organización colectiva en América Latina.

En Uruguay las contribuciones a la temática provienen principalmente de Zibechi (1999, 2006, 2008, 2013) que plantea (recuperando a Wallerstein -2013-) el uso del término “movimientos anti-sistémicos”, y Falero (2008, 2010) que aporta una conceptualización para esta categoría de movimiento social. Asimismo, se pueden encontrar los aportes de Bringel y Gallardo presentes en la publicación realizada por el Núcleo Interdisciplinario de Pensamiento Crítico y Sujetos Colectivos en América Latina (Uruguay) en el año 2011. En el caso de Bringel propone reflexionar sobre los movimientos sociales latinoamericanos desde una perspectiva epistemológica a partir de los debates en torno al poscolonialismo y el activismo transnacional. En tanto Gallardo plantea el debate tomando como punto de partida el carácter político popular de los sujetos colectivos; discute así sobre la concepción de actor, movimiento y sujetos sociales, para hablar finalmente de sujetos populares o, si corresponde, de movimientos sociales populares.

Es posible identificar también las reflexiones de Parra (2011) sobre los movimientos sociales latinoamericanos posteriores a las décadas de los 80 y 90, caracterizados según la autora, por un lado por la territorialización de sus formas de lucha, lo que hace que sean estos movimientos los que exacerban la confrontación y la resistencia. Y por otro lado la resignificación de antiguos espacios. Por otra parte, podemos encontrar los aportes de Korol (2007) y Ceceña (2008) que utilizan el término “movimientos populares o emancipatorios”; los aportes de Modonesi (2010) que los denomina como “movimientos socio-políticos”, o Tapia (2002) y Linera (2005) que adoptan el concepto de “movimientos societales” (Ouvina, 2013: 82). En este sentido, como plantea Ouvina (2013), este abanico de autores, que podrían enmarcarse en la tradición del pensamiento crítico Latinoamericano, han generado insumos para pensar y analizar los movimientos sociales surgidos en las últimas dos décadas, bajo la premisa de descolonizar la matriz hegemónica del campo de producción académica en América Latina.

1.3.1.1 Los movimientos piqueteros

Si colocamos el énfasis en las producciones vinculadas a la experiencia piquetera, dentro del campo de los movimientos sociales, podemos encontrar aportes significativos que han servido de insumo para la presente investigación.

Podemos identificar así los aportes de Fernández y Svampa, que se han centrado y focalizado en el estudio de las organizaciones piqueteras y campesinas y los cambios adoptados en las formas que toma la acción colectiva, y las asambleas barriales. Se encuentran también los aportes generados por Zibechi (2003) con la reconstrucción histórica y genealógica sobre los cambios a la interna de las

organizaciones sindicales argentinas a partir de la década de los 90, el rol de las experiencias colectivas a partir de la defensa y reclamo por los derechos humanos y los nuevos colectivos que se gestaron a partir de los ciclos de protesta que desembocaron en las revueltas populares de 2001-2002. En su libro Zibechi reconstruye los vaivenes que tuvieron estas organizaciones y abre el debate sobre el rol que los nuevos colectivos de matriz piquetera jugaron en esa época. Hace referencia también a las formas organizativas que se gestaron; sus prácticas, sus horizontes políticos y sus diferencias con las organizaciones clásicas del campo popular -principalmente el sindicalismo-.

De modo similar Pacheco (2010) realiza una genealogía sobre el movimiento de trabajadores desocupados de Argentina, desde las puebladas de Cutral- C6 y Plaza Huincul (provincia de Neuquén) con sus respectivas represiones a fines de los años 90, que tuvieron como desenlace la muerte de Teresa Rodríguez -figura inspiradora del movimiento piquetero-, los acontecimientos del 2001-2002, y los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en las inmediaciones de la estación de Avellaneda. Un libro que recupera la vivencia personal del autor, por momentos adelantando desde la crónica los sucesos históricos, pero también desde el abordaje político sobre el surgimiento de ese nuevo sujeto de lucha: el desocupado-piquetero.

1.3.1.2 Las villas, el territorio y la ciudad

Recientemente, a inicios de 2016, se presentó en Argentina una publicación donde se sistematizan la experiencia de los 53 días de acampe y huelga de hambre que tuvo lugar en la CABA a partir de la instalación de la Carpa Villera en el año 2012. Un hecho que fue motor de surgimiento de la Corriente Villera Independiente. Una experiencia que estuvo dinamizada desde sus inicios por el

MPLD, pero que luego fue encontrando el apoyo y adhesión de otras organizaciones territoriales urbanas, aunque sigue siendo la organización que principalmente motoriza su funcionamiento. El libro recupera así la experiencia del acampe desde la perspectiva de los propios protagonistas, ordenando el análisis de ese suceso a partir de diferentes ejes: las herramientas de lucha; la organización y propuestas; la participación de las mujeres; la situación territorial y la identidad individual y colectiva.

Al mismo tiempo, se encuentra también una publicación del Movimiento de Pobladores en Lucha de Chile (2015) que recoge una serie de entrevistas a integrantes de diversas organizaciones territoriales urbanas de América Latina, entre ellas la del MPLD. Una publicación que, desde la voz de los sujetos en lucha, reflexiona sobre los procesos de disputa por los territorios y la ciudad.

Desde el Grupo de Trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) también se pueden ubicar diversas investigaciones en torno a la cuestión urbana en América Latina: el impacto de la globalización en los territorios, las políticas urbanas y las experiencias de participación y gestión comunitaria, formas alternativas a la modalidad capitalista de pensar la ciudad, entre otros (Cravino, 2014; Carrión, 2002, 2013; Tobón, 2009, 2011, 2012; Herrera, 2014, 2015; Giaretto, 2011). Otro grupo con características similares es el denominado “Ciudades Latinoamericanas en el nuevo milenio”, que funciona en el marco de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Algunos de los ejes de acumulación de este grupo son: las transformaciones urbanas en el marco de los nuevos patrones de acumulación de capital, el rol de los movimientos sociales urbanos y la construcción de nuevas subjetividades en la ciudad (ver: <http://sociologia-alas.org/>). Asimismo, se pueden identificar los aportes generados a partir del grupo “Comunicación y ciudad”, enmarcado en la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC),

desde donde se propone pensar los procesos de construcción colectiva a partir de la ciudad y las experiencias urbanas a nivel Latinoamericano (ver: <http://alaic.org/site/>).

1.3.2 Sobre subjetivación política y movimientos sociales

En los últimos años podemos identificar numerosos aportes académicos que conectan los abordajes en torno a los procesos de subjetivación política y la construcción territorial. Dentro de estos aportes se ubican los de Svampa (2005), Merklen (2005) y Vommaro (2012), donde algunas de sus reflexiones hacen referencia a los procesos de territorialización de la política y en consecuencia de politización de los territorios, principalmente a partir de finales de la década de los 80.

Vommaro (2012) por su parte, plantea que los procesos de subjetivación del MTD de Solano y del Colectivo Situaciones, haciendo referencia a que las subjetividades de estas dos experiencias se construyen en la lucha. Plantea también que la configuración de la subjetividad, cuando analizamos experiencias colectivas, no solo debe pensarse desde el enfrentamiento (lucha) sino también desde las propuestas y caminos que generan para ello. De forma similar, pero colocando el énfasis en las experiencias y propuestas educativas, la tesis de maestría (en psicología social) de Menéndez (2015) aborda la conexión entre procesos de subjetivación política y movimientos sociales, en su caso para pensar la experiencia uruguaya de la FUCVAM.

En Uruguay se cuenta también con estudios vinculados a la producción de subjetividad en relación a procesos de transformación barrial. En estos estudios uno de los elementos planteados es la importancia del territorio como ámbito

articulador y como espacio en disputa, y la capacidad de acción sobre ellos desde los movimientos sociales y colectivos más pequeños organizados (Falero, 2008). De forma similar, es posible ubicar en Argentina los estudios realizados por el Laboratorio de Investigación de Lazos Socio-Urbanos⁶. Desde este ámbito se han abordado problemáticas y generado estudios sobre la generación de lazos socioculturales en el marco de espacios urbanos, como por ejemplo la experiencia de organizaciones de vecinos autoconvocados a partir de las inundaciones en la ciudad de La Plata en el año 2013, tomando la ciudad como “lugar político” donde se recrean lugares de cohesión ciudadana y se producen experiencias de empoderamiento de la sociedad civil (ver: <http://perio.unlp.edu.ar/node/3019>).

Por su parte, algunos intelectuales integrantes del propio MPLD (Ouviña, 2002, 2004, 2013) han realizado aportes interesantes sobre las experiencias de lucha a nivel territorial, el rol del Estado, las formas de lucha, las nuevas organizaciones sociales y sus horizontes políticos, los antagonismos emergentes de los propios territorios, entre otros aportes. No obstante, si bien la producción teórica vinculada al tema de investigación de la presente tesis es vasta, durante el proceso de relevamiento de antecedentes no fue posible encontrar aportes que articularan las tres dimensiones que aquí se pretenden abordar: movimientos sociales – subjetivación política – disputa por la ciudad y los territorios. Así como tampoco fue posible identificar antecedentes sobre esta temática estrictamente referidos al MPLD.

1.4 Problema, preguntas y objetivos de investigación

Partimos de la premisa de que las experiencias colectivas de base territorial que tuvieron lugar a partir de los años 90, se configuraron como espacios desde donde

⁶ Laboratorio perteneciente a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

emergieron formas de hacer política diferentes a las dominantes, y por tanto se constituyeron en hábitos de producción de procesos subjetivos que potenciaron las capacidades de resistencia e insubordinación.

En tal sentido, la investigación parte de la hipótesis de que las luchas sociales por los territorios y la ciudad que se despliegan en determinada coyuntura y las características que estas adquieren en las formas de habitar esos espacios, tiene su correlato en los procesos de subjetivación política de los movimientos sociales que las protagonizan y por tanto en sus proyectos socio-políticos.

A partir de la necesaria mirada sobre la ciudad y los territorios y los procesos sociales, históricos y de significación que tienen lugar a partir de ellos, es que se formulan las siguientes preguntas de investigación:

- ¿Cómo ha sido el proceso de construcción territorial del MPLD?
- ¿De qué forma ha impactado el proceso de lucha territorial urbano en la prefiguración y configuración de nuevos sentidos y prácticas a la interna del movimiento?
- ¿Cuáles son esos nuevos sentidos y prácticas?
- ¿Qué relaciones podemos establecer entre el proceso de disputa territorial y por la ciudad y la construcción de su proyecto socio-político?

Objetivo general:

- Analizar y contribuir a la comprensión de los procesos de lucha y disputa por la ciudad y los territorios desplegados por el MPLD, y sus efectos en la construcción de su proyecto socio-político y principios orientadores, contemplando los contextos y coyunturas.

Objetivos específicos:

- Describir y analizar las experiencias de lucha por la ciudad y los territorios en relación a los sentidos y prácticas que de ellas devienen, desde el surgimiento del MPLD hasta la actualidad (1998-2015).
- Identificar las nuevas formas de habitar que se generan a partir de la disputa por los territorios y la ciudad y sus efectos en los procesos subjetivos de este movimiento social.
- Identificar y analizar las formas de construcción territorial que desarrolla el MPLD a partir del ejercicio de acciones colectivas.

*“El pueblo aprendió que estaba solo, y cuando los puñetazos que sonaban de la tarde
abrieron una llaga incurable en la memoria,
el pueblo aprendió que estaba solo...
El pueblo aprendió que estaba solo y que debía pelear por sí mismo
y que de su propia entraña sacaría los medios,
el silencio, la astucia y la fuerza...”*

Rodolfo Walsh

*“La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días
es la historia de las luchas de clases”*

Marx y Engels – Manifiesto del partido comunista

CAPÍTULO 2: Referentes epistémicos y teóricos

Una teoría nunca puede ser totalizadora sino que, como se plantea desde la perspectiva foucaultiana y deleuziana, esta se multiplica y multiplica, por lo tanto debe entenderse como un instrumento, como una *caja de herramientas* que permite pensar y reflexionar sobre la realidad (Foucault, 1979). Se trata de ideas, conceptos que se vuelven válidos en tanto sirven de base para poder accionar. Por ello es que se hace necesario también, como propone Fernández (2007) referirse ya no a sistemas teóricos sino a campos de problemas. Es por ello que, como sugiere la autora, se piensa y se aborda esta tesis desde esas perspectivas, haciendo de varias preguntas una problemática inscrita en un campo abierto.

Las referencias teóricas y epistémicas desde las que se parten son justamente eso; el punto de partida para abordar la complejidad de la temática sobre la que se pretende reflexionar. Una temática que abre nuevas necesidades teóricas, que requiere de otras herramientas para su análisis. Es así que ese marco inicial de referencia ha estado abierto a nuevas incorporaciones, emanadas de la realidad sobre la que se trabajó.

De esta forma, el marco teórico y epistemológico general que sirve de base a esta investigación está integrado por tres grandes componentes. Por un lado se reflexiona sobre los procesos de *subjetivación política* desde los cuales es posible pensar la producción y reproducción de los movimientos sociales, la construcción de sus proyectos socio-políticos y el lugar y rol que ocupan en determinados contextos. Una perspectiva estrechamente vinculada a los debates en torno a los procesos de significación y a los sentidos que se gestan desde esas experiencias colectivas. Por otra parte, esta noción de subjetivación política se aborda a partir de la reflexión sobre la disputa por la *ciudad* y los *territorios*, sobre los sentidos

que los movimientos sociales construyen sobre estas dos dimensiones; las formas en que se piensan, se habitan, se transforman y se trabajan políticamente. Así, ciudad y territorio son nociones que se ponen en debate, profundizando primero en algunas conceptualizaciones que permiten analizar los procesos de lucha que se tejen en torno a ellos. Nos referimos asimismo a luchas llevadas adelante desde los *movimientos sociales*. En tanto el MPLD es considerado uno de los movimientos urbanos territoriales, hijo del movimiento piquetero nacido durante la década de los 90, con mayor acumulado en esos hábitos de disputa dentro de la CABA, es que esta dimensión se vuelve relevante. Se realiza entonces un recorrido por las diferentes teorías sobre los movimientos sociales, profundizando en algunas perspectivas y dimensiones que hacen a la temática.

Como se planteaba inicialmente, estos tres grandes componentes son solo una parte de nuestra caja de herramientas. A partir del trabajo de campo emergieron otros elementos que no estaban previstos. La relevancia de la participación de las mujeres en la construcción territorial es uno de ellos; si bien se tenía conocimiento de la fuerte presencia de las mujeres en estos procesos, y de partir por mi propia trayectoria de una perspectiva feminista, la experiencia evidenció el rol significativo que estas ocupan en el trabajo que el movimiento desarrolla principalmente dentro de las villas, y por tanto fue un aspecto nuevo sobre el que se vuelve necesario reflexionar.

Asimismo, muy vinculado a lo anterior y podríamos decir que prácticamente con la misma relevancia, se ubica el entrecruzamiento de esa nueva dimensión con la influencia migrante y el diferencial que esto significa en el abordaje territorial en el contexto de las villas. Me atrevo a decir que mi lugar como mujer blanca y los privilegios que eso me significan, no me permitió ver o reflexionar inicialmente sobre los efectos del colonialismo, imbrincado al patriarcado y el capitalismo, en experiencias como la que se está analizando. En tal sentido es posible adelantar la

potencia que esa composición heterogénea le da a la experiencia; la configuración de entramados comunitarios y la posibilidad de construcción de lo común es algo que no podría haberse desarrollado sino fuese por esa característica y la forma en que el MPLD lo internaliza, lo hace parte de sí.

De manera similar, otro elemento que surgió del trabajo de campo es el rol que juega el Estado en esos territorios y la forma en que lo aborda el movimiento, como dicen los propios entrevistados, un Estado prácticamente en ausencia que genera condiciones específicas para ese trabajo. Creo que parte de la dificultad para poder identificar esto último responde a la ajenidad propia de la realidad desde la que se parte, dado que si uno piensa en Uruguay el rol que el Estado ocupa y juega a nivel territorial difiere bastante de lo que sucede en Argentina. Estos son algunos de los elementos nuevos que estuvieron presentes, y sobre los que se volverá durante el análisis.

2.1 Los procesos de subjetivación política

2.1.1 La experiencia como herramienta de análisis

Como forma de abordar con mayor rigurosidad y profundidad a qué nos referimos con procesos de subjetivación política, se propone tomar como punto de partida la noción de *experiencia* acuñada por Thompson (2012) y las valoraciones sugeridas por Anderson (2012) sobre ella.

La idea de experiencia en Thompson está estrechamente vinculada a su concepción de clase social, para quien su constitución y reconstitución no puede entenderse únicamente a partir de sus determinaciones objetivas. Desde su perspectiva se trata de un fenómeno histórico, en movimiento, que emerge de las

propias relaciones sociales y está intrincado a las nociones de experiencia y conciencia. Un concepto que al mismo tiempo no puede comprenderse cabalmente sin su articulación con las dimensiones de acción y subjetividad, como mecanismo de mediación entre la asimilación subjetiva de las relaciones productivas y su proyección social, política y cultural (Modonesi, 2010):

“(…) la clase cobra existencia cuando algunos hombre, de resultas de sus experiencias comunes -heredadas o compartidas-, sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos -y habitualmente opuestos- a los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está.”. (Thompson, 2012: 27):

Tal como sugiere el autor, la experiencia actúa como punto de inflexión en el surgimiento y conformación de las subjetividades. A su vez, en otro de sus textos Thompson (1984: 37) profundiza en la noción de clase social y agrega que esta, así como la conciencia de clase, son consecuencias de la lucha de clases, es decir de los procesos de confrontación que se despliegan a la interna de una sociedad. Procesos de confrontación derivados de las relaciones de explotación (económica, social, cultural, política) que vivencian cotidianamente hombres y mujeres. Y es en la identificación de esos intereses antagónicos que los sujetos comienzan a luchar para modificar estructuralmente esas relaciones sociales de opresión en las que están inmersos, siendo en la lucha donde se descubren como clase. La clase entonces se constituye como tal (en clase para sí) a partir de las luchas que despliegan hombres y mujeres en un determinado período histórico, y es en esa

lucha de clases donde se constituye su identidad política. La noción misma de lucha pone estratégicamente en el centro el hecho de que es en ese momento de confrontación entre clases cuando la disputa se vuelve política, aflorando así el antagonismo como dimensión subjetiva, y es por tanto en la lucha donde se forja lo colectivo y lo subjetivo, colocados social y políticamente desde una perspectiva clasista (Modonesi, 2016: 35). Es decir que, a partir de esas experiencias, se generan alteraciones a nivel subjetivo en los colectivos que las vivencian, adquiriendo así potencia transformadora. Porque como nos recuerda Thompson (2012: 29) “La clase la definen los hombre mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición”. Para el autor la clase, en tanto sujeto político, no solo lucha porque existe, sino que existe porque lucha, es decir que se forja a sí misma a partir de los procesos que impulsa. La noción de clase así entendida es por tanto, desde esta perspectiva marxista, una síntesis de la dinámica entre determinación material socio-económica y subjetivación política (Modonesi, 2016: 37).

Ahora bien, para complejizar esta noción de experiencia resulta interesante recuperar algunas consideraciones sugeridas por Anderson (2012). Por una parte, para el autor, la teorización thompsoniana sobre la idea de experiencia adolece de cierta ambigüedad, en tanto es utilizada indistintamente para referirse a dos procesos diferentes. De acuerdo con Anderson (2012, 28), Thompson emplea por momentos el término experiencia en analogía al de acontecimiento, situándola dentro de la conciencia y por tanto como reacción subjetiva ante hechos objetivos. Al mismo tiempo, nos dice que Thompson utiliza el término para referirse a proceso de aprendizaje que se derivan de una experiencia vivida, y que por tanto generan, a diferencia de la anterior, alteraciones a nivel subjetivo que tienen el potencial de modificar acciones objetivas posteriores. Anderson (2012) propone denominar al primer tipo de experiencia como “neutral” y al segundo como “positivo”, siendo este último, pese a la ambigüedad y fluctuación de su

uso, el más empleado en la obra de Thompson. Es además esta segunda acepción la que nos interesa y resulta útil a los efectos de la investigación.

Por otra parte, Anderson (2012) alerta sobre el riesgo de absolutizar los alcances de la “experiencia” en tanto proceso de aprendizaje que inspira la transformación de esa realidad vivida. Acordamos con su perspectiva respecto a que “La experiencia como tal es un concepto *tous azimuts*, que puede apuntar en cualquier dirección. Los mismos acontecimientos pueden ser vividos por distintos agentes que extraigan de ellos conclusiones diametralmente opuestas” (Anderson, 2012: 31). Y agrega que en el caso de la obra de Thompson, en consonancia con su advertencia, la segunda definición de experiencia, la positiva:

“(…) parece tener mucho más en cuenta las divergencias y variaciones en las respuestas. En este sentido, la experiencia parece ser un sector objetivo del ‘ser social’, manejado o procesado por el sujeto para producir una ‘conciencia social’ determinada. La posibilidad de ‘manejar’ la misma experiencia de diferentes formas está asegurada epistemológicamente.” (Anderson, 2012: 32).

2.1.2 Producción de subjetividad y dominación múltiple

A los efectos de esta investigación, este plano de lo subjetivo es sobre lo que se focalizará, pero no sin tener presente la múltiple malla de relaciones de explotación y dominación a la que refiere Quijano (2007). En este sentido se entiende a la producción de subjetividad como una construcción que implica un proceso permanente de juego de fuerzas, referido a las prácticas que se producen en las interacciones, incluyendo las dimensiones de lo psíquico y lo afectivo, así como también lo político, lo histórico, lo simbólico y lo económico (Fernández, 2007, 2008). Como plantea Fernández (2007), se habla de producción de la

potencia transformadora en situación, en acto, es decir en el accionar mismo en el marco de situaciones colectivas. La subjetividad produce entonces un desplazamiento en un espacio y tiempo dado (Deleuze, 1995; Foucault, 2002); un movimiento de resistencia a la normalización (Foucault, 1994), de resignificación y reapropiación material y simbólica. Se trata de un movimiento de fuga respecto a las relaciones de dominación (Deleuze, 1995), un devenir en permanente transformación (Fernández, 2008). Cuando se hace referencia a la subjetivación planteamos también una forma de producir sujetos en relación con otros, de sujetivar, siendo en la dinámica territorial donde se construye lo común y por tanto donde el sujeto se sujeta al tiempo que esas prácticas se vuelven subjetivantes (Vommaro, 2012).

Para comprender los dispositivos histórico-sociales de subjetivación resulta relevante el concepto de imaginario social propuesto por Castoriadis (1975), recuperado por Fernández (2008: 19), entendiéndolo como elemento constitutivo de los heterogéneos discursos y prácticas que conforman a estos dispositivos. Para Fernández (2008: 12) la producción de subjetividad está vinculada a las posibilidades de inventar lo nuevo, de producir transformaciones que alteren el orden dado de las cosas, de imaginar radicalidad; una capacidad de invención que es siempre colectiva. Este imaginario radical, como lo denomina Castoriadis (1975), refiere a la dimensión histórico-social de las significaciones sociales, a lo instituyente en tanto nuevo organizador de sentidos que deviene en prácticas sociales. Al mismo tiempo Castoriadis habla de su dimensión psíquica para referirse a lo instituido; a aquellas significaciones que consolidan lo existente y mantiene unida a una sociedad.

Es posible entonces pensar a los movimientos sociales como generadores de nuevos sentidos tanto a su interna, en relación a sus miembros, como hacia afuera en relación a la generación de nuevas instituciones. Utilizamos el término

movimientos sociales en tanto sujetos colectivos que posibilitan imaginarios radicales que permiten pensar un presente y un futuro diferentes. Nos referimos a la generación de formas de ser a partir de prácticas y haceres singulares y singularizantes, donde lo general es lo particular, y donde lo objetivo y subjetivo se remiten mutuamente hasta el infinito (Álvarez Pedrosian, 2011a).

En este sentido, al introducir como dimensión teórica los procesos de subjetivación política, se pretende analizar a partir de ellos los movimientos sociales en tanto sujetos vivos de la sociedad. Movimientos que, a su vez, no pueden ser pensados sin tener presente el marco de relaciones de dominación en el que se construyen como sujetos en lucha.

Cuando hacemos referencia a la dominación aludimos a relaciones sociales concretas que se institucionalizan generando que unos sujetos toman las decisiones que afectan a otros o a todos, es decir que se apropian de la conducción social y la controlan. Pero este sistema de dominación, que necesariamente implica relaciones de explotación, no es únicamente de tipo económica y política sino que es de todo tipo (Errandonea, 1990). En este sentido podemos decir que los movimientos sociales se construyen en el marco de un sistema de dominación múltiple que se manifiesta a través de diversos mecanismos de opresión y explotación basados en la lógica del capital, pero incluyendo también prácticas de “opresión política, de discriminación sociocultural y de depredación ecológica” (Valdés, 2008: 2). Asimismo, cuando utilizamos el término *dominación* no podemos obviar el concepto de hegemonía, dentro del cual se incluyen tanto estas relaciones como las de subordinación. En este sentido, desde la perspectiva gramsciana, la hegemonía, que se ejerce tanto en el plano político, cultural como ideológico, se construye y recrea en la vida cotidiana, donde las relaciones de fuerza y poder se encuentran siempre en tensión y disputa.

Como plantea Quijano (2007: 96) estas relaciones de poder, de explotación/dominación se constituyen como una malla articulada que refiere tanto al trabajo y sus productos, como a la naturaleza y sus recursos de producción, el sexo y la reproducción de la especie, la autoridad y sus instrumentos, y la subjetividad y sus productos materiales e intersubjetivos.

Por otra parte, el autor plantea que la colonialidad del patrón actual de poder (poscolonialidad) tiene efectos que se expresan en diferentes niveles: la radicalización de los enfrentamientos y vínculo entre colonizados y colonizadores, la configuración de un nuevo sistema de dominación social capitalista que se expresa en todos los aspectos de las formas históricas de control del trabajo y la explotación en todos los ámbitos de la existencia social. Se refiere también al surgimiento de un nuevo sistema de control de la autoridad colectiva, sustentado en la hegemonía del Estado y el eurocentrismo como una nueva forma de control y producción de subjetividad (Quijano, 2007).

2.1.3 Subalternidad, antagonismo y autonomía

Los componentes teóricos abordados anteriormente cobran potencia y hacen parte de la noción de subjetivación política a la que refiere Modonesi (2010), para quien los conceptos de *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía* refieren a tipos de experiencias derivadas de ciertas relaciones sociales. Es decir, que se trata de conceptos entendidos, respectivamente, como experiencias de subordinación, insubordinación y emancipación producto de relaciones de dominación, conflicto y emancipación, que repercuten en la formación y configuración de subjetividades políticas concretas. Es decir, que se refiere a una tríada que alude a las condiciones de existencia en que se desarrollan las relaciones sociales y a partir de las cuales se desenvuelven los procesos de subjetivación política. Al mismo tiempo, cada una

de estas categorías respectivamente da cuenta de manifestaciones de existencia de los sujetos que se hacen presentes a partir del ejercicio de una fuerza y una acción, a saber: poder sobre/poder contra/poder hacer (Modonesi, 2010:158). Estos conceptos, que nacieron y se desarrollaron fragmentadamente, llegándose a plantear como categorías alternativas entre sí, son homólogos al interior de un marco analítico común y al mismo tiempo complementarios, puesto que cada uno aporta su especificidad, lo cual justifica la pertinencia de su articulación (Modonesi, 2010).

Para profundizar en estos planteos, es posible decir que uno de los principales factores que han llevado al desencuentro de estas categorías ha sido la distancia política entre las corrientes de pensamientos de donde provienen (Modonesi, 2010). No obstante, es posible identificar una complementariedad y convergencia teórica entre estos tres conceptos, puesto que comparten un propósito analítico similar, identificar: “la centralidad del cruce entre las relaciones de poder y construcción del sujeto” (Modonesi, 2010: 156). Como también sugiere el autor, su homología se remite asimismo a la matriz de surgimiento y desarrollo marxista desde el cual se derivan.

Así, la noción de *subalternidad*, que Modonesi toma de Gramsci, da cuenta de la condición subjetiva de subordinación en el contexto de la dominación capitalista, entendida al mismo tiempo como aceptación relativa y como resistencia a la relación de mando-obediencia, planteándose una renegociación o ajuste respecto al ejercicio del *poder sobre*. Por tanto, al hablar de lo subalterno y la relación de subordinación se hace referencia, en términos gramscianos, a la experiencia internalizada de la hegemonía, entendida no solo como dominación, es decir como coerción o uso directo de la fuerza, sino también como construcción de consensos sociales. De acuerdo a lo planteado por Williams (1980):

“La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las

percepciones definidas que tenemos nosotros mismos y de nuestro mundo (...) en el sentido más firme es una “cultura” pero una cultura que debe ser considerada en sí mismo como la vívida dominación y subordinación de las clases particulares.” (1980: 131-132).

Por tanto, como plantea Modonesi (2010: 37) el concepto de subalternidad se coloca entre el ser social y la conciencia social, en términos thompsonianos (2012) como “disposición a actuar como clase”. Es decir, como relación sincrónica y diacrónica entre subordinación y resistencia.

Por otra parte, el concepto de *antagonismo*, que tiene una larga tradición en el marxismo, aparece en la obra de Marx desdoblado en dos grandes acepciones; por un lado como sinónimo de contradicción o contraposición, y por otro lado, desde una perspectiva más particular y estructural, como conflicto entre capital-trabajo y como lucha de clase, adquiriendo en este último caso énfasis el carácter subjetivo del enfrentamiento o la experiencia de insubordinación.

A estas interpretaciones devenidas del marxismo se agrega, de la mano de Negri, un nuevo componente o contribución, donde el antagonismo no solo se concibe como sinónimo de conflicto, sino principalmente como particularidad de la clase en lucha. Es decir que refiere a procesos subjetivos de interiorización de la experiencia del conflicto, la lucha y la insubordinación (Modonesi, 2010: 60). Cuando se hace referencia entonces al antagonismo se piensa en relaciones de poder, donde se despliegan experiencias que se rebelan e impugnan *contra* las relaciones de dominación existentes y que, de acuerdo con las teorizaciones realizadas por Negri durante su período de producción de los años setenta, tienen su manifestación directa en el establecimiento y ejercicio de un *contrapoder*. Una idea sobre la que Negri junto a Guattari (1985), van a seguir profundizando y complejizando, a partir de la nueva etapa que se abre tras el mayo del 68: la dinámica de la lucha de

clase como determinación del poder y el dominio de clase, es decir, como expresión de la potencia colectiva que pone en acción una subjetividad antagonista.

Por último, respecto a la noción de *autonomía*, como plantea Modonesi (2010), pueden identificarse dos grandes vertientes en el uso marxista del término: por un lado una que lo identifica como independencia de clase tanto desde el punto de vista subjetivo, como organizativo e ideológico, en relación a la dominación capitalista burguesa. Y otra vertiente, menos propia del pensamiento marxista, que entiende la autonomía como horizonte de emancipación y prefiguración de la sociedad futura, es decir como proceso de formación de la sociedad emancipada o como proceso de autodeterminación progresiva.

Como explica Modonesi (2010), desde la perspectiva del grupo político marxista Socialismo o Barbarie⁷, la autonomía es a la vez el punto de partida y el punto de llegada, es el medio y el fin, el instrumento y el resultado del socialismo: como praxis, medio y fin. La autonomía así entendida es producto del despliegue de la emancipación subjetiva que se genera a partir de las experiencias de autodeterminación, de independencia de clase, y es por tanto un proceso emancipatorio de carácter subjetivo. Se caracteriza a su vez por la negación y superación de la dominación existente. Asimismo, como para el antagonismo el contrapoder es su manifestación directa, para el caso de la autonomía el *poder hacer*, como lo utiliza Holloway (2006), es su manifestación y la medida de la emancipación y autodeterminación. Es poder entendido como relación entre sujetos, es decir como parte de la conformación del sujeto socio-político y su capacidad, en tanto sujeto emancipado, de dictar sus propias normas de conducta (Modonesi, 2012: 145-146).

⁷ Socialismo o Barbarie fue un grupo político de inspiración marxista revolucionaria que tuvo lugar entre los años 1948-1965, siendo Cornelius Castoriadis uno de sus principales protagonistas, así como también Claude Lefort, Guy Debord, Jean-François Lyotard, entre otros.

Por otra parte, como también plantea Modonesi (2010), independencia-emancipación son dos caras de la misma moneda, expresiones simultáneas de un mismo proceso. Es decir que la independencia de clase es una condición necesaria para el desarrollo de la lucha de clases y por lo tanto para la conformación de una clase para sí, que se alcanzan a través de procesos de construcción subjetiva, entendidos como primer etapa de la emancipación. Este es el primer escalón hacia la autonomía que, a través del conflicto, se prolonga en el tiempo hasta volverse la forma por excelencia de la sociedad emancipada. En este sentido el conflicto actúa como agente desestabilizador de la dominación y su superación significaría el establecimiento de un nuevo equilibrio, teniendo como expresión última la liberación.

Estas nociones de subalternidad, antagonismo y autonomía, como sugiere Modonesi (2010) nos son útiles en la medida que partimos de la idea de que las subjetividades políticas, o la configuración del sujeto socio-político, son producto de la combinación y tensión de estas categorías.

Se plantea así que estas tres dimensiones se encuentran en una permanente coexistencia, ordenándose y articulándose de forma distinta. Es decir, que ninguna de estas categorías es estática, sino que son móviles y las formas en que estas se combinan, que dependen del contexto general que prima, definen los aspectos constitutivos de la subjetividad del sujeto. La relación entre estas categorías se puede analizar en relación a dos niveles: el diacrónico (cómo se mueven, en el proceso) y el sincrónico (en un momento determinado). Por otra parte, puede suceder que una de estas tres dimensiones sobresalga sobre las otras dos, es decir que se presente como dimensión ordenadora, estructurante y sobredeterminante. Asimismo, puede suceder que las tres dimensiones se presenten combinadas de manera desigual pero sin que una se presente como ordenadora, al tiempo que no puede suceder que estén las tres en perfecta equivalencia.

Como sugiere Modonesi (2016), los procesos de subjetivación política son entonces motores de la formación y desarrollo de movimientos socio-políticos que presentan formas específicas de acción política y de subjetivación. Puesto que la acción política solo puede entenderse en diálogo permanente, en co-existencia con una subjetividad política, es decir desde trayectorias de politización. Siguiendo a Tapia (1996: 33) “La politización es un proceso de generación de sentido, de aumentarle una dimensión política a prácticas y ámbitos que no la tenían (...) es cargarle de sentido político a las cosas. Politizar es significar (...) Se significa al organizar y dirigir de una determinada manera un conjunto de prácticas y relaciones (...)”. Procesos de subjetivación política que se despliegan siempre desde abajo y al prolongarse en el tiempo pueden extenderse hacia arriba, es decir que atañen específicamente a las clases subalternas, puesto que las clases dominantes ya tienen resueltos sus procesos germinales de subjetivación en tanto que para volverse como tales, tuvieron que salirse de la subalternidad y volverse autónomas (Modonesi, 2016: 26).

2.2 Ciudad, territorio y territorialidad

Nuestra época ha adquirido como uno de sus signos distintivos el despojo capitalista en muchas de las esferas de nuestra vida. Entre ellas podemos identificar los vinculados a la naturaleza a través de la extranjerización y mercantilización de la tierra y los bienes comunes, pero también la ciudad en tanto espacio urbano que se neoliberaliza al convertirse, como plantea Harvey (2014), en mercancía al servicio de los intereses de acumulación del capital.

La ciudad contemporánea mercantilizada organiza así de forma discriminativa y segregativa el espacio, excluyendo de lo urbano a grupos, individuos y clases, lo que significa excluirlos de la civilización y de la sociedad (Lefebvre, 1969). Así,

estas ciudades, ciudades del capital, tienen como cometido intrínseco inhabilitar todo tipo de interacción social que no sea de carácter mercantil. Es en este sentido que autores como Lefebvre (1969) y Harvey (2013) plantean el derecho a la ciudad como una forma de restaurar el lugar protagónico que le compete a hombres y mujeres en la posibilidad de intervenir en la forma en que se hacen y rehacen las ciudades. Se trata de devolverle a la ciudad su potencia para la construcción de la vida colectiva. De esta forma se pueden reconocer a lo largo de América Latina una vasta diversidad de experiencias de resistencia y de conflicto por la disputa territorial, que son en definitiva una disputa por construir nuevas formas de vida en el marco de procesos de politización de los territorios. Algunas de estas experiencias son los movimientos de pobladores en Latinoamérica y Europa, el Movimiento Sin Tierra (Brasil), el EZLN (México), los piqueteros (Argentina), los coccaleros en Bolivia, la CONAIE en Ecuador, los movimientos ecologistas e indigenistas, entre otros procesos de resistencia que se tejen a lo largo de nuestra América y del mundo.

2.2.1 Ciudad del capital, ciudad en resistencia

Las ciudades tienen una larga trayectoria de existencia, desde la antigua Grecia hasta las grandes ciudades mayas. Estas fueron el elemento central de la modernidad pero su papel fue cambiando, fue adquiriendo diferentes significaciones en diferentes momentos de la historia, volviendo a adquirir en la actualidad un lugar protagónico. Como plantea Castells (2006), en el mundo globalizado actual, estas juegan un papel significativo en tanto se constituyen en centros neurálgicos de articulación de una red mundial de flujo de mercancías, información, capitales e incluso personas.

Este rol significativo que ocupan las ciudades modernas ha sido de interés y análisis para numerosos autores que, desde una perspectiva crítica, han reflexionado sobre sus formas de organización y los efectos en quienes las habitan. Algunos de ellos son Lefebvre (1969, 2013), Harvey (2013), Castells (2006), Jacobs (2011), Sennett (2007), Mumford (1938, 1966), Soja (2011), entre otros.

Como plantea Lefebvre (2013) la ciudad, su expansión generalizada, y lo urbano como modo de vida y por tanto de subjetivación, no pueden entenderse sin antes comprender el espacio, del que ella se apropia y al que renuncia, para poder constituirse como tal. Comprender a su vez las formas de producción del espacio, plantea Lefebvre (2013), permite entender la forma en que históricamente cada sociedad genera y moldea el espacio que ocupa, y al mismo tiempo cómo el sistema va transformando las relaciones sociales de producción y reproducción para perpetuarse. Tal como explica el autor, cada sociedad produce su espacio, y en la sociedad capitalista la ciudad es su protagonista.

Entendemos entonces el espacio, de acuerdo con Lefebvre (2013), como un producto social, es decir como resultado de prácticas, acciones, relaciones y experiencias sociales. El espacio se vuelve así producto y al mismo tiempo productor de esas prácticas y experiencias. Se trata de una relación dialéctica donde el espacio se vuelve al mismo tiempo base y escenario de acción, porque no hay relaciones sociales sin espacio así como no hay espacios sin relaciones sociales. De esta forma el espacio interviene en su propia producción, es decir en la forma en que se organiza la propiedad, el trabajo, las redes de cambio, etc., al tiempo que se vuelve materia de consumo. Puede decirse entonces que, en términos marxistas, este condensa en sí mismo valor de uso y valor de cambio. El espacio materializa así la existencia humana. Acordamos por tanto con el autor cuando plantea que asistimos en la actualidad, en el marco del orden social que nos impone el sistema capitalista, a la configuración de un espacio que genera desigualdades y contradiccio-

nes, beneficiarios y excluidos. En consecuencia, nos enfrentamos a la coexistencia y combinación contradictoria de la homogenización y segregación del espacio, su totalización y atomización.

Nos referimos por un lado a la producción del espacio en tanto mercancía, y por otro a su apropiación, a la necesidad de recuperar su valor de uso. Lefebvre (2013) afirma así la potencia creadora y rebelde que adquiere el espacio, puesto que en él se conjuga tanto la lógica capitalista en su producción, entendida esta como hábitat, así como la lógica de la apropiación en tanto hecho social, entendida como habitar. Es decir que para el autor el habitar adquiere un carácter creativo libre, como expresión de la potencia humana por su emancipación colectiva. Pero nos advierte que este habitar es tan solo potencia, es la posibilidad, aún no concretada, de que hombres y mujeres se apropien del espacio, lo transformen, lo adapten, lo usen y vuelquen “sobre él la afectividad (...) la imaginación habitante” (Lefebvre, 2013: 45). Porque para el autor el espacio se encuentra aún alienado ya que quienes lo habitan no tienen el control sobre los procesos y los medios a través de los cuales este se produce, una alienación que se expresa como segregación, como dominación y como extrañamiento en relación al medio urbano (Lefebvre, 2013: 45).

Lo urbano, por su parte, se ha globalizado en el marco de los límites que impone el mercado mundial, pautado a su vez por un espacio que se vuelve instrumento del capitalismo. “El mundo se urbaniza al tiempo que las poblaciones y los territorios se segregan” (Lefebvre, 2013: 43). El capitalismo requiere para su supervivencia de la generación de plusvalor, un beneficio que se alcanza a partir de la creación de excedente. En este sentido el capitalismo produce continuamente el excedente que requiere la urbanización para su existencia, al mismo tiempo que la urbanización se vuelve fundamental para la absorción de ese sobreproducto. Es así que se genera una relación dialéctica entre el desarrollo del capitalismo y la urba-

nización (Harvey, 2013: 21). Este proceso de absorción de excedente tiene a su vez consecuencias más complejas; la reestructuración urbana de la ciudad, que tiene siempre un componente de clase, generando desplazamientos y desposesión, siendo de esta forma los pobres, los relegados y marginados los más afectados (Harvey, 2013: 37).

Por tanto, la crítica de Lefebvre al urbanismo, tal como se piensa y se desarrolla en la sociedad actual, radica en el efecto degradante que genera en la vida social en y de la ciudad. El valor de uso del espacio está así en pugna, tensionado, resistido por la lógica de dominación que lo rige; un espacio urbano atravesado por encuentros, simultaneidades, conocimiento y reconocimiento, al mismo tiempo que por confrontaciones y luchas ideológico-políticas (Lefebvre, 2013).

La reivindicación del derecho a la ciudad se vuelve así una bandera para pensadores como Lefebvre (1969) y Harvey (2013), entendiendo por ello el derecho a transformarla, a vivirla y a apropiársela de acuerdo a los deseos y necesidades de quienes la habitan:

“(...) el derecho a la ciudad no surge primordialmente de diversas fascinaciones y modas intelectuales (aunque también las haya, evidentemente), sino de las calles, de los barrios, como grito de socorro de gente oprimida en tiempos desesperados. (...) supone de hecho reclamar un derecho a algo que ya no existe (si es que alguna vez existió en realidad) (...) es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo a nuestros deseos (...)” (Harvey, 2013: 13-20).

Este deseo, que es al mismo tiempo necesidad inminente, lo que mueve a los de abajo, a los relegados del capital a luchar contra su embestida. Es la acción colectiva lo que hace de la utopía de transformar radicalmente la ciudad, y a través de

ella la sociedad, un hecho posible de ser materializado. Es lo que hace de la ciudad del capital un lugar de resistencia.

2.2.2 Territorialización de la lucha y territorios en lucha

La dinámica social desde la que se gestan los procesos de apropiación del espacio -que hacen parte de la construcción de la ciudad- e implican relaciones de poder enfrentados, se constituye como base material del territorio. El territorio se construye así a partir del espacio (Raffestin, 1993: 144). Por lo tanto, como plantea Fernandes Mançano (2008), es necesario referirnos a la conformación de territorios (en plural), que son consecuencia de la fragmentación del espacio, y por tanto son una fracción del espacio geográfico. El espacio se transforma en territorios a partir del conflicto, es decir en tanto existen relaciones de fuerza que se contraponen para disponer de él, para controlarlo. Una dinámica que se constituye al mismo tiempo como acto semiótico generador de sentido y significación.

El territorio se ha constituido como una categoría polisémica en el ámbito de la geografía y otras ciencias. Saquet (2007) recupera estos abordajes y los ordena identificando al menos cuatro escuelas, que responden a diferentes períodos y momentos históricos, pero que al mismo tiempo coexisten. Así, se puede identificar: 1) una que entiende el territorio eminentemente desde su dimensión económica, es decir a partir de las relaciones de producción y las fuerzas productivas que lo constituyen, y que tiene como algunos de sus principales referentes a Gotmann, Sack y Entrikin; 2) otra pauta por la dimensión geopolítica del territorio, con los estudios de Deleuze, Guattari, Foucault, Lefebvre y Raffestin; 3) una tercera vinculada a las dinámicas políticas, culturales y simbólico-identitarias, referida a las representaciones sociales con centro en la fenomenología, liderada por Dematteis, Bagnasco, Indovina, Magnaghi y Quaini, 4) por último, la más reciente y extendi-

da partir de los años 90, una vinculada a la discusión de la sustentabilidad ambiental y el desarrollo local (Saquet, 2007: 15). Si bien estos abordajes no son para nada excluyente, consideramos el segundo, el proveniente de la escuela francesa, el más adecuado a los efectos de la presente investigación.

Cuando se hace referencia al territorio se incluye entonces a los territorios materiales e inmateriales de las clases sociales y en consecuencia a los conflictos entre el capital y los diferentes sectores de la sociedad por su territorialización. Estas relaciones sociales en conflicto generan diferentes estrategias para la reproducción socio-territorial, disputas que están marcadas por la exclusión que generan las políticas neoliberales, productoras de desigualdad. Estos territorios responden así a diferentes intereses, configurando acciones, prácticas y relaciones disímiles en cada uno de ellos, generando a su vez territorialidades de dominación y de resistencia (Fernandes Mançano, 2008). Territorialidades que, como explica el autor, refieren a las representaciones de los distintos tipo de uso de los territorios.

Para su mejor aprehensión Fernandes Mançano (2008) clasifica el territorio en: 1) territorio como espacio de gobernanza, esto es la nación, punto de partida de la existencia de las personas. Este primer nivel presenta diferentes escalas: estado, provincias, municipios, ciudad, que lo integran pero que al mismo tiempo son independientes de él. A su vez, en su interior, se configuran otros territorios a partir de las relaciones entre las clases sociales. 2) Refiere al territorio de la propiedad en tanto espacio de vida, que puede ser individual o colectiva. Propiedades que se definen por su valor de uso y su valor de cambio. A partir de esta categoría se puede reconocer cómo el capital concentra propiedades como forma de control y dominación territorial. El autor distingue de esta forma territorios capitalistas y no capitalistas, que están en permanente conflicto. 3) El tercer nivel alude a las formas de uso de los territorios, es decir a sus territorialidades, a las relaciones que se tejen en ese espacio, pero no refiere a la producción de esa territorialidad, sino a

las representaciones de sus formas de uso. 4) Por último, Fernandes Mançano ubica al territorio inmaterial que está conformado por ideas y pensamientos, tanto en el ámbito de la ciencias como en el de la política, y es la base de sustentación de todos los demás territorios. Estas categorías permiten complejizar el análisis sobre los procesos de disputa desplegados por el MPLD, identificando los niveles sobre los cuales operan estos conflictos y las relaciones de poder que están en juego. Pero cabe aún realizar otras apreciaciones sobre estos procesos. En tanto el territorio es un espacio de confrontación y disputa, producto y productor de relaciones de dominación que excluyen a unos e integra a otros, se advierte también su devenir en tanto procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, sobre los que se profundizará a continuación.

Con procesos de territorialización se hace referencia al control que se ejerce sobre determinado territorio por parte de una persona, grupo o colectividad. Es decir a la posibilidad de intervenir en la forma en que se dispone y se organiza ese espacio, y al tipo de relaciones sociales que se establecen en él. Procesos que pueden generarse en las diferentes dimensiones del territorio. En contrapartida la desterritorialización alude a la pérdida de ese control del espacio, un proceso que al mismo tiempo nunca puede disociarse de la reterritorialización. De esta forma, esta idea de desterritorialización tiene tanto un sentido negativo como uno positivo. Un sentido negativo en tanto implica, como se explicaba anteriormente, la pérdida de control sobre el territorio, y uno potencialmente positivo en la medida que esta conlleva simultáneamente la destrucción y la reconstrucción de lo territorial, la reterritorialización (Heasbaert, 2011). Por lo tanto, como plantea Heasbaert (2011: 31) “para construir un nuevo territorio hay que salir del territorio en que se está, o *construir allí mismo otro distinto*”.

Este proceso para autores como Deleuze y Guattari (1995) tiene siempre un sentido positivo ya que implica la apertura a algo nuevo, es una “línea de fuga” ya que

la salida de un territorio conlleva a la construcción y entrada a otro diferente. Pero como explica Herner (2009), estos procesos de desterritorialización pueden ser, para estos autores, de dos tipos: relativos o absolutos. El primero refiere al abandono de territorios creados socialmente y su consecuente reterritorialización, en tanto el segundo remite al pensamiento, en la medida que este solo es posible en el proceso de creación misma, por lo tanto siempre va acompañado de una reterritorialización.

De esta forma, como decíamos al inicio de este apartado, la producción del espacio es producto de la acción política llevada adelante por sujetos que tienen la pretensión de modificar su realidad. Y es en ese proceso que el espacio se transforma en territorio, como resultado de la confrontación por su conquista y control, que puede tener lugar a partir de la desterritorialización o la reterritorialización (Fernandes Mançano, 2005). Para los sectores populares, organizados bajo la forma de movimientos sociales, la posibilidad de controlar, crear y recrear sus territorios es lo que les ha permitido resistir las arremetidas del sistema, y por tanto ha sido esta la forma de potenciar sus luchas. Estos movimientos:

“(...) ocupan territorios, los defienden y en ellos crean nuevas relaciones sociales entre sus miembros (...) Estos territorios son espacios de auto-organización, espacios de poder, en los que se construye colectivamente una nueva organización de la sociedad (...) donde los excluidos aseguran diariamente su existencia.” (Zibechi, 2008: 202).

Decimos entonces que no solo los territorios están en lucha, sino que las luchas se territorializan. Recuperando nuevamente a Vommaro (2012), se politiza el territorio al tiempo que la política se territorializa.

2.3 El MPLD: movimiento social urbano territorial

Cuando nos referimos a movimientos sociales y sus procesos de surgimiento debemos pensarlos y analizarlos desde una perspectiva socio-histórica y política, elemento indispensable para una reflexión crítica (Gutiérrez, 2014a). Los movimientos sociales son sujetos de su época, su tiempo y su coyuntura y por lo tanto inciden en ese devenir histórico, del mismo modo en que la historia y la coyuntura inciden en ellos. Es decir que los movimientos sociales son productos y productores de su construcción. Un proceso de historicidad que acontece, como decíamos en el apartado anterior, en el marco de un sistema de relaciones de dominación múltiple.

2.3.1 Para pensar los movimientos sociales

Como se explicaba anteriormente, para comprender las experiencias latinoamericanas, es necesario primero realizar cierta revisión histórica sobre la noción de movimientos sociales. No obstante, como sugiere Manzano (2004), varios autores acuerdan en la dificultad de determinar fronteras claras en este campo de estudio y construir un teoría unitaria, debido a la heterogeneidad de las formas de movilización social.

En sus inicios, previo a la década de los 60, el término movimientos sociales era utilizado para referirse específicamente al movimiento obrero, y las prácticas políticas institucionales características de la democracia representativa liberal. Como explica Wallerstein (1998), es a partir de la Revolución Francesa que el término se instala y luego de las revoluciones de 1848 cuando se aplica al movimiento obrero emergente. A partir de los años 60 y 70 producto de los cambios generados princi-

palmente por el desenlace de la Guerra de Vietnam en los modos de vida establecidos hasta ese momento, es que comienzan a emerger otras experiencias colectivas, nuevos movimientos sociales, o como algunos autores le llaman “movimientos antisistémicos” (Wallerstein, et al., 1999). Una categoría que a partir de ese momento permitió nombrar a sujetos colectivos cuyas luchas desbordaron los marcos de referencia clásicos ya que sus disputas no tenían origen directo en el conflicto capital-trabajo.

Como forma de ordenar toda esa producción académica en torno a este campo de estudio Gohn (1997) propone su división en tres paradigmas: 1) por un lado el paradigma clásico norteamericano sobre las acciones colectivas y la teoría contemporánea vinculada a la movilización de recursos, que encuentra en Tilly y Tarrow sus mayores exponentes. Esta teoría parte de la premisa de que los sujetos cuentan con fines y estrategias definidas, es decir que se trata de sujetos racionales que calculan su accionar colectivo y lo planifican, lo cual supone una coordinación social de la acción a desplegar. 2) El paradigma europeo y el análisis marxista donde se ubica la teoría de los nuevos movimientos sociales, centrando el debate sobre la identidad de sujetos que luchan, con Touraine y Melucci como referentes. A diferencia de la norteamericana, este paradigma no está centrado en la existencia de sujetos racionales, sino en la relación entre las formas de movilización social de la década de los 60 con las clases sociales. Un teoría que supone que el conflicto es lo que caracteriza a la identidad colectiva dentro de la estructura social. 3) Gohn (1997) señala por último la necesidad de construir un paradigma latinoamericano de acuerdo a sus orígenes y condiciones específicas vinculadas a las teorías de la modernización, la marginalidad y la dependencia. Este paradigma debería poder trascender la mirada eurocentrista y esencialista desde la que se reflexiona sobre los sujetos colectivos, puesto que partir de ellos para pensar las experiencias latinoamericanas genera puntos ciegos que impiden su real aprehensión.

No obstante, Gutiérrez (2013) nos alerta respecto a los límites que supone el uso de la categoría de “movimientos sociales”. Si bien ésta resulta fértil para comprender muchas experiencias derivadas de la capacidad colectiva multiforme de insubordinación, puede al mismo tiempo clausurar la comprensión de procesos actuales al considerar la política y lo político como la conformación de un sujeto colectivo cerrado, centralizado y jerarquizado. Propone en este sentido poner “el centro de atención en la lucha, esto es, en la manera en la que el antagonismo social, de manera polimorfa, se despliega en el cuerpo social exhibiendo su capacidad desgarradora prestando sus heterogéneos anhelos de transformación” (Gutiérrez, 2013: 6). Lo que se sugiere entonces es colocar el énfasis primero en los sujetos que luchan, para, desde ahí, pensar y problematizar quiénes son esos sujetos, cómo se organizan y cómo se configura ese proceso de conflicto que protagonizan. Se trata de pensar la lucha misma como clave interpretativa, una perspectiva que por otra parte guarda total sintonía con la noción de subjetividad desde la cual se parte, en tanto se problematiza la idea de “sujeto”, no se la da por sentada.

Asimismo, como otro elemento que aporta a la comprensión de estos sujetos colectivos en lucha, es la caracterización realizada por Falero (2008) quien plantea que los movimientos sociales son cíclicos en un doble sentido. Por un lado, al responder a las circunstancias del contexto, varían de acuerdo a los cambios a nivel político, económico, social y cultural, y por otro son cíclicos en tanto vivencian transformaciones a su interna, vinculadas a la circulación de sus integrantes y a su capacidad de movilización. Estas transformaciones son las que determinan sus momentos de reflujo y de alza de lucha, que están determinados por las oportunidades políticas y sociales a las que se enfrentan para poder generar transformaciones.

2.3.2 Movimientos latinoamericanos, movimientos territoriales

Desde los años sesenta en adelante América Latina experimentó un proceso de cambio en las experiencias colectivas, dando lugar al surgimiento de una nueva generación de movimientos sociales. Una generación cuyas matrices y características fueron diferentes a las experiencias de organización anteriores (donde la modalidad organizativa principal estaba dada por la contradicción capital-trabajo). Durante las décadas siguientes (ochenta y noventa) estas experiencias tomaron impulso y se posicionaron como fuerzas resistentes y de confrontación al desarrollo del neoliberalismo, abriendo las puertas hacia un nuevo escenario político. Como se explicaba anteriormente las formas en que se ha expresado ese poder colectivo toma diferentes dimensiones y características de acuerdo a cada experiencia y coyuntura político-social, pero manteniendo rasgos comunes que permiten trazar conexiones, cruzar análisis y reflexiones. El MPLD, como organización que deviene del movimiento piquetero argentino, es una de esas experiencias. Así, a partir de la década de los setenta, se configuran en latinoamérica, a raíz del impacto de las políticas neoliberales fuertemente impulsadas desde las dictaduras militares y cívico-militares, ese nuevo paradigma sobre movimientos sociales que señalaba Gohn.

Estos nuevas formas organizativas que se han configurado al sur de nuestro continente presentan, como plantea Zibechi (2003a), rasgos comunes que se explican por el impacto de aspectos de un mismo sistema que comenzó a desarrollarse de forma casi simultánea en las diferentes latitudes de América Latina, y hacen que pertenezcan a una misma familia de movimientos sociales y populares que a su vez los diferencia de las formas organizativas anteriores.

El principal rasgo identitario de estos nuevos movimientos sociales es su arraigo

territorial; la conquista, ocupación y recuperación de territorios como respuesta a las viejas formas de dominación. Como plantea Zibechi (2003a: 186) “La desterritorialización productiva (a caballo de las dictaduras y las contrarreformas neoliberales) hizo entrar en crisis a los viejos movimientos, fragilizando sujetos que vieron evaporarse las territorialidades en las que habían ganado poder y sentido”.

Otros dos componentes característicos de estos movimientos son la construcción de organizaciones autónomas, independientes de los partidos políticos y el Estado, tanto en el plano material como simbólico, y la revalorización de la cultura y afirmación de la identidad de sus pueblos y sectores sociales. Se caracterizan también por la participación y el rol cada vez más protagónico de las mujeres en los espacios de militancia y por la formación de sus propios cuadros intelectuales; la autoformación a partir de propuestas pedagógicas basadas en la educación popular, con contenidos y perspectivas que responden a intereses e inquietudes comunes. Apropiarse de la educación como forma de poder decir, criticar y producir conocimientos y respuestas sin mediaciones es a la vez un elemento fundamental en el proceso auto-organizativo.

Por otra parte, otros componentes comunes de estos movimientos es su impronta popular, nucleados a partir del afán por resolver necesidades concretas producto de las situaciones de explotación económica, opresión política y pobreza en la que se ven sumergidos (Vilas, 1995). En este sentido partimos de la definición de movimientos sociales que plantea Falero (2008: 28), en tanto “(...) acciones que presentan cierta organicidad y cierta permanencia en el tiempo, cuando implican la participación de un número importante de individuos, en suma cuando una mezcla de acciones colectivas con o sin presencia pública están intencionalmente dirigidas a transformar un orden social (...)”. Acciones que interpelan el orden naturalizado y hegemónico de la dominación.

Nos referimos a movimientos anclados en ciertos espacios físicos: asentamientos, fabricas recuperadas, como plantea Proto-Gonçalves (2001: 208), en territorios desterritorializados; espacios donde se liberan batallas nuevas, donde “nuevos sujetos se instituyen instituyendo nuevas territorialidades”. Esos territorios son el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se apropian de él, material y simbólicamente (Zibechi, 2003a).

“(…) Está visto que un pueblo solo empieza a ser pueblo cuando cada singular necesita perentoriamente su plural y fue precisamente la necesidad de plural la que nos llevó a encontrarnos y vernos las caras y vernos los miedos y vernos la osadía”

Mario Benedetti – Militancia

CAPÍTULO 3: Diseño metodológico

Para analizar y reflexionar sobre los procesos y las practicas de los movimientos sociales, y los sentidos que construyen a partir de ellas, fue preciso partir de un abordaje **metodológico cualitativo**. En este sentido, posicionarse desde una perspectiva cualitativa, específicamente desde un **enfoque etnográfico**, basado a su vez en un **estudio de caso**, fue lo que habilitó la emergencia de múltiples reflexiones en torno a la construcción del quehacer investigativo. Hacerlo desde una perspectiva crítica y reflexiva, reconociendo y problematizando al mismo tiempo el doble rol que se ocupó en este proceso, como investigadora y como militante, fue un factor que atravesó todo el desarrollo de la investigación. Desde los viajes de Montevideo a la CABA⁸, como desplazamiento corporal de mi cotidianidad pero también intelectual (el vaivén entre militante⁹-investigadora), hasta la dislocación de la mirada; volviendo lo conocido y familiar en extraño y novedoso (Álvarez Pedrosian, 2011b; Velasco y Díaz de Rada, 1997; Lins Ribeiro, 1998). Una experiencia donde la realidad sobre la que se trabajó fue al mismo tiempo próxima y distante, una unidad contradictoria, dialéctica, siempre en conflicto y en ebullición.

La elección del caso responde también, como se describió en el capítulo anterior, a ese doble rol. Un proyecto de investigación que se desprende de un vínculo previo de confianza y afecto, y de la necesidad compartida de echar luz, o al menos problematizar, las experiencias colectivas acumuladas en torno a la disputa

8 A los efectos de la investigación se realizaron seis viajes; cinco de ellos de una semana y uno de dos semanas. En cada viaje se convivió y se fue parte de la dinámica cotidiana del movimiento: desde la participación en sus actividades, reuniones del colectivo, hasta el alojamiento en la casa de una de sus integrantes.

9 Las instancias en la CABA tuvieron un doble objetivo: la realización del trabajo de campo y la articulación militante con el MPLD: desde mi militancia en un colectivo feminista uruguayo (Minervas) se articula desde hace unos años con el espacio de mujeres del MPLD, en tal sentido los viajes sirvieron también para esta articulación política, desde donde se trabajó en el diseño de actividades conjuntas entre ambas organizaciones.

por la ciudad y los territorios. De esta forma, la utilización de metodologías cualitativas integradas desde un enfoque etnográfico, resultó ser el dispositivo más apropiado para abordar los procesos de subjetivación política que se construyen en relación a estas disputas a partir de una experiencia concreta. Generar los insumos para el análisis a partir de la mirada y perspectiva de los propios actores y su contexto, es decir desde una perspectiva fenomenológica que tensione las categorías teóricas definidas a priori, fue un componente transversal.

3.1 La elección del método

3.1.1 Relevancia de la elección metodológica

La elección por una metodología cualitativa se plantea como uno de sus principales objetivos mantener la coherencia entre ésta y los referentes epistémicos y teóricos. Es decir, que se parte de concebir a estas dimensiones como una tríada donde los componentes se conectan, complementan y potencian mutuamente. Es también desde esa perspectiva desde donde se pretende desarrollar la escritura de esta investigación; no pensando estas dimensiones como compartimentos estancos y disociados, sino como dimensiones permeables, que permiten un continuo ir y venir en el texto. Una escritura que durante su producción posibilitó nuevas reflexiones.

Al ahondar en los orígenes de este tipo de metodologías encontramos que sus rastros se ubican ya desde la antigüedad, pero es recién a partir del siglo XIX y principios del siglo XX que su aplicación cobra relevancia y comienza a extenderse en el ámbito de la investigación social (Taylor & Bodgan, 1987). El florecimiento del campo de las ciencias sociales fue lo que habilitó y generó las condiciones para el auge de la investigación cualitativa. Sin embargo, este tipo de

investigación vio interrumpido su desarrollo con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, y es recién a partir de los años 60 que vuelve a cobrar relevancia como método dentro del ámbito de la investigación. Como plantean Taylor y Bodgan (1987; 20) “la investigación cualitativa refiere en su más amplio sentido a *la investigación que produce datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable*”.

Por otra parte, desde el abordaje etnográfico -cuyos orígenes se remontan en el seno de las antropologías social, cultural, la etnografía y los estudios interdisciplinarios de la Escuela de Chicago- se pretendió acercarse al tema desde la comprensión de la realidad de los referentes empíricos y su contexto, a partir del análisis e interpretación de la información relevada durante el desarrollo del trabajo de campo.

De esta forma, el método utilizado, permitió vivenciar y ser parte de la propia experiencia de disputa por la ciudad y los territorios. Esto fue posible al “**estar ahí**” (Lázzari, 2013); un *estar* que logró *ser* a partir de las relaciones personales de confianza que se tejieron y la experiencia previa de militancia compartida, que habilitaron deconstruir los recelos que mi presencia pudo generar. Se trata de un *ser parte* que posibilita al mismo tiempo producir conocimiento a partir de la participación del investigador. Como plantea Guber (2001) la etnografía, por el lugar que nos permite en la investigación, hace posible que aprehendamos esos procesos: que conozcamos cómo se viven, cómo se desarrollan y cómo se transforman. En otra palabras, tal como describe la autora, la etnografía conforma un modo de conocimiento: una perspectiva, un método, un texto.

Asimismo, la investigación partió desde un enfoque etnográfico específico: la etnografía contemporánea. Una variante que se caracteriza por su naturaleza experimental y por basarse en la experiencia del extrañamiento, sustentada en el

involucramiento del investigador y las relaciones que teje con los sujetos de la investigación, así como la puesta en juego de su propia subjetividad y su lugar en el proceso como una de sus principales herramientas de análisis (Álvarez Pedrosian & Blanco, 2013).

Esta aclaración es significativa puesto que hace referencia a la forma en que fue concebida y procesada la experiencia de la investigación, un vez más, en relación al doble rol que se ocupó, a la trayectoria previa de vínculo con el MPLD, a los lazos afectivos, al proceso de distanciamiento-acercamiento y el ejercicio reflexivo que ello conllevó. Pero refiere también a la noción de *habitar* de Heidegger (1994), vinculada a la idea de construir; construir sentidos, construir conocimiento, desde los significados que otorgamos a lo que nos rodea, a lo que hacemos: nuestras prácticas, nuestros lugares, nuestros espacios:

“Construimos porque habitamos, construimos edificios y construimos sentidos para la vida y ambos están en estrecha relación; forman parte del entramado relacional que construye el sujeto, desde los sentidos y las materialidades que adquiere. (...) En otras palabras, los espacios, materiales y simbólicos, que se construyen desde el afecto, el cuidado y el reconocimiento mutuo, construyen también a los sujetos que los habitan. Heidegger aclara que el modo que el hombre tiene de *ser* en la tierra es el habitar, y este habitar se materializa en la construcción de espacios para la vida, construcción que no es sólo material, sino también simbólica” (Álvarez Pedrosian & Blanco, 2013: 3-4).

Es en esta relación de los sujetos con su entorno -material y simbólico-, en ese habitar que es siempre colectivo, donde se generan las condiciones necesarias para desnaturalizar lo cotidiano, y desarrollar praxis transformadoras que abran camino a lo nuevo (Álvarez Pedrosian & Blanco, 2013). En definitiva, un habitar que es producto y productor de subjetividades. Esos procesos de producción de

subjetividad y de subjetivación se han convertido en objeto de estudio de la etnografía contemporánea; las formas de crear y re-crear nuestra existencia al tiempo que en ese mismo accionar nos constituimos en sujetos (Álvarez Pedrosian, 2011b).

3.1.2 Extrañamiento, implicación y reflexividad

El estar involucrado, el estar allí, siendo parte, requiere al investigador cuestionar su lugar. Se trata de un permanente distanciamiento y acercamiento a la experiencia y realidad en la que estamos inmersas, que abre preguntas, que abre espacio al asombro, a la desnaturalización de lo que nos es conocido. Este es el ejercicio del extrañamiento: tomar distancia, reflexionar, para luego volver. Es dar lugar a la incertidumbre, es la “actitud de ver como extraño lo propio y como propio lo extraño” (Álvarez Pedrosian, 2011b: 37). Un “estar adentro”, una inmersión que permitió apropiarse de los sentidos producidos por lo sujetos sobre a sus prácticas. Una implicación que requirió de una mirada metódica, haciendo explícito el doble rol militante/investigadora, factor que, como se explicaba anteriormente, se constituyó en sí mismo como fuente de conocimiento.

Toda implicación es seguida de un tiempo de reflexión, donde la propia práctica investigativa se ve regularmente interrogada, donde se deconstruyen los a priori, permitiendo, desde el interior de la experiencia, adquirir autonomía intelectual (Hernández, 2006). Un “estar adentro” que habilitó acercarse al movimiento de múltiples formas. Esto permitió que los insumos de la investigación no sólo partieran de la información relevada a partir de la aplicación de técnicas específicas, sino que todo contacto, toda interacción se fue integrando al análisis. Las charlas informales en el bar, las largas veladas de conversas, la intimidad de las risas compartidas, las movilizaciones junto a las y los compañeros sintiéndome y

haciéndome sentir una más, la participación en actividades internas del movimiento, la disposición y apertura al momento de las entrevistas, todos fueron ingredientes clave para comprender al MPLD.

La reflexividad fue el elemento articulador ya que opera, como plantea Álvarez Pedrosian (2011b), como vigilancia epistemológica desde el ejercicio del extrañamiento. Aparece “quieta”, en tanto refiere al proceso de inteligibilidad y análisis que realiza el investigador a partir de su vínculo con los sujetos; y aparece en “movimiento” en la medida que ese acto de reflexión se actualiza durante la escritura (Vargas & Villata, 2014). Hacemos referencia en definitiva a un proceso que permitió intercambiar conocimientos con los integrantes del MPLD, un encontrarnos compartiendo que nos fue transformando mutuamente.

3.1.3 El estudio de caso en la investigación cualitativa

La utilización del método de estudio de caso ha sido y es muy cuestionada desde algunas perspectivas de investigación. Algunos de los argumentos que se esgrimen en su contra radican en que presenta problemas de flexibilidad y validez. No obstante, dentro del campo de las ciencias sociales su aplicación tiene otra legitimidad, reconociendo la potencia del método al utilizar la experiencia para producir conocimiento. De esta forma, la aplicación del estudio de caso permite realizar generalizaciones analíticas en tanto se utiliza el caso único o múltiple para ilustrar o generalizar una teoría, es decir, como una teoría que puede ser aplicada para comprender otros casos (Martínez, 2006). En este sentido, la elección del MPLD como sujeto de investigación tiene la pretensión de brindar elementos de análisis para comprender otras experiencias de tipo similar, tanto de Argentina como de Uruguay, así como de otros contextos regionales y planetarios.

Como parte de este estudio se optó también por realizar un recorte espacio-temporal para su tratamiento. Las dimensiones territoriales actuales del MPLD, con presencia a nivel nacional y las dificultades de abordaje que ello representaba, llevó a la necesidad de acotar el marco geográfico de referencia. En este sentido, la elección por centrarse en la CABA responde a la propia matriz de surgimiento del MPLD, siendo este el territorio donde generó sus principales acumulados. Incluso dentro de esta delimitación espacial se decidió centrar la mirada en el trabajo que el movimiento desarrolla en las villas de la CABA, puesto que es allí donde se registra su mayor desarrollo. Asimismo, se delimitó temporalmente el estudio, tomando como marco su surgimiento en el año 2006 hasta finales de 2015.

3.2 Las técnicas utilizadas

3.2.1 Para pensar los proceso de subjetivación

Previo a hacer referencia a los mecanismos utilizados para analizar los procesos de subjetivación (política) es necesario mencionar brevemente qué lugar ocupa el propio investigador en la producción científica y en el marco de estos procesos.

Haraway (1995) introduce la discusión sobre el problema de la objetividad de la ciencia. Una perspectiva epistemológica desde la cual se cuestiona la idea de la neutralidad del investigador en el proceso de producción científica, entendiendo que este está siempre atravesado por sus propias inquietudes políticas, ideológicas y ciudadanas. Para Haraway la clave está en asumir la subjetividad del investigador para, desde allí, desarrollar prácticas de investigación con una forma de objetividad rigurosa pero no neutral. Se trata de una perspectiva crítica hacia las tradiciones positivistas que han permeado a la ciencia, donde el conocimiento

se entiende como una verdad externa y aprehensible, omitiendo al sujeto del conocimiento, y no como verdades heterogéneas que responden a contextos socio-históricos y geopolíticos. “Según esta perspectiva, todo conocimiento se genera desde unas condiciones semióticas y materiales que dan lugar a cierta mirada, alejándose tanto de una mirada “desde ningún lugar” -realismo- como desde una mirada “desde cualquier lugar” -relativismo-.” (Balasch & Montenegro, 2003: 44).

Este “paréntesis” es relevante porque refiere al lugar que ocupa la propia subjetividad del investigador en el trabajo de campo. Nos habla de la relación que encarna el investigador entre la comunidad científica y lo histórico social, de los condicionamientos que operan sobre él y las formas en que este es objetivado por quien pretende objetivar (Lourau, 2000), en definitiva su implicancia en el proceso.

Realizada la acotación, decimos que como forma de abordar los procesos de subjetivación política partimos (como ya se explicitó en el capítulo anterior) de la triada conceptual planteada por Modonesi (2010): subalternidad, antagonismo, autonomía. Estas categorías analíticas nos permiten identificar relaciones sociales de dominación, confrontación y liberación, lo cual le agrega complejidad y potencialidad al análisis. Para ello se tomará el esquema propuesto por el autor, realizando un ejercicio de operacionalización a efectos de establecer indicadores para cada una de ellas. “La operacionalización comporta, en primera instancia, un ejercicio de manipulación que permita trasladar y traducir los conceptos de lo abstracto a lo concreto, mediante un proceso deductivo que va de lo general a lo particular, descomponiéndolos en referentes que permitan al reconocimiento de elementos o dimensiones empíricamente reconocibles y observables” (Modonesi, 2013a: 2).

	Posición ante las relaciones de dominación		Indicadores
Subalternidad	Adentro (perímetro)	Aceptación relativa (consenso general; disenso puntual y esporádico)	<p>Niveles y grados de interioridad o subsunción de identidades y culturas a las identidades culturales dominantes.</p> <p>Niveles y grados de aceptación y grados de aceptación de formas y reglas de la dominación</p> <p>Niveles y grados de disenso o cuestionamiento sobre su forma de aplicación o sobre alguna violación a las reglas por parte de las clases dominantes (agravio, injusticia).</p>
Antagonismo	Contra (límites)	Impugnación / Confrontación	<p>Niveles y grados de conciencia de reglas y formas de la dominación.</p> <p>Niveles y grados de crítica de las mismas: “lo que no debería ser”</p> <p>Niveles y grados de impugnación de las mismas y de confrontación sobre límites de la dominación: “lo que ya no debe ser”</p>
Autonomía	Más allá (afuera)	Negación / Superación	<p>Niveles y grados de negación: “lo que podría no ser” (hipótesis abstracta); “lo que ya no es” (demostración concreta)</p> <p>Niveles y grados de superación-exterioridad: “lo que es ya otra cosa”</p>

(Modonesi, 2013a: 7)

	Tipos de acción	Indicadores
Subalternidad	Resistencia (defensiva)	Niveles y grados de orientación defensiva de la acción

		Niveles y grados de frecuencia de la acción
		Niveles y grados de integridad de la acción
Antagonismo	Lucha, rebelión (ofensiva)	Niveles y grados de orientación ofensiva de la acción
		Niveles y grados de frecuencia de la acción
		Niveles y grados de intensidad de la acción
Autonomía	Autodeterminación (afirmativa)	Niveles y grados de orientación afirmativa de la acción
		Niveles y grados de frecuencia de la acción
		Niveles y grados de intensidad de la acción

(Modonesi, 2013a: 8)

Estas categorías, homólogas y complementarias, no se presentan ni se desarrollan en forma lineal ni progresiva, sino que pueden devenir o no en proceso ascendentes. Tampoco refieren a procesos que se deban de una vez para siempre, sino que pueden derivar en contramarchas. En tal sentido, las prácticas sobre las que se centró la investigación, utilizando los términos empleados por Modonesi (2013a), fueron las voluntarias e involuntarias. Las primeras refieren a las acciones colectivas conscientes, y las segundas a las acciones inconscientes cuando operan en forma contradictoria a las orientaciones voluntarias. A su vez, el autor propone cuatro niveles de análisis para poder abordar estas acciones: “Politización: formas de agregación y enunciación. Organización: formas de participación y deliberación. Movilización: formas de manifestación y difusión. Realización: formas de articulación, negociación y autonomización” (Modonesi, 2013a: 5). Para nuestro caso el foco estuvo colocado en las formas de politización del MPLD.

3.2.2 Para pensar la disputa territorial y la ciudad

Para poder abordar el territorio y la ciudad, y comprender las formas de construcción que el MPLD desarrolla en esos ámbitos, se operacionalizó el análisis identificando dos grandes indicadores:

- 1- Las relaciones de poder/relaciones de fuerza: refiere a la identificación de los diferentes actores que están presentes en el territorio y la ciudad y las formas en que estos operan, las alianzas o conflictos que se tejen en torno a ellos y sus repercusiones en la construcción del MPLD y su proyecto socio-político.
- 2- Grado de independencia/dependencia de las experiencias colectivas que desarrolla el MPLD.
- 3- Las características que adquieren esos territorios y las formas de habitarlos.

3.2.3 Entrevista, observación, revisión y análisis documental

El proceso de recolección de datos, por las características de la investigación (la implicancia con el caso y la distancia geográfica), requirió de una estrategia flexible y emergente, y al mismo tiempo rigurosa. Flexible en tanto no siempre se logró concretar el plan diseñado previo a los viajes a la CABA (entrevistas pautadas que al llegar se suspendieron y no fueron posibles re-agendar dentro la estancia, recorridas por el territorio que por diversas razones también se cancelaron, etc.), lo cual implicó ajustes a lo largo del desarrollo del trabajo de campo. Emergente porque el propio campo fue pautando las herramientas más adecuadas para su abordaje, aspecto que requirió de una apertura metodológica

atenta a responder a los objetivos. Y riguroso porque fue necesario hacer que cada viaje fuera productivo a los efectos de la investigación, haciendo posible que ante los imprevistos del campo se ajustara lo planificado y se desplegara una nueva estrategia.

En tal sentido, las herramientas utilizadas fueron variadas: entrevistas individuales en profundidad, entrevistas colectivas, observaciones participantes, relevamiento y análisis documental (como documentos y publicaciones generados por el colectivo y por otros, así como por organismos públicos, etc.). Todo ello alimentó sistemáticamente un diario de campo, elemento clave ya que permitió que en ese doble juego del rol no se perdieran de vista elementos que fueron significativos para el análisis. Todas ellas son herramientas que responden a los requerimientos que un abordaje metodológico cualitativo etnográfico supone. Así, se realizaron un total de: diez y siete entrevistas individuales en profundidad, tres entrevistas colectivas, tres recorridas a territorio y cuatro observaciones participantes.

La **entrevista en profundidad** fue la técnica utilizada por excelencia ya que permitió, por sus propias características, obtener un cúmulo importante de información. El criterio de selección de los entrevistados pretendió conocer la perspectiva de los sujetos involucrados desde los diferentes niveles de participación y toma de decisiones a la interna del movimiento. En todos los casos las entrevistas estuvieron dirigidas a integrantes que desarrollaban o habían desarrollado tareas a nivel territorial. En tal sentido, se entrevistó a integrantes de los espacios de conducción del MPLD (dirección nacional), referentes territoriales y a habitantes de las villas que no desempeñaban tareas de referencias o conducción. Asimismo, la selección de la muestra partió de otra gran variable; la trayectoria y permanencia en la organización, es decir, integrantes que se encuentran desde los orígenes del MPLD, integrantes con una trayectoria intermedia dentro del movimiento e integrantes más recientes. También se procuró

combinar otros rasgos como el sexo, el rango etario y la nacionalidad de los entrevistados. De esta forma se procuró llegar a los diferentes niveles organizativos, basándose en un criterio de heterogeneidad (Valles, 199), a fin de obtener una mirada más integral y ajustada a la composición del movimiento.

Por su parte, la utilización de la **entrevista colectiva o grupal** no fue en ninguno de los tres casos en que se aplicó planificada previamente, sino que emergieron de forma imprevista. En estos casos se aprovechó el contexto y la posibilidad material de encontrar a algunos informantes y se procedió a iniciar una conversación más informal (explicitando siempre que sería grabada y se tomaría como base el registro memorístico de las pautas de entrevistas). Como en el texto de Valles (1999), citando a Villasante: “En nuestros estudios en barrios latinoamericanos plantean como positivas las entrevistas grupales sobre todo “en situación” en su ambiente, donde se refuerzan y cogen confianza para que salgan más cosas (...)” (Valles, 1994: 417).

El clima de confianza e intimidad que habilita este tipo de entrevista hizo posible conocer más a fondo la experiencia, y acceder a información que se desconocía pese al vínculo previo. Los debates e intercambio entre los propios informantes enriqueció el análisis posterior de la información obtenida.

Estas técnicas se fueron combinando con el uso de otras, fortaleciendo la mirada sobre el caso y complejizando las reflexiones e interpretaciones de los datos recabados (Valles, 1999). Su combinación permitió también contextualizar mejor los procesos y los relatos que se desprendían de las entrevistas, haciendo posible un abordaje más profundo desde las categorías teóricas definidas a priori, e incluso tensionando algunas de ellas. Sin duda el complemento de técnicas evidenció también la necesidad de recurrir a nuevos referentes empíricos, ya que colocó sobre la mesa nuevos ejes de discusión no previstos antes del trabajo de

campo.

La **observación** fue una de esas técnicas complementarias, que, como en cualquier investigación científica, estuvo presente en todo momento ya que cada uno de los seis viaje a la CABA tuvo por objetivo desarrollar tareas vinculadas al trabajo de campo¹⁰. Como plantea Valles (1999), la observación busca acercar al investigador al realismo y significados (los puntos de vista) que los sujetos le otorgan a su realidad, y elaborar a partir de ello su propia versión de esa realidad, además de la que proporcionan los informantes. No obstante, como también alerta el autor, en la medida que el investigador se encuentra presente/está allí, esa realidad no es nunca absolutamente transparente. En esta medida quien investiga se vuelve un **observador participante**; es decir que se observa al mismo tiempo que se participa de las actividades del colectivo que se investiga (Kawulich, 2006). La propia dinámica del trabajo de campo habilitó acercarse a ese contexto de funcionamiento que rodea al MPLD y sus integrantes, asumiendo la tarea de sistematizar toda la información que de ello se desprende.

Asimismo, el **relevamiento y análisis documental** fue otro elemento clave y complementario a las demás técnicas. Se recurrió así a documentos elaborados por el propio MPLD, como informes y material de formación interna. Se indagó también en su página web y los materiales allí publicados en sus diversos formatos, y se recogieron y analizaron otras producciones documentales que hacen referencia a la experiencia del colectivo.

De esta forma, el proceso de escritura requirió de una interpretación crítica de toda la información relevada, a partir del diálogo permanente entre los datos concretos obtenidos y las referencias teóricas definidas.

10 Además de aprovechar las instancias para la articulación militante.

*“Y el más importante: el relevo de pensamiento:
del vanguardismo revolucionario al mandar obedeciendo;
de la toma del Poder de Arriba a la creación de poder de abajo;
de la política profesional a la política cotidiana;
de los líderes, a los pueblos; de la marginación de género,
a la participación directa de las mujeres; de la burla a lo otro,
a la celebración de la diferencia.”*

Subcomandante Insurgente Galeano – mayo de 2014

Capítulo 4: Presentación de datos y análisis

Algunos capítulos atrás se hacía referencia al impacto del trabajo de campo en la identificación de los ejes de análisis de la investigación; de la emergencia de temáticas que inicialmente no eran identificadas y que se vuelven claves para abordar los objetivos planteados. En tal sentido, en este apartado, los procesos de subjetivación política, el territorio, la ciudad y los debates sobre los movimientos sociales serán elementos transversales que irán hilando y tejiendo todo el capítulo. Elementos transversales que se pondrán en diálogo con los nuevos emergentes del campo y junto a los datos, testimonios e información recogida irán componiendo el puzzle. Un proceso de diálogo y reflexión sobre la experiencia que se interconectará, que presentará sus propios pliegues y repliegues volviendo y recuperando en unos y otros momentos algunos conceptos e ideas, profundizando y agregando nuevos elementos para su comprensión. Cada eje de análisis se presentará entonces como un elemento que reforzará su significación a partir de los demás.

En este capítulo se pondrán en juego por lo tanto las voces de las y los entrevistados, y la propia voz de quien moldea la escritura de esta investigación. Una escritura forjada por la experiencia investigativa que se convierte en herramienta de enunciación y cobra sentido en tanto se nutre de sus protagonistas.

El desafío para la escritura de este capítulo no es, no ha sido, un factor secundario sino que se hizo presente hasta el último punto, hasta la última letra que ha quedado plasmada en estas páginas. La tensión y la tentación de seguir pensando la experiencia de un colectivo que es movimiento, que es devenir y transformación en estado presente, no deja de manifestarse. Pero como se enmarcaba desde un inicio, esta investigación y la tarea que nos convoca es

reflexionar sobre el marco temporal que fue definido: desde los orígenes del movimiento hasta fines de 2015. Volverlo a enunciar es volverlo a recordar. Por tanto, las interpretaciones y los análisis que aquí se planteen serán en relación a esa temporalidad. Análisis, reflexiones e interpretaciones que se espera signifiquen un aporte en ese devenir en transformación, que es parte de la esencia de cualquier movimiento.

4.1 Los cimientos: el territorio como eje de la organización

*“Son esas masas marginalizadas
las que no tienen nada que perder más que sus cadenas (...)”
“Abajo y a la izquierda” es el campo de concentración pronto
a convertirse en campo de exterminio. Es en esas condiciones
y en esos espacios donde trabajamos para cambiar el mundo:
vigilados, perseguidos, amenazados permanentemente”*
Zibechi, 2011

En este apartado se abren varias aristas de análisis que están intrínsecamente ligadas, pero que a efectos de su comprensión serán abordadas particularmente, unidas por los elementos transversales que al inicio del capítulo se enunciaban, pero colocando el énfasis en el proceso de configuración territorial del MPLD.

4.1.1 Que se vayan todos: hegemonía neoliberal y crisis 2001-2002

La crisis del neoliberalismo en Argentina, es decir la crisis de legitimidad de sus políticas, que comienzan a aplicarse con la instalación de las dictaduras cívico-militares y tiene su máxima expresión en los acontecimientos de los años 2001 y 2002, llevaron a pensar y practicar la vida colectiva desde diferentes escalas y

ritmos (Gago, 2014). Como propone Gago (2014), esta realidad habilitó el surgimiento de una variedad de sentidos desde los cuales se producen y configuran las luchas, a partir de las alteraciones que se gestan desde abajo. Estas prácticas “desde abajo” permiten entrever un neoliberalismo pluralizado que se articula con formas comunitarias, prácticas populares de resolución de la vida y modalidades de negociación de derechos. Una pluralización que encierra al mismo tiempo formas de resistencia al modo hegemónico de gobierno, donde la obediencia y la autonomía se disputan (Gago, 2014).

Para comprender cómo estas tensiones y resistencias colectivas se configuran, es necesario realizar un repaso crítico sobre el proceso que lleva a que estas prácticas se desencadenen. Una revisión que es al mismo tiempo un reconocimiento sobre la gestación de lo que hoy conocemos como MPLD.

En ese sentido podemos decir que las políticas capitalistas neoliberales post-dictadura que se aplicaron en América Latina se caracterizaron por: la privatización de servicios públicos e hidrocarburos, el ajuste fiscal y la desregulación económica, la introducción del agronegocio en el campo, la institucionalización de grandes corporaciones, y la aplicación de políticas de precarización y desregulación laboral (Svampa, 2010: 5). Todas estas medidas contribuyeron a la consolidación de un modelo basado en la reprimarización de la economía, fuertemente dependiente de los capitales y mercados extranjeros, así como un Estado donde los vínculos entre gobiernos y grupos económicos privados se encontraban fuertemente ligados.

Las fórmulas neoliberales se instalaron así a través de distintas políticas y con diversa intensidad en los países latinoamericanos en los años '90, siguiendo las directivas que el Consenso de Washington enunciaba para nuestros países. Las dictaduras militares y civico-militares de las décadas anteriores constituyeron un

primer impulso neoliberal que mostró en los '90 su máxima expresión y sus peores consecuencias en nuestro continente. En Argentina, el auge del neoliberalismo corresponde al período menemista, aunque no se reduce a él.

La caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética por su parte consolidaron la idea de que el capitalismo es el único sistema posible de organización de la vida, imposibilitando visualizar alternativas al modelo e impartiendo la ideología de la derrota en el movimiento popular. Este escenario habilitó el desarrollo y la profundización de los programas neoliberales para esta parte de nuestro continente.

Para establecer su hegemonía el neoliberalismo arraigó profundamente algunos conceptos, tornándolos como formas naturales del mundo en el que vivimos y como verdades indiscutibles. “Los personajes fundadores del pensamiento neoliberal tomaron por sacrosantos los ideales políticos de la libertad individual” (Harvey, 2008: 1-2), vulnerada por el fascismo, el comunismo y por la intervención estatal en sus distintas formas, coartando la libertad individual de elegir. Siguiendo a Harvey (2008: 1) podemos decir que el neoliberalismo “es una teoría de prácticas políticas económicas que proponen que el bienestar humano puede ser logrado mejor mediante la maximización de las libertades empresariales dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada, libertad individual, mercados sin trabas, y libre comercio”.

Harvey (2008) establece que el neoliberalismo es un proyecto para restaurar la dominación de los sectores sociales, que vieron amenazada su riqueza y sus privilegios por el ascenso de gobiernos socialdemócratas luego de la Segunda Guerra Mundial. En esta línea, Anderson (1995) expresa que el neoliberalismo constituye una “reacción teórica y política vehemente contra el Estado intervencionista y de bienestar”, ataca toda intervención del Estado al mercado y

comienza a tener gran peso a mediados del siglo XX a partir de la gran crisis que atraviesa el sistema capitalista. Propone un Estado fuerte, capaz de romper con la organización sindical y el control del dinero, pero débil en todos los gastos sociales e intervenciones económicas, que son causa de la crisis que atraviesa a fines de la década de los 90. El neoliberalismo propone entonces que para salir de la crisis se necesita: disciplina presupuestaria, contención del gasto social, restauración de la tasa “natural” de desempleo, reformas fiscales para incentivar a los agentes económicos, reducir impuestos a las ganancias más altas y generar la desigualdad necesaria para dinamizar las economías (Anderson, 1995).

Los Estados nacionales van perdiendo así autonomía y se los reestructura en la dirección de un Estado policial y militar; se les quita funciones relativas a la política de desarrollo y a la infraestructura económica y social. De esto se deriva la privatización de las propiedades públicas (Hinkelammert, 2003). Las empresas multinacionales y la lógica que imponen, definen, cada vez con mayor injerencia, las decisiones económicas y políticas de los Estados. El mundo se convierte en un mercado mundial, reforzando y consolidando la organización de los países en centro y periferia. Proceso este que va acompañado de una profundización de las desigualdades a toda escala.

Harnecker (1999) enuncia que dos fenómenos caracterizan la actual internacionalización del capital (globalización en el sistema capitalista): unidad en tiempo real a escala planetaria, que tiene lugar a partir de las nuevas tecnologías en comunicación e información y la internacionalización del proceso productivo (se fabrican distintas partes de un producto en diferentes lugares del mundo). Estos dos factores configuran la globalización que implica la internacionalización de las relaciones de producción capitalistas.

En Argentina, desde la salida de la dictadura, principalmente durante las dos

presidencias de Carlos Saúl Menem (1989 – 1999) y hasta por lo menos el ascenso de Néstor Kirchner en el año 2003 a la presidencia, se desarrolló el modelo neoliberal a ultranza con un creciente nivel de descontento en la población que desemboca en los acontecimientos del 20 y 21 de diciembre del 2001, como punto de inflexión.

La dictadura cívico- militar argentina (1976 – 1983) dejó un país absolutamente endeudado y con altos niveles de inflación, gobernado por la banca y por las grandes empresas. La democracia retornó con la presidencia de Raúl Ricardo Alfonsín, quien a pesar de un discurso defensor de los derechos humanos y del combate a la pobreza, profundizó la deuda externa. En 1985 se impulsó el Plan Austral que trasladaba millones de pesos de fondos públicos a bancos y corporaciones privadas. En 1989, tras el retiro anticipado de Alfonsín debido a la crisis de hiper-inflación por la que atravesaba el país y su incapacidad para hacerle frente, asume la presidencia Menem, cuyo programa sería el del Consenso de Washington, el del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Privatización de las empresas del Estado, desmantelamiento de la industria nacional, aumento histórico del desempleo, precarización y pérdida de derechos laborales, corrupción, debilitamiento de lo público, desestabilización de la economía, fuerte incremento de la pobreza, caída de las jubilaciones y de los salarios, aumento de la conflictividad y de la represión, endeudamiento y dependencia, son algunas de las devastadoras consecuencias de las dos presidencias de Menem, que en un breve lapso llevó adelante un radical proceso de privatización y de ajuste del aparato estatal.

(...) previo a la crisis del 2001: neoliberalismo a full, la gente cagándose de hambre, sin laburo, sin lugar donde vivir...los compas no tenían un mango para morfar, o sea los pibes cagados de hambre y venían a la colonia a morfar básicamente (...) (Entrevistado L, integrante desde los

inicios del MPLD).

Durante el menemismo se concesionaron y privatizaron: la petrolera YPF, Aerolíneas Argentinas, Entel, gas del Estado, la Caja Nacional de Ahorro y Seguro, Obras Sanitarias, los aeropuertos, el correo, la energía Eléctrica, la seguridad social, las radios, los canales de televisión, las carreteras (se instala el sistema de peajes), los ferrocarriles, entre otros. Las empresas privadas se distribuyeron territorialmente la provisión de servicios aumentando considerablemente las tarifas y dejando a miles de habitantes sin acceso a servicios básicos (como el agua). La consigna era vender todo lo que puede ser vendido y sin ningún tipo de condición ni controles estatales. Las empresas públicas se vaciaron y miles de trabajadores fueron despedidos. Incluso el Estado se hizo cargo de los despidos que los concesionarios exigían, a través del endeudamiento con el Banco Mundial¹¹. Se instala así la idea de que lo público es sinónimo de burocracia y corrupción y lo privado de eficiencia¹².

Este escenario político y económico determinó que en la década de los 90' en Argentina comenzara a gestarse lo que, desde la mirada de Gramsci (1974), se caracteriza como crisis orgánica. Como todo fenómeno histórico político, debemos entenderlo desde su historicidad y no como un hecho que sobreviene de un día para el otro. El gobierno menemista, en este período, profundizó las medidas y políticas neoliberales iniciadas en las dos décadas anteriores durante la dictadura. Como plantea Zibechi (2003b: 121) “(...) la desocupación, que en el capitalismo clásico es coyuntural, quedó instalada como un rasgo estructural del modelo neoliberal”, abriendo las puertas a una heterogénea gama de nuevos actores que se colocan en la escena política y social impugnando, a partir de

11 Algunos de los datos referenciados fueron tomados del documental “Memorias del saqueo”, del argentino Pino Solanas, 2004.

12 En Uruguay los intentos de privatizaciones fueron fuertemente resistidos y frenados por el movimiento popular a través del impulso de plebiscitos de reforma Constitucional, con victoria popular en la mayoría de los casos.

intereses y necesidades diferentes, el orden establecido. Estos fueron los obreros no calificados, los jóvenes y las mujeres, pero también sectores de las clases medias (Zibechi, 2003b).

Si bien la aplicación del modelo neoliberal debilitó la resistencia obrera, expresada a través de los sindicatos y los barrios obreros, tendió a generar un acercamiento entre los diferentes fragmentos de los sectores populares, debido a una suerte de homogeneización: se diluyen las grandes diferencias entre las categorías de obreros calificados, semi y no calificados. Todos son arrojados por igual a la precarización laboral, siendo apartados del sistema formal, vulnerándose sus derechos laborales y ciudadanos (flexibilización laboral). Sin duda este aspecto fue fundamental para la construcción subjetiva de los nuevos movimientos sociales que se gestaron en este período. Siguiendo a Zibechi (2003b), sobre mediados de los noventa se presenta una nueva coyuntura, signada por nuevos alineamientos gubernamentales, divisiones entre las élites y a la interna de estas. Una etapa fuertemente marcada por el ascenso y posterior crisis del menemismo; en este período se cierra la transición democrática posterior a la dictadura y, por otra parte, comienza el descreimiento hacia la “clase política” (dicho término será expresión de las distancias entre representantes y representados).

Argentina comienza a ser escenario de una fuerte crisis de legitimidad de sus representantes, idea vinculada al sentido gramsciano de crisis orgánica (Gramsci, 1974): las clases dirigentes comienzan a perder autoridad, la crisis económica se acentúa, y estos aspectos se instalan en la sociedad de manera estructural, transformando al entramado social, las construcciones subjetivas y las características de los movimientos sociales. Los inicios de la crisis son claros. Hacia mediados de la década el régimen muestra notoriamente sus fisuras, amplificadas por los medios de comunicación, siendo visible que la política de

privatizaciones había generado un desempleo con las tasas más altas a nivel histórico. Esto va a generar fuertes críticas tanto de los sectores populares como de los sectores medios.

Coincidimos con Sosa (2015: 50), cuando plantea, recuperando a Falero (2008) que la desregulación del mercado de trabajo, que conlleva la conformación de dos mercados diferenciados, uno formal y otro informal, genera en los sujetos “(...) modos diferenciados de percibir la realidad, acrecentando las heterogeneidades y la complejidad de los procesos de conformaciones de subjetividades colectivas”, y por tanto diversas vivencias subalternas que complejizan los procesos de subjetivación política (Modonesi, 2010).

No obstante, pese a todo este escenario de crisis, los vínculos comunitarios no resultaron debilitados, lo cual fue significativo para el surgimiento de nuevos sujetos en lucha. Se gestó un nuevo movimiento de protesta que fue tensando desde abajo el sistema dominante y que, conjugado a la incapacidad de respuesta desde arriba reducía sus posibilidades de reformarse (Zibechi, 2003b: 124).

4.1.2 El antagonismo como rasgo estructurante

Este proceso de surgimiento de nuevos sujetos en lucha es complejo, no existen desencadenamientos lineales de hechos, sino que las condiciones objetivas (expresadas por la crisis del modelo neoliberal), y las condiciones subjetivas (referidas a las nuevas conformaciones sociales de resistencia unificadas bajo el descreimiento a la clase política y la indignación frente a un sistema que condena a la miseria), interaccionan y se refuerzan mutuamente. La crisis orgánica, estructural del sistema socio-político-económico argentino, conllevó al debilitamiento del poder gubernamental y estatal. Estos elementos favorecieron el

surgimiento de nuevos movimientos y escenarios de lucha y resistencia, a la vez que estos últimos colaboraron con dicho resquebrajamiento del Estado. Como sugiere Zibechi (2003b), no se plantea una relación causa-efecto, sino que la crisis orgánica y las condiciones objetivas y subjetivas que van de la mano, generaron en su interrelación el debilitamiento del poder hegemónico y la radical expresión de fuerzas contrahegemónicas.

Cuando entran en crisis los partidos en los '90, donde hay un vaciamiento teórico, está la caída del muro, de una forma u otra las juventudes de esos partidos nos inclinamos a pensarnos y repensarnos los roles de la militancia, el rol de la vanguardia, el poder, ya por el año 90 y pico, 92-93. Lo que generó fue una suerte de pequeños grupos que empezamos a pensar la necesidad política de poner en el centro de la escena a nuevos sujetos que nos permitiera ir avanzando en una perspectiva no tradicional, cambiando todo lo que había que cambiar en ese momento. (Entrevistado A, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD y referente territorial)

Estos procesos de resistencia encontraron su máxima expresión en los acontecimientos del 2001-2002 en Argentina, cuando las expresiones populares desbordaron definitivamente al gobierno y sus desconcertados representantes.

“El 19 de diciembre de 2001, después de las 22 horas el presidente de la República, Fernando de la Rúa, se dirigió al país. En tono enérgico dijo que ante la situación de caos y agitación decretaba el estado de sitio. Antes de que finalizara su discurso, a todo lo ancho y largo del país, pero con particular intensidad en las grandes ciudades y en la capital, millones de personas comenzaron a golpear cacerolas, asomadas a las ventanas y balcones de sus casas. Poco después salían a la calle, reconocían a otros vecinos que hacían lo mismo, se concentraban en pequeños grupos en las

esquinas y se dirigían hacia el centro de la ciudad. En Buenos Aires una inmensa multitud confluyó en Plaza de Mayo, exigiendo el fin del estado de sitio, la caída del ministro de Economía y del gobierno y por último "*que se vayan todos*". Los manifestantes no abandonaron la plaza ni las calles de las principales ciudades, pese a una represión feroz que se cobró treinta muertos y cientos de heridos; al caer la tarde del día 20 renunciaba De la Rúa. Era la primera vez que un gobierno era derribado por un levantamiento popular" (Zibechi, 2003b: 127).

Que se vayan todos fue la expresión que sintetizó ese momento de desborde del campo popular argentino, y que develó el colapso del Estado; una crisis orgánica del sistema político que llevó a que quedará guardado en la retina la imagen del entonces presidente de la nación Fernando De la Rúa presentando su renuncia y partiendo en helicóptero. Esta fue una de las experiencias más radicales vivenciadas en el marco de las sociedades modernas, y que junto a otras experiencias desplegadas por esos tiempos en América Latina (México con los zapatistas, el movimiento indígena de Ecuador y Bolivia, el MST en Brasil) hicieron evidente que nos encontrábamos ante un nuevo ciclo de lucha, con nuevas organizaciones, nuevas prácticas colectivas y nuevas subjetividades, entre ellos el movimiento piquetero, que fueron desplazando a los sindicatos de su lugar protagónico.

Aparecían nuevas luchas que traían nuevas problematizaciones, como Chiapas, como las formaciones más políticas del MST/los Sin Tierra de Brasil, lo que era la CONAIE en Ecuador, algunos textos de Marta Harnecker. Así empezamos a entender que las disputas se dan en todos los territorios, que los sujetos son múltiples, y a partir de ahí lo que planteamos es que todo programa popular y transformador debía ser construido y defendido y llevado como bandera a la victoria por la fuerza

social que entendimos era el desafío a construir; una gran pelea contra el neoliberalismo. (Entrevistado A, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD y referente territorial).

(...) nosotros con mucha resistencia todavía a la construcción tradicional de la política de izquierda (...) es como una nueva generación, una nueva vuelta de tuerca en esa construcción de nuevas organizaciones sociales. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Esta es la matriz de surgimiento del MPLD, una experiencia de lucha y resistencia al neoliberalismo que fue moldeando a los nuevos sujetos, subjetividades y racionalidades gestadas al calor de esos tiempos. Racionalidades, subjetividades y afectividades que lograron poner políticamente en crisis al modelo y su ideología, pero que al mismo tiempo incorporaron parte de sus mecanismos (Gago, 2014: 198), haciendo uso de ellos para seguir disputando espacios de poder y autonomía en el marco de complejas relaciones. Comprender este proceso y momento histórico previo al surgimiento del MPLD (en el año 2006), permite entender también las relaciones que el movimiento establece hoy con diversos actores en sus diferentes territorios, y la forma en que piensa y lleva adelante sus prácticas cotidianas. Porque, tomando como referencia a Thompson (2012), es esa memoria de la experiencia de lucha contra el neoliberalismo lo que el movimiento recupera; es lo que se encuentra presente en su memoria histórica y hace parte de su subjetividad política: de la forma en que lleva adelante sus disputas y reivindicaciones, organiza sus tareas, habita y piensa sus espacios de acción. En definitiva, es lo que se encuentra en las bases de su configuración subjetiva, dinámica pero con estas raíces profundamente arraigadas.

Nosotros armamos todo un caminito que va desde mucho antes de que, ponele desde el año 95-96 (...) imagínate década de los 80-90, no había

nada, era la muerte; pleno menemismo, plena aplicación de las políticas neoliberales, por lo cual, bueno, donde uno encontraba un hueco se metía (...) ya año 97, acá en el barrio de Villa Crespo [barrio la Capital Federal] recuperamos un patio municipal, abrimos un localsito y empezamos a armar algo, una agrupación política que se llamaba Hombre Nuevo y luego Movimiento Casa del Pueblo. Ahí el movimiento Casa del Pueblo es bien urbano; abríamos casas, tomábamos casas y trabajábamos con todas las familias que vivían en las casas, que no todas estaban en barrios tan periféricos, o sea barrios más céntricos (...) empieza a venir un montón de gente, un montón de gente, todos los pibes del barrio y nos desborda a nosotros mismos, medio analizábamos la realidad y veíamos que se estaba yendo todo al carajo (...) una situación muy chota: hacemos una asamblea de cierre de colonia y vienen como cien familias y nosotros no habíamos llevado preparado nada, todo muy lindo con la idea de abrir el comedor pero nos desbordó, todo el mundo diciendo “acá no tenemos laburo, tenemos que salir a pelear, buenísimo lo que hacen ustedes con nuestros hijos pero acá tenemos que recuperar la fuente de laburo”, los propios vecinos!! Entonces ya estaban sucediendo en Argentina los primeros cortes de ruta, los fogoneros, los primeros piquetes ya estaban sucediendo (...) en la Ciudad de Buenos Aires no existían los cortes de calle como ahora que están recontra naturalizado, y bueno, ahí mismo organizamos un primer piquete de esa asamblea, convocamos a una nueva asamblea y convocamos un plan de lucha a jefatura de gobierno acá en la Ciudad (...) obviamente después explotó, explotó el comedor lleno de pibes y ahí empezó toda la organización más comunitaria territorial (...) y en ese momento nos parecía que quedarnos como un movimiento aislado en la Ciudad de Buenos Aires no tenía mucho sentido y nos fusionamos con el MTR; ahí arranca nuestra historia (...) (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Esta etapa de gestación del MPLD, de sus primeras expresiones organizativas en el marco del movimiento piquetero, fue un momento de pleno despliegue antagonista y de inauguración de su impronta territorial. La experiencia del conflicto y de la lucha que protagonizaron en ese tiempo, impugnando la dominación y el orden establecido, la autoridad y al propio Estado y sus gobernantes, configuró en este sujeto colectivo una subjetividad claramente signada por el ejercicio de un contrapoder (Modonesi, 2010).

Tomando como referencia la caracterización realizada por Modonesi (2010) en relación a los procesos de subjetivación política, podemos decir que el pasaje de una aceptación y resistencia relativa en la relación de mando-obediencia, de subordinación a la dominación y por tanto de un momento subalterno, al conflicto directo, de rechazo y confrontación a esas relaciones pautó la transición hacia un proceso subjetivo donde el factor ordenador pasó a ser el antagonismo. Una rebelión popular que tomó las calles y traspasó el umbral de la resistencia y la subalternidad anterior, donde el reclamo por la autonomía no fue solo un eje organizativo sino también parte de un planteo estratégico, de un horizonte emancipatorio. Proceso que no fue abrupto. A medida que las tensiones se fueron intensificando, que el descontento y las carencias fueron creciendo, que la gente se fue encontrando, problematizando y politizando su cotidianidad. Los sujetos fueron tomando conciencia de sus propios intereses y de sí mismos, y por ende la necesidad de poner freno y hacer frente a todo ello se instaló como horizonte de lucha.

“Los bloqueos de calles y los cortes de ruta, la acción directa y “poner colectivamente el cuerpo”, nos parió como organización y nos dio una identidad en común. “Pan, trabajo, dignidad y cambio social” era la consigna que nos aglutinaba en aquella coyuntura de profunda

desocupación y creciente pobreza” (MPLD, 2015: 103).

Los actos de rebelión y de insubordinación que se desarrollaron, como los cortes de ruta, los piquetes, los enfrentamientos directos con el aparato represivo del Estado, las prácticas a contrapelo de las lógicas hegemónicas del momento: ollas populares, asambleas barriales por doquier para organizar la vida y la resistencia, y los reclamos directos por condiciones de vida digna, generaron, como plantea Modonesi (2016: 77) “una acumulación experiencial de una subjetividad política que se afirma y se hace visible y tangible a través del conflicto”. Una “disposición a actuar” de forma antagonista que se mueve entre lo espontáneo y lo consiente, y se coloca en el centro de la conformación de este sujeto socio-político.

(...) vinieron 150 a la asamblea y al plan de lucha (...) Nosotros siempre somos así cabezones viste, siempre hay que seguir, ante la adversidad hay que seguir, no importa, como dice hay que seguir igual, hay que ir, aunque sea una reunión presentamos el petitorio, no se retrocede (...) nuestra practica que era la asamblea -el piquete – la asamblea; la lucha, convertir todas las necesidades en organización y lucha; esa impotencia transformarla en potencia de cambio (...) las asambleas populares lo que intentaban implantar era eso: un nuevo sistema de democracia popular y no democracia representativa. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Fue en el marco de ese despliegue antagonista donde el territorio de las villas y los barrios populares se constituyó, para el movimiento piquetero y para otras expresiones organizativas, en el territorio por excelencia de su acción política. La construcción de territorialidades otras, distintas a las dominantes, que apuntaban deliberadamente a resignificar y generar nuevas relaciones sociales, fue un elemento central en la configuración subjetiva de esos colectivos. Sus prácticas

fueron dando forma a procesos territoriales donde a través de la olla popular, del merendero y la toma de casas se fue (re)armando la vida. Una forma de habitar caracterizada por la práctica de lo colectivo, por el compartir, por lazos de solidaridad y contención afectiva, que fueron indispensables para la supervivencia (Gutiérrez & Salazar, 2015b).

“(...) fuimos asumiendo que para realizar un profundo cambio en la sociedad resulta necesario dar la lucha desde todas las esferas de la vida, y poder construir políticas desde y con todos los sujetos del campo popular. A partir de esto nace la idea de ampliar nuestro horizonte de disputa política, de manera tal que nuestro movimiento sea parte de distintos frentes y territorios de lucha (...)” (MPLD, 2015: 104).

El centro ya no estaba colocado en la esfera de la producción de capital sino en el de la reproducción de la vida, encontrando en las mujeres el eje articulador de las acciones. Las precarias relaciones que mantienen las mujeres con el empleo remunerado las llevó a ocupar un lugar especial en este contexto de neoliberalización. Fueron las primeras en salir y tomar las calles contra todo despojo y destrucción, las primeras en organizar los cortes de ruta, dando vida a variados métodos para la preservación de lo común, de los recursos, de los afectos y de todo el tejido social que sirvió como base de contención colectiva (Federici y Caffentzis, 2015)

(...) instalar la asamblea como un espacio de decisión y discusión política permanente, una vez por semana asamblea; las propias vecinas organizando el comedor del merendero, las actividades con los pibes, las ollas, vos tenías algo y el otro no y lo compartías y se intercambiaba por algo que tenía el otro, el aguante de cabeza, y las compañeras ahí, al frente (...) (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Todo momento de rebelión encuentra sus bases, sus raíces en experiencias previas de resistencia y viceversa, que quedan plasmados a modo de estela en el proceso de configuración subjetiva de los movimientos sociales (Modonesi, 2016). Una rebelión y papel ofensivo que, por definición, es más intenso pero al mismo tiempo menos duradero, volviendo a replegarse, a mixturarse paulatinamente con un momento más defensivo, de resistencia. Es decir, volviendo a la subalternidad como constante y ordenadora, pero con una membrana lo suficientemente porosa y móvil como para que emerjan nuevas rebeliones.

4.1.3 El repliegue: un retorno a la subalternización

El ciclo de lucha contra el neoliberalismo se fue cerrando más o menos al mismo tiempo a lo largo de toda América Latina, un cierre que vino de la mano del ascenso de los llamados gobiernos progresistas (Falero, 2008): Venezuela en 1998, Argentina y Brasil en 2003, Uruguay y Bolivia en 2005 y un poco más tarde Ecuador en 2007. Este cambio coyuntural abrió un nuevo escenario para los movimientos sociales populares, en contraste con el contexto anterior donde las discrepancias con los gobiernos de derecha resultaba más clara y evidente (Castro, Elizalde, Sosa & Menéndez, 2014).

Mucho se ha polemizado y analizado en los últimos años sobre el impacto que los progresismos tuvieron en relación al rol activo de los movimientos sociales y el tipo de vínculo que se fue gestando con el Estado. Un debate que resulta relevante para nuestro estudio puesto que permite situar las repercusiones que este nuevo escenario significaron para el movimiento piquetero, y más específicamente para el MPLD.

Como rasgo general podría decirse que en este momento se instala una nueva hegemonía progresista que presenta quiebres respecto a la anterior hegemonía neoliberal, pero que al mismo tiempo mantiene elementos de continuidad (Sosa, 2015). Décadas anteriores que se caracterizaron por un Estado ausente, en contraposición a un momento de promoción de derechos sociales, recomposición económica, reactivación de la industrial nacional y la nacionalización de empresas, y un Estado que es al mismo tiempo garante y generador de condiciones para la acumulación capitalista (Falero, 2008). Un nuevo escenario político, económico y social que se torna por momentos confuso para el movimiento popular; que pendula entre la búsqueda por profundizar algunos cambios o acoplarse, entre esperar o presionar (Castro, Elizalde, Sosa & Menéndez, 2014).

Con el kirchnerismo empieza a cobrar relevancia el poder estatal y eso nos sorprende, nos agarra sin reflejos entendés? La desorientación política, decir “bueno y ahora con qué mierda le hacemos frente a esto?”, no te alcanza con 10.000 asambleas desplegadas en todo el país para enfrentar el aparato estatal. Porque su habilidad radicó en tomar todas las peleas que se venían dando y capitalizarlas a su favor, a favor del imperialismo y del capitalismo digamos, ellos necesitaban recomponer las instituciones, el sistema, con políticas públicas estatales que adormecieron a muchas de esas experiencias del campo popular. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Este repliegue que atravesó a la mayor parte de las organizaciones y los movimientos del campo popular argentino, de pasivización y desmovilización redujo los márgenes de antagonismo que habían alcanzado en la década anterior. El concepto de revolución pasiva acuñado por Gramsci (1974) resulta de gran utilidad como calve de lectura de este nuevo contexto, puesto que permite

distinguir y caracterizar los proyectos políticos en pugna (Modonesi, 2016). “La noción de *revolución pasiva* busca dar cuenta de una combinación -desigual y dialéctica- de dos tensiones, tendencias o momentos: restauración y renovación, preservación y transformación (...)” (Modonesi, 2016: 107). La idea de revolución pasiva se plantea entonces como una transformación revolucionaria sin antagonismos, sin el despliegue antagónico de los sectores subalternos, pero tampoco como un restablecimiento total del *statu quo ante* (Modonesi, 2016). Su alcance se vincula estrechamente a las transformaciones operadas desde el Estado a través de reformas y proyectos reformistas, conducidas desde arriba en tanto iniciativas de las clases dominantes que se viabilizan a través de las instituciones estatales (Modonesi, 2016: 110).

Existen a su vez dos categorías analíticas vinculadas a la noción de revoluciones pasivas, entendidos como dispositivos de pasivización, que permiten una mejor comprensión del proceso argentino en el contexto progresista. Por un lado se ubica la idea de transformismo y por otra la de cesarismo (Gramsci, 1974). El concepto de transformismo se vincula al proceso por el cual las clases dominantes realizan un paulatino drenaje o cooptación voluntaria de fuerzas de sectores subalternos a sus filas. O también como su debilitamiento a partir del abandono o traición de sectores que transforman sus convicciones políticas oportunistamente (Modonesi, 2016: 119). Este proceso de transformismo impacta directamente en la correlación de fuerzas, garantizando así la pasividad y la desmovilización.

Por su parte, la noción de cesarismo se vincula, como plantea Gramsci (1974), a una “solución arbitral” vinculada a la emergencia de una figura carismática. Esta figura cumple una función política específica operando como factor de equilibrio entre clases, y por tanto como factor de pasivización canalizando las demandas populares y representando demagógicamente los intereses de las clases subalternas (Modonesi, 2016). El cesarismo como dispositivo puede ser

progresivo o regresivo.

Si analizamos el caso argentino podríamos decir que si bien existe una combinación de rasgos transformistas, populistas y cesaristas, este último es el que predomina. Este dispositivo, en tanto elemento de desmovilización, encontró en Nestor Kirchner esa figura carismática. Un líder que desde su impronta y sus políticas simpatizaba y recogía las necesidades de los sectores populares, y se presentaba como aquel conductor que “dio” conquistas al pueblo. Al mismo tiempo que este fenómeno subalternizó a los actores que habían sido protagonistas del ciclo de lucha anterior, desarticulando los movimientos que se fueron tejiendo desde abajo (Modonesi & Svampa, 2016).

(...) con un Estado que te baja recursos terminaste vos siendo funcional porque la herramienta de la lucha, ponele eso que en algún momento había sido tan enriquecedor como una movilización para conseguir alimentos, eso también ya estaba institucionalizado digamos: “- sos un comedor popular? - sí. - bueno toma tanto kilos de alimento”. Listo, ya estabas dentro de los márgenes de la política de estado (...) Entonces se crea una cierta funcionalidad si querés en la organización de base. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Algunas organizaciones intentaron mantener sus espacios de resistencia y autonomía, principalmente dentro del movimiento piquetero. Pero fueron las tensiones que el nuevo contexto, con la llegada del kirchnerismo, presentaba para las experiencias dentro de este sector lo que llevó a la fragmentación de varias de sus organizaciones. Una fragmentación que devino, en el caso del MTR, en la conformación del MPLD como colectivo independiente.

(...) un sector del movimiento piquetero se fue como institucionalizando en

el buen sentido digamos, armando su propia orgánica y construyendo un poder local territorial muy bueno, y por otro se vino todo el proceso de cooptación de algunas organizaciones (...) y a ese proceso de cooptación por parte del kirchnerismo se suma un proceso de fragmentación muy grande de las organizaciones que hasta ese momento nos habíamos mantenido unidas, la nuestra propia digamos porque el MTR se parte en 8000 pedazos (...) puntualmente del MTR por ejemplo ninguno se fue al kirchnerismo, era un delirio digamos, pero las perspectivas de continuidad eran diferentes. El MTR se empieza a fragmentar en el 2003-2004 (...) ahí nos abrimos nosotros y armamos MTR La Dignidad y replegamos un poco a Capital Federal de nuevo, hasta el 2006 que pasamos a ser La Dignidad a secas. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Aquel horizonte emancipatorio de fines de los años 90, de rechazo a todo vínculo y articulación con el Estado, quedó, con la asunción del progresismo al gobierno, subsumida e institucionalizada. Las demandas de autonomía entraron en declive mostrando su debilidad ante la fuerte interpelación del Estado (Modonesi & Svampa, 2016). Un nuevo contexto donde sin embargo la dimensión territorial, como carácter específico de los nuevos movimientos sociales gestados en esos tiempos, no perdió relevancia sino que se mantuvo como ámbito de resguardo para aquellas prácticas que intentaban tensionar el orden dominante. La construcción de una territorialidad-otra, opuesta a la hegemónica, se convirtió así en el espacio de resistencia colectiva por excelencia (Modonesi & Svampa, 2016), si bien se reactivaron ámbitos de militancia, como la fábrica.

4.1.4 La CABA y sus condiciones específicas

Una vez conformado el MPLD su trabajo, sus prácticas y disputa se inscribió

inicialmente a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, su lugar de origen y donde tradicionalmente se encuentra su mayor trayectoria militante. La CABA presenta, en el contexto progresista, algunas particularidades que de alguna forma favorecieron el desarrollo de las propuestas impulsadas desde el MPLD.

Siempre Capital Federal fue nuestro digamos; nos replegamos a eso, reformulamos toda esta idea; se sumaron nuevos compañeros y logramos ampliar nuestra base ideológica (...) Nosotros tenemos la suerte que en la Ciudad de Buenos Aires el kirchnerismo siempre fue bastante débil, incluso en los barrios donde estamos (...) nuestra mayor disputa es con el macrismo y eso es más fácil porque es un enemigo más claro, siempre fue un enemigo más claro. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

(...) el proceso de construcción del MPLD se dio en una calve muy particular que es el asentamiento profundo en Capital Federal, donde a diferencia de lo que fue el gobierno nacional que tuvo un tinte progresista y de carácter más popular, no sucedió así hacia adentro de la Capital Federal. Muchas de las discusiones que tuvieron que tomar otras organizaciones y otros movimientos de cara al kirchnerismo nuestra organización no lo tuvo porque el Estado que tenía en frente de alguna manera, o parcialmente, sobre todo en relación al asentamiento territorial, era el gobierno de la Ciudad que es abiertamente neoliberal y de continuidad con los 90. (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

La presencia de un gobierno de derecha conduciendo la Ciudad hizo posible que, en el marco de un proceso generalizado de subalternización, el MPLD se mantuviera como sujeto antagónico en el marco concreto de esa inscripción territorial. La confrontación con el gobierno local habilitó la vigencia y

efectividad de algunas estrategias y tácticas de lucha como los acampes frente a la casa de gobierno, las movilizaciones y la toma de calles como espacios privilegiados de confrontación directa y reclamo. Sin duda estos enfrentamientos no alcanzaron las dimensiones de las luchas del ciclo anterior, pero lograron al menos mantener vivas algunas de sus herramientas, promoviendo así procesos de politización colectiva devenidos directamente de la necesidad de hacer visible las relaciones de explotación, dominación y precarización existentes. Una coyuntura específica de la CABA que por las propias relaciones de fuerza y disputa tejidas a nivel nacional y de gobierno, entre el progresismo y la derecha, ciertos espacios se constituyeron en ámbitos propicios para la militancia territorial.

En las villas vos tenés un Estado ausente, más allá de las políticas públicas estatales que impulsó el kirchenrismo, y eso nos dio otras “libertades” si querés para poder desplegar el laburo en ese territorio. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

La villa, territorio por excelencia del MPLD, se convirtió así en el principal espacio de acumulación del movimiento. Su fuerte tradición piquetera acompañada de un proceso de reconfiguración de sus principios y lineamientos políticos, en paralelo a un “dejar hacer” desde el gobierno local, hizo posible la construcción de espacios caracterizados por una autonomía relativa.

(...) incorporamos todos los fundamentos: la lucha anti-patriarcal, anti-colonial, porque el anti-capitalismo y el anti-imperialismo estuvo pero ampliamos también eso, nuestro centro de lucha abarca otras luchas. El horizonte estratégico lo ampliamos y en la construcción territorial afianzamos todos los organismos de poder popular prefigurativos digamos, que no solo se convierten en un espacio que puede aportar al poder popular local sino que también se convierten en espacios donde se discute el

horizonte estratégico, porque lo que vamos a querer después en la ciudad nueva que construyamos tiene que ser así digamos. (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Sin embargo, es posible señalar que por las propias características de las ciudades -su incapacidad de autosustentarse y la exclusión que significa para los sectores más precarizados- (Lefebvre, 1969; Harvey, 2013), las posibilidades que presentan los movimientos sociales autónomos para la construcción comunitaria son limitadas. Por una parte porque no cuentan con territorios geo-políticos propios de gran escala -como puede ser el de las comunidades indígenas- y por otro, debido a las dificultades de construir propuestas autónomas de gran envergadura debido a la presencia de punteros y políticos clientelares que disputan su dominio (Ouviaña, 2011: 258). De esta forma las experiencias que se logran desplegar se caracterizan por presentar una autonomía relativa y de pequeña escala en relación a la totalidad del territorio donde se desarrollan.

(...) hoy estamos en una clave de disputa territorial a nivel político contra los punteros en algunos negociados que tenían y que ahora por suerte hemos podido abordar, que tienen que ver por ahí con obras, con servicios, con contratos millonarios que quedaban en pocas y en algunas familias. (Entrevistado C₂, colectiva 2, integrante del movimiento, referente territorial).

(...) un gran problema son los punteros que muchas veces están muy relacionados con los narco. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

(...) nos mandan los punteros, nos aprietan, .pero aprendimos a defendernos después de muchos años. Cuando vienen a pegarnos nosotros

pegamos también, no se si es políticamente correcto pero es la realidad. (Entrevistado A, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD, y referente territorial).

En tal sentido las villas, territorio por excelencia del MPLD, presentan una doble condición. Al tiempo que habilita la emergencia de experiencias-otras (jardines populares, casas de las mujeres, cooperativas, entre otras, gestionadas por el propio movimiento bajo sus propias lógicas), distintas a las hegemónicas y con cierto grado de autonomía, como consecuencia de la no presencia del Estado, o un Estado “que deja hacer”, ven también limitado su alcance. El Estado si bien no está plenamente presente, no deja, como en toda urbe¹³, de ser el enemigo inmediato y por tanto el interlocutor diario para el movimiento, al tiempo que las disputas de poder y de fuerza -como plantea Fernandes Mançano (2008) propias de todo territorio- entre este sujeto colectivo, los oportunistas políticos (clientelismo y lógica punteril) y el narcotráfico tensionan su alcance (Ouviaña, 2011: 259).

El Estado genera cada vez más organizaciones que nosotros en vez de pelearnos con ellas tratamos de ir acordando, porque dividen, dividen mucho, inclusive desde la izquierda. (Entrevistado A, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD, y referente territorial).

(...) nos repartimos por barrios donde estaba la organización y antes de que se armara la Corriente Villera, había ya que laburar en casi todos los barrios de la misma manera, de luchar por nuestros derechos, por la ley que nos pertenece, y de exigir al gobierno lo que nos tiene que dar como derecho. (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y

13 En el campo, en zonas rurales y comunidades indígenas, el principal enemigo y la disputa por el territorio se configura principalmente en torno a los capitales extranjeros y las grandes multinaciones; contra el extractivismo, las mega-minerías y la explotación y expropiación de la tierra y bienes comunes.

referente territorial).

El responsable de que en las villas estemos así es el gobierno de la ciudad como el gobierno de la nación, yo acá a los dos gobiernos culpo por partes iguales porque son gente que cuando necesitan el voto están dentro de la villa, y después de que se votó se van de la villa y vos sos otra vez una villera que no tiene derechos. (Entrevistado G, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Se vuelve necesario a su vez clarificar la noción misma de Estado desde la cual partimos, entendiéndolo como el lugar donde las clases dominantes se unifican y constituyen a fin de viabilizar y materializar su dominación, tanto por vía de la dominación como por complejos mecanismos que garantizan el consentimiento de las clases subalternas (Thwaites Rey, 1994:4). Una perspectiva que incluye en su definición los conflictos dinamizados desde sectores populares para avanzar hacia nuevas lógicas de distribución de la riqueza y acceso a la ciudad.

Es sobre esta perspectiva que analizamos las propuestas desarrolladas por el MPLD. Experiencias con una impronta autónoma relativa en tanto su construcción es posible a partir de recursos que se obtienen o *se arrancan* del Estado. Propuestas que, como veremos más adelante, adquieren una lógica propia de gestión, de construcción y perspectiva, pero que por su dependencia ven limitado tanto su alcance como su continuidad. Experiencias que por otra parte intentan tensionar las lógicas que las ciudades nos imponen; que nos subsume a una temporalidad homogénea, que fragmenta y dispersa configurando subjetividades individualizadas propias de las lógicas mercantil y estatal (Ouviña, 2011: 261). El MPLD resiste a estas embestidas a través de la particularidad de sus propuestas, creando espacios que intentan territorializar relaciones sociales de nuevo tipo, experimentando vínculos socio-políticos no escindidos de lo cotidiano

(Ouviña, 2011). Una territorialización que habilita, como plantea Ouviña (2011: 266) la auto-afirmación de nuevos actores sociales y políticos, tanto en el espacio geográfico como desde el simbólico y cultural, a través de la experimentación de lazos y espacios comunitarios. Un experimentar que desde su territorialidad genera nuevas subjetividades, “relaciones productivas, imaginarios sociales y vínculos comunitarios que se proyectan como formas autonómicas (...)” (Ouviña, 2011: 266).

La diversidad de las experiencias impulsadas desde el MPLD en las villas de la CABA tienen así la pretensión de generar procesos de transformación integrales a partir de sus construcciones territoriales; de los modos de actuar, pensar y habitar espacios materiales y simbólicos. Procesos de transformación dialécticos entre la atención y resolución de necesidades inmediatas de la cotidianidad de la vida y la construcción, desde el aquí y el ahora, de la sociedad nueva a la que se aspira, de un nuevo horizonte político.

4.2 El MPLD y sus territorios

“Las grandes transformaciones no empiezan arriba ni con hechos monumentales y épicos, sino con movimientos pequeños en su forma y que aparecen como irrelevantes para el político y el analista de arriba”
Subcomandante Insurgente Marcos

El concepto de territorio para el MPLD se ha mantenido en movimiento, en tanto fue ampliando su horizonte de significación al tiempo que fue profundizando sus proyecciones políticas. Un movimiento dialéctico entre los procesos de lucha que han desplegado, los sentidos que construyen a partir de ellos y las formas en que materializan ese horizonte nuevo. De esta manera el territorio se constituye en

premisa básica del movimiento puesto que desde allí se estructuran sus líneas de acción y viceversa. Asimismo, los procesos de significación y re-significación que sus integrantes le dan a esta categoría se vuelven clave para comprender los mecanismos a partir de los cuales asumen y llevan adelante esos procesos de disputa. Una ciudad y territorios que pretenden ser apropiados material y simbólicamente, lo que convierte al barrio, las villas, la universidad y el sindicato en espacios propicios para la generación de procesos de subjetivación política.

4.2.1 La construcción territorial del MPLD

En el apartado anterior se hacía referencia a la relevancia que adquirió la dimensión territorial para los nuevos movimientos sociales surgidos a partir de la década de los noventa, rasgo que caracterizó a estas experiencias colectivas. El MPLD, como parte de esas nuevas organizaciones, tuvo en sus inicios como principal territorio de referencia las villas y barrios obreros de la CABA. Si bien su nacimiento como organización no se produce en estos territorios, sino vinculado a la necesidad habitacional y por tanto a la ocupación de viviendas, las villas se convirtieron en poco tiempo -como consecuencia del contexto nacional: económico, político y social- en el principal territorio de su acción. Las villas son espacios donde se localizan los sectores populares más excluidos del sistema y del modelo neoliberal en Argentina.

Nosotros no nacemos en las villas, nosotros nacemos justamente con problemas de vivienda: de casas tomadas, de inquilinatos en los barrios “paquetes” de la Ciudad de Buenos Aires, con intentos de desalojo: en Palermo y Villa Crespo, ahí nacemos nosotros. (Entrevistado A, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD y referente territorial)

El movimiento es un movimiento que es de Capital Federal digamos, con lo cual el territorio por excelencia son las villas de emergencia, y ahí es donde se empieza a construir la organización y la lucha más fuerte (...) a partir de organizarse para levantar una olla y reclamarle al Estado comida para sostener esas ollas populares, etc, se empiezan a organizar asambleas y espacios comunitarios digamos. (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

De acuerdo a los datos publicados en abril de 2016 por la Dirección de Estadísticas y Censo de la CABA, desde una perspectiva territorial, la Ciudad presenta una alta concentración de población en condiciones de vulnerabilidad social. Población que ocupa extensos territorios que se encuentran al margen de la trama urbana, presentando a su vez importantes dificultades de acceso a servicios básicos. Según el censo realizado en 2010, del total de la población radicada en la CABA (2.890.151 habitantes), aproximadamente el 10% viven en villas de emergencia¹⁴, de los cuales entre el 15 y 20% se considera población no nativa. Los cálculos arrojan como dato significativo que entre 1980 y 2010 se produjo un incremento del 380% de la población que reside en estos territorios. A modo de ejemplo, la Villa 21-24 cuenta, de acuerdo con estos datos, con aproximadamente 31 mil habitantes (58% migrantes), seguida por la Villa 31 y 31 Bis con 27 mil (67% migrantes) y la Villa 1-11-14 con 26 mil (51% migrantes)¹⁵.

Sobre esta realidad donde, como muestran Abelenda, Canevari y Montes (2016: 28), la concentración territorial de la desigualdad social de la CABA se presenta como comportamiento demográfico invariable, es que acciona el MPLD desde sus

14 La CABA cuenta con diez y ocho villas de emergencia, y el MPLD tiene presencia en todas ellas.

15 La población migrante de las villas proviene principalmente de Paraguay, Bolivia y Perú, y en menor proporción de otras provincias argentinas -en su mayoría del norte: Jujuy, Salta, Mendoza, Tucumán, Misiones-.

inicios. Estas características que presenta el territorio de las villas, con sus altos niveles de precarización, exclusión y marginalidad, y su composición migrante, generan condiciones específicas para el accionar político-social del movimiento. La particularidad de la CABA es que estos territorios vulnerados se ubican en el seno mismo de la ciudad y no en las periferias, como puede ser el caso Uruguayo: fragmentos de territorio no integrados a los proceso de urbanización de la ciudad pese a formar parte de ella (Álvarez Pedrosian, 2014b). Como plantea Álvarez Pedrosian (2014b: 79) recuperando a Lefebvre, “las espacio-temporalidades urbanas y de lo urbano (...) constituyen dinámicas que han venido pautando el devenir de lo humano desde el surgimiento de las ciudades”, que, siguiendo al autor, se expresan en esas variadas y heterogéneas extensiones de lo urbano propias de la metropolización y los procesos de territorialización que encarnan.

Las villas, “barrios cerrados en su carencia” en contraposición a los “cerrados en su opulencia” (Díaz, 2010: 14), se configuran así, siguiendo a Díaz (2010: 23) como “lugares aislados de la sociedad abierta”, donde la reclusión no elegida forma parte de los mecanismos de supervivencia de quienes las habitan. Territorios villeros en los que, como plantea Díaz (2010), la comunidad habitante configura diagramas de fuerza. Diagramas en tanto mapa simbólico que subyace en las prácticas sociales que se tejen, crean y recrean; que operan en los modos de ser y las relaciones que los sujetos establecen entre sí, y que son la base de su existencia y los discursos que construyen quienes comparten ese espacio común (Díaz, 2010: 22). Esos diagramas funcionan como “disparador[es] de conductas que (...) son características de comunidades no integradas al resto de la sociedad” (Díaz, 2010: 22).

Medio que todo sucede ahí, todos los proyectos y la construcción de propuestas diferentes, alternativas, responden a las necesidades que surgen o que están ahí en el territorio, que es la villa (...) No es una organización política que surge a

partir del mundo de los trabajadores, en el sentido clásico, sino que todo lo contrario, surge a partir de la organización de los sectores que fueron fuertemente excluidos durante el neoliberalismo y se quedaron sin nada digamos y esos sectores están en los barrios populares, y en la Ciudad de Buenos Aires esos barrios populares son las villas. (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD)

Si bien las villas se han configurado como el principal territorio de incidencia del MPLD, en los últimos años el movimiento ha resignificado su proceso de construcción territorial. La mirada sobre el territorio se amplió y con ello su proceso de construcción interna, su estructura y orgánica.

Nosotros somos un movimiento que peleamos en los sindicatos, en los territorios, en la Universidad, con gran desarrollo en lo territorial propiamente dicho, pero lo territorial también entendiendo como algo más amplio; el sindicato, la universidad para nosotros también son territorios donde disputamos, incluyendo lo que son las villas, en la ocupación de tierras en las provincias, en barrios de trabajadores (...). (Entrevistado A, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD, y referente territorial).

En los últimos años como que hace dos o tres años que estamos modificando la estructura. Pero también eso responde a un crecimiento en dos planos, por un lado en un crecimiento muy fuerte en los territorios acá en Capital Federal, pero también a un crecimiento de la organización a escala nacional (...). (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD)

El movimiento re-define así sus espacios de disputa en función de las necesidades

y horizontes políticos que define para sí. En tanto organización que se propone la transformación radical de la sociedad, se asume el desafío de construir experiencias nuevas más allá del territorio específico de las villas. Un proceso de ampliación que está teñido y marcado por la experiencia villera que no resulta sencilla, e incluso viable, de multiplicar en esos nuevos territorios. Dificultades que responden a las particularidades de cada espacio, a sus dinámicas y lógicas políticas.

Las villas presentan características que se diferencian significativamente de otros territorios, como la universidad y el sindicato: una fuerte presencia migrante con una tradición comunitaria muy arraigada; el rol central que ocupan las mujeres, colocando en el centro de las experiencias la reproducción de la vida. Condiciones particulares que, como se desarrollará más adelante, habilitan una determinada forma de construcción política y de habitar los territorios.

La organización tan volcada específicamente a lo villero pone limitaciones en cuanto a pensar diferentes frentes digamos (...) todo y todos volcados hacia un lugar específico pone un límite en cómo pensar, y que incluso nos cueste a los que militamos esos otros territorios particulares, como la universidad, trasladar eso. (Entrevistado B₄, colectiva 1, integrante más reciente del MPLD).

Es importante pensar también que, nosotros como movimiento, hemos modificado un montón en el último tiempo la estructura, la vamos modificando. Pero es verdad, la cuestión de los límites y que muchas veces tenes que estar rearmando y repensando algunos lugares específicos de la estructura porque no te alcanzan, porque no son suficientes, o porque no sirven. (Entrevistado B₃, colectiva 1, integrante más reciente del MPLD, de espacios de conducción y referente territorial).

El MPLD tiene, por su proceso de construcción, una fuerte identidad villera, aspecto que atraviesa y permea subjetivamente a todo el movimiento. La tensión se presenta en las posibilidades de conjugar la potencia de la construcción territorial de estos espacios con las particularidades, dinámicas y tramas propias de la universidad y el sindicato. La experiencia villera se vuelve así en un modelo a seguir. No un modelo en tanto matriz a ser replicada, sino como una forma de construcción exitosa, aunque no librada de tensiones y contradicciones, que ha permitido experimentar nuevas formas de acción política, con otros sujetos protagonistas de esas propuestas, que habilita la configuración de entramados sociales otros.

4.2.2 Habitar los territorios

Las diferentes prácticas impulsadas por el MPLD en los diversos territorios en los que enmarca su accionar político y social habilitan la construcción de nuevos habitares. Nos referimos a habitares en tanto procesos de transformación de la materialidad, de nuevas prácticas que se gestan producto de procesos y dinámicas políticas donde se ponen en juego y entran en tensión diferentes saberes y campos de acción (Álvarez Pedrosian, 2014a). Estas experiencias a nivel territorial se vuelven espacios significativos de producción de subjetividad, entendidos como “formas de ser a partir de haceres y prácticas singulares y singularizantes, que pueden enfocarse en las espacio-temporalidades y las maneras de estar-en-el-mundo, de habitarlo” (Álvarez Pedrosian, 2014a: 2).

Cada territorio en el que se inscribe el movimiento presenta diseños y composiciones diferentes, y están atravesados al mismo tiempo por el desafío de construir experiencias colectivas transformadoras que trasciendan a sus

integrantes.

La universidad es, de los amplios territorios en los que se inserta el MPLD, el frente de lucha que presenta mayores complejidades para alcanzar ese objetivo. La posibilidad de generar un grupo estable de jóvenes militantes y diseñar una propuesta específica acorde a sus particularidades aparece como una de sus principales tensiones. Los jóvenes universitarios que se vinculan al movimiento se ven rápidamente atraídos por el trabajo y accionar en las villas y los barrios. Esto genera que la universidad se vuelva un espacio poco atractivo para la militancia, puesto que el centro está colocado en el debate político, la disputa de poder y sentidos desde un plano simbólico e incluso abstracto, y ya no en la generación de prácticas y propuestas otras vinculadas a la reproducción material de la vida. Al mismo tiempo, la poca trayectoria y experiencia de trabajo en este tipo de territorios, sumado a la multiplicidad de actores sociales y políticos que también buscan intervenir en él, complejiza aún más el diseño de estrategias y tácticas que se vuelvan efectivas para los objetivos que el movimiento se plantea. Pocos militantes y dificultades para generar propuestas disruptivas, diferente a las tradicionales o hegemónicas, multiplicidad de actores y límites institucionales que ponen techo a la construcción de experiencias nuevas. Cabe entonces preguntarse si más allá de reconocer la necesidad estratégica de ampliar los territorios de disputa del movimiento, éste se encuentra en condiciones de poder construir y amplificar hoy su experiencia en todos ellos. Incluso, si el movimiento reconoce y valoriza las trayectorias y experiencias de quienes intervienen en este espacio o sigue primando subjetivamente la lógica de construcción villera, más allá de sus intencionalidades.

Cuando llegan compas de la Universidad a la organización lo que nosotros decimos es que puedan militar gremialmente, que puedan militar en la universidad y no solamente ir a los barrios. Porque la coyuntura nos dice

que eso también lo tenemos que hacer, que ahí también tenemos que disputar, y no nos podemos quedar solo en el barrio y la villa, por más tentador que sea. No es fácil y hay que trabajar con esos compas la importancia que eso tiene, que tiene estar ahí también, porque tampoco puedes obligar a nadie a que esté y meta el cuerpo donde no se siente cómodo, no tiene sentido. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

(...) de las cosas que más han convocado es cuando hemos invitado a hacer cosas por fuera de la universidad. No es fácil para los que estamos militando en este territorio cómo pensarlo y qué hacer, en parte porque para muchos nuestra referencia es la villa, el barrio y eso que se hace ahí no lo puedes llevar a la universidad porque son lugares diferentes. Entonces todo eso también como que te pone un límite, porque podemos intervenir muy bien y de manera muy eficiente en las villas, pero en otros territorios, como la universidad, nos deja como flaqueando. (Entrevistado B₄, colectiva 1, integrante más reciente del MPLD).

Por otra parte se encuentra el frente sindical del MPLD, con la experiencia del Sindicato de Empleados y Obreros Municipales de Jujuy -SEOM¹⁶- desde donde se intenta disputar un nuevo modelo de construcción sindical, basado en otras lógicas y dinámicas, e impulsando acciones que se desmarcan de las llevadas adelante por otras experiencias organizativas de su mismo tipo.

(...) somos la única organización de izquierda que tiene un sindicato, no ha habido otra organización que tenga un sindicato; tienen seccionales, delegados, pero un sindicato con 6000 tipos afiliados, reconocido, que entran paritarias todos los años, es la única organización y con un referente

16 Organización sindical que forma parte de la articulación política del MPLD.

muy claro e histórico de la lucha en Argentina, como es el Perro Santillán, pero además con una línea política muy similar en términos de las masas: aceptar las contradicciones y trabajar sobre ellas. (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

El SEOM ha intentado generar acciones que, para su contexto, pueden entenderse como prácticas disruptivas: realizar trabajos solidarios de apoyo a las familias afectadas por las inundaciones en Jujuy, acompañar las movilizaciones en defensa de comunidades originarias contra las mega-mineras y el extractivismo o apoyar los reclamos que a nivel estudiantil lleva adelante la corriente universitaria del MPLD en la provincia. Acciones que procuran tender puentes con otras disputas que se tejen desde el campo popular y que tienen a otros sujetos como protagonistas.

(...) tenemos tan aceitada esa construcción territorial, esa estructura de masas que funciona que, durante mucho tiempo, construimos en otros frentes en función de ese (...) era casi un pecado capital ser parte de La Dignidad y no estar asentado territorialmente en un barrio (...) Para mi es una de nuestras grandes dificultades la construcción de otros frentes de masas con los niveles de desarrollo que tiene hoy el frente territorial. Recién ahora yo creo que estamos alcanzando los niveles de madurez política necesaria para poder entender que no vamos a hacer una revolución en Argentina solo desde las villas. (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

Cada frente de lucha del movimiento presenta ritmos, dinámicas y relaciones de fuerza diferentes, sus pliegues y repliegues, sus líneas de fuga. Lo común entre cada uno de ellos, entre cada territorio, es el horizonte de transformación que plantean como base para su accionar. Pero en cada caso se tejen estrategias y se

transitan caminos específicos. Cada territorio encuentra una forma propia de construcción política y social acorde a su realidad y posibilidades, entre algunos de ellos con mayores o menores niveles de similitud, pero en todos los casos partiendo de las diferencias para pensar y diseñar lo nuevo. En el sindicato por ejemplo es la lógica del capital y el mercado lo que ordena y prima al momento de pensar su accionar político. No se trata en este caso de limitaciones estructurales a priori del sindicato sino que, la contradicción capital-trabajo y sus lógicas se imponen con tanta fuerza que, incluso pretendiendo incluir la esfera de la reproducción de la vida como elemento indisociable en el proceso de transformación radical de la sociedad, termina quedando en un segundo plano. Son esas lógicas del capital y el mercado las que terminan definiendo las formas políticas que estos sectores construyen.

Pese a reconocer estos límites y diferencias, las formas de habitar y construir en las villas -que se desarrollará en el apartado siguiente- se impone como horizonte de posibilidad para los demás espacios del movimiento.

(...) poder lograr llegar a esas conclusiones es duro porque tenés que cuestionar tus prácticas y tenés que cuestionar quince años de construcción, y tenés que poder decir: “che la verdad que los villeros no es un sujeto revolucionario”, algunos son más revolucionarios que otros pero no son revolucionarios. Militar en el sindicato en Jujuy con los trabajadores organizados que tienen un sindicato, la única expresión de izquierda que tiene un sindicato en el país,...ehhh... y la verdad no son revolucionarios. Yo particularmente creo que no hay “un” sujeto revolucionario, “un” sujeto de cambio, es una mezcla de todo esto (...). (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

(...) la revolución no es el resultado de una intelección por parte de...es un proceso, el sujeto se construye, la clase se construye, desde la lucha se construye, no existe un sujeto revolucionario previo. (Entrevistado B1, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD)

Entender los límites que la histórica construcción del movimiento tiene en tanto organización territorial piquetera y villera es lo que mueve al MPLD a pensarse en otra clave, a ampliar sus espacios y territorios de disputa y a reconocer que cada lugar configura formas de *ser* y *estar* diferentes en el marco de la misma organización. Los lleva a reconocer que es necesaria la heterogeneidad de sujetos, de vivencias, trayectorias y saberes. Formas de estar-en-el-mundo, de estar-en-el-movimiento múltiples que no son contradictorias sino que se complementan, y son parte de una estrategia más amplia que el movimiento traza para sí. Formas de habitar, de *ser* diferentes que se traducen a su vez en prácticas llevadas adelante por sujetos también diferentes, experiencias que si bien no se contraponen sí expresan, como se desarrollará más adelante, tensiones.

4.2.3 La territorialidad de las villas

Por qué discriminan tanto a los que somos de la villa no se, porque pasamos peores necesidades que muchas otras personas (...) Uno no vive de planes y de comedores como dicen, en la villa hay mucha gente laburante que van a costurar para que otros se vistan, que van a limpiar casas para otros patronos y patronas que muchas veces son desconsiderados y nos maltratan, pero somos nosotros los que les estamos limpiando la mierda (...) ahí se vive del laburo del día a día de cada compañera y compañero, vecino y vecina que sale a laburar todos los días, y de la organización, con La Dignidad, que tenemos y nos hace fuertes (...) si los villeros un día

hicieran un paro de no ir a trabajar yo creo que la ciudad bajaría, sería un caos porque no iba a estar la que le hace el café, no iba a estar la que le planche, no iba a estar la que le costura, el que le construya la casa. (Entrevistado G, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Las villas de la CABA son espacios que resultan difíciles de ser imaginados para quien tiene como única referencia los asentamientos en Uruguay. Sus dimensiones son mayores, territorial y demográficamente. Al ingresar en ellas con rapidez se puede encontrar una multiplicidad de comercios, de todo tipo: de comidas -de las más variadas-, almacenes, carnicerías, verdulerías, locales de ropa, música, electrodomésticos, peluquerías, salones de fiesta. Todo lo que uno pueda imaginar se encuentra allí, simulando una innecesaria movilidad para abastecerse de lo básico, y más.

La venta de comidas de paso, en los corredores que componen un enorme laberinto, están día y noche en circulación, y la variedad de olores se fusiona con las diversas melodías que musicalizan el espacio. Niños corriendo, bajando de las altas escaleras esquivando los tendidos de ropas para jugar a la pelota en los angostos pasillos. Todo parece estar allí, apretado, compactado pero con una armonía propia, muy propia de ese lugar. Parece estar todo, y en ese momento es cuando lo estructural se impone con fuerza avasalladora: las calles de barro, la falta de saneamiento, la escasez de agua en verano, el tendido eléctrico que es una gran maraña de cables que se mezcla con las ropas tendidas a lo alto. Los caminos son tan angostos que impiden el ingreso de algunos vehículos, como los camiones de bomberos cuando ocurre algún incendio. Las calles no están señalizadas, por lo que, para quien no conoce el lugar, es inimaginable poder transitarlo.

La villa se un territorio contradictorio, en permanente conflictividad. Es escasez y accesibilidad, es fiesta de olores, sabores, música y risas. Es la tensión con la

policía y la gendarmería que está siempre presente, que hostiga y deja hacer. Es la desaparición de niñas, el narcotráfico, los punteros y es también la solidaridad de la comunidad, su lucha y resistencia.

“La diferencia de ahora en relación a hace 40 años no es mucha. Ahora las casas están más altas. Nosotros queremos que el barrio tenga la calle abierta, que los pasillos ya no sean pasillos. Que haya agua potable, como habíamos peleado en aquella época con la ferroviaria para que nos den agua, porque el agua no es agua potable. Todo eso no cambió en nada. La electricidad menos, todavía todos tenemos telarañas por arriba” (MPLD, 2015: 139).

Sus formas de construcción son viviendas de ticholo rojo levantadas a lo alto, unas sobre las otras, muchas alcanzando entre seis y siete pisos. Las dimensiones de superficie de los territorios, sumado al crecimiento demográfico de su población -familias numerosas que tienen sus terceras o cuartas generaciones habitando en estos territorios- obliga a construir hacia arriba.

Algunas comunidades bolivianas, peruanas y paraguayas se organizan en algunas villas para, colectivamente, mejorar la calidad de sus viviendas: arman colectas de dinero, donde cada familia aporta recursos económicos que al final del mes se sortean, el dinero se entrega y se vuelve a juntar para el sorteo del mes siguiente. En muchos casos se arman cooperativas de construcción de ladrillos, impulsadas por estas mismas colectividades, que luego venden sus productos a precios más accesibles para quienes viven allí.

Dentro de la villa vivimos diferentes colectividades, bolivianas, paraguayas, peruanos, y como diferentes colectividades hacemos la unión y la reunión, nos apoyamos entre nosotros para hacer las casas, para la comida y para

esas cosas de todos los días, y de la reunión salimos a pedir, a luchar y a reclamar lo que necesitamos. (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Muchas de las familias pagan alquiler, porque no cuentan con ingresos suficientes como para costear el precio de la compra de una casa, y porque vivir y alquilar en la villa es más barato que hacerlo fuera de ella.

Yo respeto la villa, la respeto como tal y quiero que todo el mundo la respete, y me peleo con cualquiera si me dicen que los villeros son esto o aquello. Me duele mucho que se digan esas cosas o que se trata mal a la gente que vive ahí, porque todos los que estamos allí es porque no tenemos otra opción. Es la opción que tenemos como gente pobre. (Entrevistado G, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Nos ven como peligrosos, como delincuentes, que todos los delincuentes están allí. Pero sin embargo dentro de la villa hay militantes, hay médicos, hay profesionales, hay especialistas. Hay mucha gente trabajadora, honrada, digna y buena, gente que se preocupa por los demás. Los profesionales que viven allí es más que todo por el hecho económico, que no les alcanza para alquilar un departamento en otro lugar. (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

La heterogeneidad en la composición de quienes habitan las villas, sumada a las tradiciones migrantes, habilita la generación de una amplia diversidad de propuestas que, desde lo comunitario, permiten dar respuesta a las necesidades del territorio. Propuestas impulsadas desde el movimiento, donde algunas de ellas son canalizadas a través de su frente de masas: la Corriente Villera Independiente. Estas experiencias son entonces sostenidas y gestionadas entre integrantes del

MPLD que viven en las villas (con y sin saberes específicos), otros integrantes de la organización con roles de referencia y habitantes del territorio. Algunas de ellas son: los centros de salud comunitarios; los jardines y bachilleratos populares; las casas de la mujer “Mujeres en lucha”; los servicios de distribución de gas y las ambulancias populares; la formación de cuerpos de bomberos y rescatistas villeros; los grupos de alfabetización; la escuela popular de oficios; las cooperativas de barrido, panadería, productores y pescadores (entre otras); la toma de las calles de la ciudad en reclamo por la urbanización, eje articulador de sus reclamos.

El proceso de construcción de estas experiencias por parte del MPLD suele ser, desde sus inicios, primero la identificación de necesidades dentro de las villas y posibles acciones que den respuesta a ellas, como puede ser la existencia de un comedor popular. Con recursos que les llega desde del Estado, a través de sus diversos planes, se identifica una familia dentro del territorio a la que se les entrega para su puesta en marcha. Esto se hace bajo la condición de que esa familia debe acercarse a otras a ese espacio y hacerlas parte de su proceso de sostén, y con el requisito de que su forma de gestión y de toma de decisiones sea desde un funcionamiento asambleario. Este forma asamblearia supone procesos de deliberación y gestión colectiva sobre el devenir del espacio. Al mismo tiempo, estas experiencias son acompañadas desde el inicio por un referente de la organización que no habita en el territorio de la villa. Acompañamiento que tiene un carácter formativo y que aspira a retirarse paulatinamente a medida que se construyen nuevas referencias locales.

Como se verá más adelante, tanto la dependencia económica del Estado como la referencia no local de la organización para la puesta en marcha de las diversas propuestas, despiertan algunas alertas. No obstante, estas experiencias por su forma de gestión y desarrollo asamblearia, deliberativa, tensionan las lógicas

dominantes; son pensadas desde una perspectiva formativa, colaborativa y comunitaria donde en el encuentro entre saberes diferentes se fortalecen y son apropiadas por la comunidad.

A mi me cambió estar en la villa, luchar por la mejoría de la villa; arreglar las cloacas, tener jardines para los chicos, tener la luz y mejorar las viviendas. Eso me ha dado estar en el movimiento, el salir a luchar justamente con mis compañeros de La Dignidad. (Entrevistado J, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Hemos ido luchando por el comedor, por la salita de niños y por mejorar las calles (...) hemos logrado tener el jardín, el centro día, los comedores, estamos también con los abuelos de alta edad que están abandonados y estamos saliendo a luchar para tener un lugar o para tener los medicamentos para los abuelos y los niños, por todo eso salimos (...). (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Estas experiencias se sostienen, como se planteaba anteriormente, a partir de recursos estatales; el MPLD conforma cooperativas y elabora proyectos que participan de los llamados derivados de los diversos planes de desarrollo del Estado. Una vez se aprueban los proyectos y las cooperativas el movimiento les imparte su lógica de funcionamiento y gestión, manteniéndose así al margen de las dinámicas estatales o de los gobiernos.

La experiencia concreta de los bachilleratos es clave porque aparecen cuando el Estado estaba en su mínima expresión en los barrios, donde los compañeros no tenían para terminar el secundario, no podían, no había escuelas en los barrios (...) con el tiempo el gobierno progresista de Argentina lo que hizo fue crear otras experiencias educativas para terminar

el secundario que eran mucho más efectivas porque tenían recursos, te hacían la vida más fácil: vos vas, cursas y listo, y el bachillerato en realidad es un compromiso mayor, acá te pedimos que te involucres, que pongas mesas, no hay directores, no hay docentes que se juntan solos, es toda una discusión permanente colectiva bastante más compleja. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

Nosotros vemos que una de las virtudes de la organización es que las experiencias que hemos impulsado, arrancando recursos al Estado, nunca dejaron ese costado combativo, rebelde, ni el contrahegemónico. Para mí esa es una virtud, porque con todos los desafíos y complejidades que tiene sostener eso nunca se volvieron funcionales a esas lógicas. (Entrevistado C₂, colectiva 2, integrante del movimiento, referente territorial).

Estas propuestas hacen posible dar respuesta a las necesidades más inmediatas de las villas, necesidades que no son cubiertas o atendidas directamente desde el Estado. Así, por ejemplo, permiten abastecer de servicios de distribución de gas a precios considerablemente más baratos que los habituales; hacen un uso más eficiente de los recursos que reciben y, además de encargarse del barrido, con el mismo dinero que perciben por esa actividad, mejoran la calidad de las calles, las señalizan o acondicionan el tendido eléctrico; instalan las salas de salud comunitarias donde, sumado a la atención primaria, llevan adelante actividades de formación de promotores de salud con la comunidad interesada.

En la salita de salud del Estado para poder conseguir número es casi imposible y te tenés que ir a las 5 de la mañana y eso es por culpa de ellos que no ponen más médicos, que no hay una guardia permanente, más ambulancias, no es por culpa de los extranjeros que estamos así. Y con el

movimiento entonces logramos tener nuestra propia salita y ahí se creció mucho en lo que es salud, de ser nosotras una articulación y poder ir a la salita y decir “che ¿se necesita esto?” y desde la salita, a través de esa articulación con nosotras, se puedan lograr esas cosas que se necesitan. (Entrevistado J, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Se logró muchísimo, desde los bachilleratos y los jardines, hasta la modificación de decir que una mamá puede ser una educadora popular y eso es algo grandioso, porque para ser una educadora o para ser una maestra tenes que tener un título, con nuestras compañeras fuimos a clases populares, compartimos con maestras y con docentes que tienen su merecido título y las educadores populares que se fueron formando y decidieron formar a otras, muchas estamos hoy ahí trabajando desde ese lugar en los jardines. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Estas experiencias, que como se explicaba en el apartado anterior, se caracterizan por una cierta autonomía relativa tanto en relación al Estado como a otras lógicas o dinámicas políticas, habilitan procesos de reconocimiento e identificación por parte de los habitantes de la villa con el movimiento, y entre ellos (Díaz, 2010). Una construcción de autonomía que, si bien pone en el centro el poder-hacer desde la organización popular, mantiene una disputa contra el Estado, no por su control sino por el reclamo de un *hacerse cargo* de lo que acontece a nivel territorial. Intentan reconstruir la vida social desde sus cimientos, desde la auto-organización de los sujetos populares y el ejercicio de una práctica colaborativa entre los habitantes del territorio; una estrategia que pretende la emancipación y la transformación radical del presente a partir de la construcción de formas nuevas de hacer política, de rebelarse para superar la dominación (Renna, 2014).

(...) a mi me gusta militar en el movimiento, me gusta salir a luchar, hacer la huelga (...) luchar es salir a buscar a las compañeras y vecinas, juntarnos y salir a la puerta de donde corresponda para reclamar, a la puerta de la Legislatura y reclamarles que vean cómo vivimos, porque ellos no nos ven, no van a las villas y no están allí. (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

En el territorio son cuestiones como nunca venderte, de mantener la autonomía y sobre todo las decisiones políticas tomarlas y hacerlas carne y compartirlas con las asambleas, en lo cotidiano (...) los vecinos y las vecinas que viven en las villas están muy manoseados, y vos caes con una propuesta más guevarista, más desde la comunión, de compartir por más que vengamos de diferentes camas o de diferentes lugares, mantenés esa autonomía, mantenés el proyecto, te haces parte, lo militas con sentimientos de amor, como decía el Che, y va naciendo en ellos también esas forma de construcción (...). (Entrevistado C₂, colectiva 2, integrante del movimiento, referente territorial).

Se trata de prácticas que posibilitan la generación de nuevos sentidos en torno a su *ser villeros* y en relación al territorio, a la pertenencia al movimiento y la apropiación de las propuestas que se construyen. Prácticas entendidas como herramientas que tienen en su horizonte la construcción de autonomía en todas sus expresiones. Una autonomía en tanto potencia y praxis que asume las luchas de un sujeto plebeyo y popular, como formas de habitar el mundo, que son en sí mismas formas de impugnarlo (Mazzeo, 2014:51). Se gesta así una subjetividad política donde la lucha es en definitiva una batalla colectiva por la supervivencia, que se vuelve clave interpretativa y motor del accionar organizado, al tiempo que se tejen otros sentidos sobre el ser individual en el marco de una organización social y política, base sobre la que construyen “un horizonte de dignidad” (Renna, 2014:

20). Una subjetividad política que se vuelve evidente también en las propias narrativas y discursos (Díaz, 2010) de los habitantes organizados. Una narrativa articulada al mismo tiempo por la búsqueda por la supervivencia, eje vertebrado de lo colectivo, que da cuenta de “una forma de habitar asediada constantemente por la incertidumbre y que requiere de la movilización de la fuerza del colectivo para su puesta al día permanente” (Álvarez Pedrosian, 2014b: 81).

En el movimiento encontré el lugar para abrir más mi boca, mi mente, como que lo multiplique (...) todo ese carácter y fortaleza la saque gracias a lo que es el movimiento, lo que es el barrio, lo que es el comedor, lo que son las compañeras y los compañeros, porque creo que cada uno de nosotros deja una marca en el otro. Y en ese crecimiento personal creo que también está eso de aprender a caminar solo, aprender a andar solo, pero desde lo colectivo, desde estar organizados. (Entrevistado J, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Para mí lo más importante fue aprender a luchar, yo siempre digo que me enseñaron a luchar, y creo que encontré mi lugar en el mundo. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Pero habitar la villa desde el estar organizadas y organizados es mucho más complejo. No se trata solo de crear y sostener experiencias nuevas, de la “variopinta paleta de colores de resistencia” (Renna, 2014: 15), es también enfrentarse a otras fuerza que están en disputa. Porque esas prácticas y formas nuevas de pensar el territorio tensionan con otras lógicas de poder y funcionamiento que también están presentes en esos espacios. Así, los procesos de territorialización (Fernandes Mançano, 2008; Heasbaert, 2011) que ha logrado desplegar el MPLD en las villas, en tanto experiencia que logró ejercer cierto control (o control relativo) sobre ese territorio, que logró apropiarse de una parte

de él para desde allí desplegar su potencia creadora, su “imaginación habitante” (Lefebvre, 2013), se encuentran en permanente tensión y conflicto.

En las villas pasa que los punteros tienen el factor económico y ese económico que sale para la mejoría de las villas ellos se lo usan, se lo comen. Sacan puchos para remendar los remiendos viejos y lo demás se lo llevan ellos. Hay presupuesto, se los da el gobierno, pero ellos lo usan para ellos. El movimiento ayuda en todo eso, porque nos ponemos en la puerta de los punteros y nos paramos para decirles que ese dinero se gaste en las villas. (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Las relaciones de fuerza dentro de las villas están permanentemente enfrentadas, sin sutilezas, encarnadas en una multiplicidad de actores. Enfrentamientos que son en definitiva una batalla de sentidos sobre las formas de pensarse y hacer, individual y colectivamente, no solo en las villas y en la ciudad, sino en todo espacio vital. Hay en estas propuestas una búsqueda permanente por fortalecer un poder-hacer desde lo económico, lo político, lo cultural y lo simbólico que se contrapone a la institucionalidad y a todas las estructuras de poder presentes en el territorio. Un enfrentamiento que devuelve también esas tensiones, casi a modo de búmerang, hacia la interna del movimiento, obligándolo a repensar sus acciones, ajustar sus estrategias y a trabajar permanentemente en la apropiación colectiva de sus significaciones. Lo obliga a un continuo ejercicio de reflexión por mantener claridad política para diferenciar una participación y accionar subalterno, subsumido a los tiempos, mediaciones e iniciativas que las fuerzas hegemónicas que territorio impone, de una participación antagónica con capacidad disruptiva real (Ouviaña, en Renna, 2014: 86).

Teníamos mucho miedo cuando empezamos a enfrentarnos a lo que es la mafia del barrio, y nos tocó hacerlo y la verdad es que podemos decir que

salimos bien, que es mucho ya. Estaba el miedo pero nos pusimos fuertes, y si no lo enfrentábamos sabíamos que íbamos a seguir viviendo así, y no queríamos eso para nosotros, porque una vez que ves ciertas cosas, que querés cambiar tu realidad no puedes echarte para atrás o dar vuelta la cara como si no pasara nada, tenes que enfrentarlo, y fue lo que hicimos, eso también es digno. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Las luchas que damos todos los días es para nosotros dignidad, y el movimiento es eso justamente, es eso que dice: La Dignidad (...) es la lucha; darse cuenta de la diferencia social, el socialismo en sí, el pueblo, para mi significa montones de cosas lindas (...) dos días no puedo estar sin este movimiento (...) es algo nuestro, lo construimos nosotras en el día a día, es parte de nuestra vida (...) La Dignidad para nosotras se define en la dignidad, en lo que decimos, en el trabajo, al defendernos todos los días de los punteros, de los milicos, de la trata que acá es tremenda y es muy jodida, de los narcos, de toda esa mafia, porque es una gran mafia que no tiene límites y donde todos son cómplices, que si te tienen que sacar un arma y darte y matar un pibe lo hace (...) es una lucha que damos contra el sistema (...). (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

La territorialidad de las villas está plagada de complejidades y contradicciones, de un amplio crisol de ritmos, sentires y haceres, de musicalidades, olores, acentos, sabores y colores que hacen parte de la construcción y esencia del MPLD. Una construcción territorial que parte de sus diferencias y heterogeneidades para desde allí potenciar sus luchas y resistencias. Una forma de vivir y hacer-se en el territorio que es parte de la propia inmanencia del-ser-en-el-mundo, que remite a un proyecto social-histórico que se construye desde abajo, basado en experiencias

pasadas, pero con la mirada hacia el futuro desde un aquí y ahora.

No obstante, recuperando algunas de las alertas que se esbozaban anteriormente, la construcción de estas experiencias nuevas no dejan de ser un continuo desafío y de requerir una permanente revisión. Por una parte en relación a los límites que significa la dependencia económica del Estado para el sostén de esas prácticas, en tanto un eventual retiro de esos recursos puede significar una limitación importante para su continuidad. En ese sentido es válido preguntarse sobre las posibilidades y alcances que puede tener el diseño de estrategias propias para el auto-sustento económico de las propuestas. Un auto-sustente que permitiría al mismo tiempo ampliar los límites de su autonomía.

Se abre asimismo la pregunta, en relación a esta dependencia, sobre qué sucedería si esos recursos en lugar de provenir del Estado provinieran de otros actores, con otros intereses políticos. En tanto lo que inicialmente mueve a los sujetos es la resolución de sus necesidades inmediatas y los recursos económicos son calve para dar respuesta a ellas, qué sucedería si esos recursos los facilitarían otros sujetos, donde además no platearan condiciones para su uso. Partiendo de esa interrogante se vuelve elemento de relevancia para la interpretación pensar qué sucede con esos procesos de formación de nuevas referencias locales que se intenta construir y los niveles de apropiación de esas lógicas otras de construcción. Es decir, qué sucede si esos referentes de la organización que no habitan en la villas se retiran de los procesos; ¿los sujetos territoriales están en condiciones de sostener esas experiencias sin ese acompañamiento?.

Incluso, ante un eventual retiro de recursos económicos que permitan dar continuidad a esas propuestas que han significado la conquista de derechos que antes tenían vedados, cuál sería su reacción. Al menos dos respuestas posibles podrían anticiparse. Una, partiendo de la base de que estos sujetos, que se forjaron

como sujetos antagónicos a partir de la vivencia y experiencia de lucha, una vivencia que les ha permitido desplegar propuestas reales, basadas en otras lógicas, para la resolución de sus necesidades, ante ese eventual escenario podría suponerse que habría un aumento de la confrontación y el antagonismo social en el territorio, puesto que no estarían dispuestos a renunciar a sus conquistas.

La otra respuestas posible podría ser que, en tanto lo que mueve a estos sujetos es la resolución de sus necesidades inmediatas y que los procesos subjetivos y toma de conciencia no son lineales ni ascendentes, su reacción podría ser de un retorno a la subalternización, porque como plantea Modonesi (2010) los procesos subjetivos presentan sus pliegues y repliegues. En tal sentido, haciendo un paralelismo con lo sucedido con el movimiento piquetero luego del asenso del kirnerismo al gobierno, podría pensarse que ante este eventual escenario el pasaje de un accionar antagonista al retorno a la subalternidad podría ser un destino factible.

4.2.4 Prefigurar lo nuevo: construyendo poder popular

*“En el fondo no hay fin al cual llegar
sino sólo un presente que cambiar, y que nos cambie”
Henry Renna*

La apuesta política del MPLD por la construcción de autonomía es parte fundacional y medular de su estrategia. Es la opción consciente por la construcción colectiva de *los y las de abajo* de relaciones sociales que anticipen en tiempo presente la sociedad futura, de prefigurar en el hoy ese mundo que se aspira. Un proceso de construcción abierto y mutifásético, que avanza sobre el ensayo y el error y se vuelve por momentos contradictorio (Ouviña en Renna, 2014: 81). Contradictorio en tanto coexisten posiciones relativas de poder que

ponen de manifiesto la convivencia de las diferentes experiencias subjetiva que cohabitan en un mismo sujeto colectivo (Modonesi, 2010). Es desde esa complejidad que el movimiento resiste las opresiones que le atraviesan, y desde donde intenta identificar grietas y fisuras que permitan dejar crecer esos brotes de autonomía, pero también es contra lo que luchan a su interna en su cotidianeidad.

(...) apostamos e intentamos generar una saturación de experiencias prefigurativas y un bloque económico que nos permita hacer un doble juego de construcción contrahegemónica, de doble poder en esto de generar un “Estado paralelo”, de pensar el poder acá y ahora, y no necesariamente llegar a tomar el palacio de invierno para empezar a generar un proceso socialista, de izquierda dentro de los márgenes que hoy actuamos. Nuestras experiencias, desde las más chiquitas, tienen que ir problematizando su realidad y generando líneas a la hora de discutir los problemas más generales. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

Hoy estas experiencias prefigurativas se lograron desplegar en el territorio de las villas, no así en la universidad y el sindicato. Parte de su explicación radica, por un lado, por la composición de quienes habitan ese territorio, que arrastran una tradición comunitaria, de fuerte construcción de “lo común”, producto de sus matrices de procedencia. Por otra parte porque, como se ha mencionado en apartados anteriores, son propuestas que tienen como centro la resolución y sostén de la reproducción de la vida. La combinación de estos factores, sumado a la ausencia de políticas públicas que resuelvan efectivamente esas urgencias, hacen posible que los sujetos se piensen y se vean a sí mismos como actores de cambio, porque sólo desde ellos podrán nacer propuestas que modifiquen su realidad, su cotidianeidad.

El movimiento y el accionar colectivo, organizado, agrega a ese impulso un sentido político, problematizando en colectivo, no sólo qué se quiere hacer y se necesita, sino también cómo se quiere y para quiénes, en el marco de un proyecto de transformación global.

Pretendemos construir nuestras herramientas de una manera distinta (...), las construimos y más allá de que las construimos lo hacemos de una manera prefigurativa, y ahí todo la idea de prefiguración entra muy fuerte en nuestra construcción política. (Entrevistado B₂, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

Experiencias nuevas que “constituyen ejemplos prácticos de libertad e igualdad en el orden de lo cotidiano” (Mazzeo: 2014: 66) y que pretenden generar nuevas subetividades. Prácticas prefigurativas que tienen como base fundamental para el movimiento el reconocimiento y valoración de la diversidad de identidades y saberes que lo componen; que no acepta conformarse con lo dado y rechaza la homogeneización de las culturas y tradiciones que lo integran (Ouviña en Renna, 2014: 80).

(...) el respeto por la identidad popular tiene que ver con aceptar las contradicciones de los sujetos tal y como son y no construir un sujeto ideal (...) yo creo que algunas de las falencias que tenemos como estructura dentro de los frentes es porque no aceptamos eso para otros frentes de trabajo incluso. (Entrevistado C₂, colectiva 2, integrante del movimiento, referente territorial).

(...) lo místico está muy constituido desde un sentir popular; nuestra organización es una organización que no niega un montón de cosas (...) como los sentires populares profundos, las creencias populares profundas

(...) en nuestra organización convive gente que rinde cultos extraños (...) las hay gente que dice que es bruja, hay gente que cree en el gauchito gil, hay gente que dice que es católica, hay gente que es evangelista (...) hay un sincretismo popular en La Dignidad muy fuerte que constituye una mística bastante particular y que creo que tiene una fuerza enorme y que es para mí la mística popular. (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

La disputa que plantea el MPLD radica, no solo en acceder a los espacios que la ciudad tiene vedados para los sectores populares (Harvey, 2013), sino desde allí transformar la forma en que se piensa y se lleva adelante la vida, la forma en que se habitan los territorios desde todas sus esferas: la educación, la cultura, la salud, la comunicación, el hábitat, el trabajo y la política. Mundos diferentes que se entretajan, ensayan y reinventan colectivamente desde abajo, en los intersticios de la dominación, desde las penumbras de la cotidianidad de los excluidos y olvidados.

Repensar la praxis política desde estas claves, desde una dimensión autonómica y contrahegemónica, implica también para el MPLD hacerlo desde una concepción de poder popular. Poder popular en un doble sentido: como *poder hacer* en tanto construcción de poder, de crear sus propios proyectos sobre la base de nuevas relaciones sociales, y *poder sobre* en tanto disputa de poder a partir del conflicto con las clases dominantes, procurando limitar sus iniciativas e influir en sus efectos. El poder popular es la puesta en acto del poder colectivo de los subalternos, el resultado objetivo, subjetivo y simbólico del enfrentamiento a los antagonismos sociales.

(...) la construcción de poder popular tiene que ver con construir herramientas que aporten a la construcción del territorio y a la

construcción de comunidad (...) esas herramientas apuesten a construir otros sujetos y otras relaciones sociales, sin con eso querer decir que esos espacios son disney comunista...no...esos espacios están atravesados por relaciones de mierda que atraviesan nuestra sociedad, pero como propuesta política se piensan, o se van pensando en el proceso (...). (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

(...) también es la disputa del poder, es la construcción de una herramienta política, es la contrahegemonía de poder darnos cuenta que se puede otra forma de hacer política y de alguna manera cuando tenés la capacidad de hacerlo masivo te refleja un poder popular que tiene ciertas condiciones o que tiene ciertos horizontes y me parece que es esa ambición de la disputa de poder (...). (Entrevistado C₂, colectiva 2, integrante del movimiento, referente territorial).

Un poder popular que se vuelve posible también en tanto los sujetos que lo encarnan se crean y recrean, se conocen y son reconocidos entre sí, en tanto rompen con el silencio, toman la voz y son escuchados. Porque el sujeto no es un a priori, sino que es un constructo colectivo e intersubjetivo, es producto de un coexistir entre sujetos (Mazzeo, 2006: 33).

(...) cuando los compañeros logran sentir como propio y defienden eso desde un lugar de propiedad es ahí donde se constituye el poder popular (...) sin suplantar, sin suplantar al sujeto, a los que están luchando (...). (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

Transitar el complejo y conflictivo camino de crear en el aquí y ahora gérmenes de la sociedad nueva a la que se aspira conlleva procesos colectivos que estén dispuestos a democratizar sus decisiones, abiertos a procesos de deliberación

donde las heterogéneas voces y miradas hagan parte del debate político. Cuando esos gérmenes logran materializarse y trastocan las subjetividades moldeadas por la dominación, desplegándose en el marco de la sociedad, se vuelven condición de posibilidad para la construcción de ese mundo nuevo.

(...) profundizan la construcción del poder en el territorio, local todavía, incipiente, y te permite ampliar la base porque no es que vos venís solamente porque sos parte de la asamblea o del movimiento sino que bueno, vas a un centro de salud de tu barrio, cualquier vecino va (...). (Entrevistado L, integrante desde los inicios del MPLD).

Es necesario reflexionar entonces sobre los límites y alcances que presentan estas experiencias prefigurativas desplegadas por el MPLD en las villas de la CABA. Experiencias que tensionan en esos territorios específicos al orden dominante, que construye sujetos políticos que resisten y se levantan en lucha y que, desde esas prácticas, han logrado transformar material y simbólicamente las condiciones de vida en esos territorios. Sin embargo, esas experiencias prefigurativas aún hoy no han logrado trascender a otros territorio, e incluso permear los límites inmediatos de la ciudad formal que los rodea.

4.3 Colonialidad-patriarcado-capitalismo: clave de interpretación

“La experiencia de la complementariedad nos compromete con el presente -aka pacha- y a su vez contiene en sí misma semillas de futuro que brotan desde el fondo del pasado (...). El presente es escenario de pulsiones modernizadoras y a la vez arcaizantes, de estrategias preservadoras del status quo y otras que significan la revuelta y renovación del mundo: el pachakuti”
Silvia Rivera Cusicanqui

Vivimos en tiempos donde mujeres y hombres nos encontramos atravesados simultáneamente por una multiplicidad de opresiones. Opresiones que son el resultado de diferentes, y al mismo tiempo combinados, sistemas estructurales de dominación que se entrelazan y potencian mutuamente, que mantienen relaciones de reciprocidad. Sexo/género, raza/etnia y clase son las categorías sociales que encarnan esas formas de dominación, generando desigualdades que se vuelven punto de partida y de interpretación para comprender la experiencia del MPLD en las villas de la CABA, principal territorio de nuestro análisis.

4.3.1 Repensando la noción de acumulación originaria

La noción de acumulación originaria acuñada por Marx (tomo 1 de *El Capital*, año 1863) es un concepto útil puesto que permite comprender el proceso político de desarrollo de las relaciones capitalistas, de la reestructuración social y económica gestada por las clases dominantes ante la crisis de acumulación. No obstante, resulta por demás significativa la revisión que hace Federici (2010) del término. Una perspectiva feminista, que permite mirar con otros ojos los efectos del continuo proceso de desarrollo y acumulación de capital en sus diferentes faces. Esta revisión resulta asimismo relevante para comprender los procesos que se gestan dentro del territorio de las villas de la CABA.

Para el marxismo canónico el término “acumulación originaria” habilita identificar las condiciones estructurales que posibilitaron el surgimiento de la sociedad capitalista, cuyas características implicaron: a) la expropiación, mercantilización y privatización de las tierras comunales del campesinado europeo, es decir la expropiación de los medios de producción de los trabajadores; b) la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía; c) la apropiación de riquezas de las colonias de América e India en manos de europeos, y d) el tráfico y

explotación de esclavos como mano de obra para las colonias.

La crítica de Federici (2010) a este planteo circula por dos caminos. Uno en el que la autora afirma que la conceptualización deja por fuera otros fenómenos que también son claves para comprender el proceso de acumulación de capital. Dirá que, a los ya mencionados, es necesario agregar: a) el desarrollo de una nueva división sexual del trabajo, que reduce el trabajo femenino y su capacidad reproductiva a la reproducción de la fuerza de trabajo; b) la construcción de un nuevo orden patriarcal que, en la primera fase de desarrollo del capitalismo, excluye a las mujeres del trabajo asalariado, subordinándolas a los hombres, y con ello de la vida pública; c) la mercantilización y transformación del cuerpo en una máquina de trabajo, y el sometimiento del cuerpo de las mujeres convirtiéndolo en máquinas de generación de nuevos trabajadores.

Por otra parte, su crítica radica en el análisis que se hace de la función que le compete a la acumulación originaria y sus efectos. Desde esa perspectiva esta es una fase necesaria en el proceso de liberación de los sujetos, donde el desarrollo progresivo de la capacidad productiva del trabajo generaría las condiciones materiales suficientes para acabar con la escasez y la necesidad. Asimismo, entendía que la violencia presente en la primera fase de expansión capitalista desaparecería paulatinamente con la maduración de las relaciones que el sistema conlleva (Federici, 2010: 22). Ante estas valoraciones Federici (2010) propone otra lectura, y dirá que en cada fase de globalización capitalista se produce una vuelta a los aspectos más violentos de la acumulación originaria, como son la degradación de las mujeres, los saqueos o la expulsión del campesinado y las comunidades originarias de sus tierras. Y agrega que se trató también de una acumulación de diferencias y divisiones a la interna de la propia clase trabajadora (Federici, 2010: 102), donde las jerarquías son construidas a partir de las relaciones étnico-raciales, de género y edad.

Si partimos de esta categoría y las valoraciones que sugiere Federici para analizar el territorio de las villas podemos identificar, por un lado, cómo los efectos de este proceso de acumulación originaria se traducen en su composición, y por otro en la degradación y violencia que atraviesa la vida de las mujeres.

(...) en general los migrantes que llegan al país, y que están en las villas, y tanto las migraciones internas como las externas, son exiliados económicos y no políticos, llegan con una carga diferente a la de ser un exiliado político (...). (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

(...) vine de Bolivia hace 24 años a buscar trabajo para mis hijos, para poderlos mantener. Soy madre soltera que mantengo seis hijos que crío sola durante todos estos años, y vivo acá (...). (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Migrantes que llegan a las villas de la CABA desde países de la región en busca de mejores condiciones económicas. Situación que se vive de forma similar por aquellos que llegan desde las provincias, principalmente del norte del país.

(...) vine en el año 2006, nosotros tomamos los terrenos acá, yo alquilaba, yo vengo del norte y ante la situación y la pobreza que hubo en el 2001 nos obligó a venirnos a este lado porque prácticamente allá no se podía vivir, a penas ni pa comer a veces no se podía ganar allá. (Entrevistado F, habitante de la villa, referente territorial).

Estas poblaciones son una parte de esos excluidos del capital, aquellos que se ven obligados a abandonar sus lugares, a desplazarse territorialmente a partir de un proceso de desterritorialización para reterritorializarse en las ciudades (Heasbaert,

2011), en busca de mejores condiciones de vida. Pero paradójicamente las villas son los lugares de la ciudad que el sistema y el capital les habilita, configurando en esos territorios un mosaico de culturas y tradiciones. Una variopinta composición étnica y racial que es incorporada por el movimiento, no solo en la forma en que piensa y lleva adelante sus prácticas, sino también en su análisis, agudizando y complejizando la caracterización de sus postulados y lineamientos teóricos-políticos.

(...) con respecto a los pueblos originarios, se planteaba indigenizar el marxismo y no por casualidad con un texto muy atinado y muy bueno de un compañero nuestro problematizaba desde la visión del marxismo y los pueblos originarios: cómo buscar un marxismo más latinoamericano y más originario. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

(...) están los desocupados, indígenas, pueblos originarios...los sectores son todos...el movimiento se transforma en movimiento popular porque empieza a tener líneas políticas para todos los sectores (...). (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

Tal como se planteaba al inicio, los efectos del proceso de acumulación de capital, no solo se evidencian en estas heterogéneas procedencias que componen a las villas, sino también en su arremetida sobre el cuerpo y la vida de las mujeres.

El trabajo productivo, pese al masivo ingreso de las mujeres al mercado laboral a partir de la segunda mitad del siglo XX, no logró superar la división sexual del trabajo. Esto se traduce al menos en dos dimensiones. Uno es el cumplimiento de la doble jornada laboral, donde somos las mujeres las que asumimos, además de

trabajar en forma asalariada, las tareas de cuidado en el ámbito doméstico, como limpiar, cocinar, contener afectivamente. Estas tareas no remuneradas que realizamos se nos han impuesto a modo de atributo y expresión casi natural por nuestra sola condición y carácter de mujer, convirtiéndolo en un acto de amor en lugar de reconocer su condición de trabajo (Federici, 2013). Este ha sido uno de los grandes triunfos del capitalismo, volviendo las tareas reproductivas terreno casi exclusivo de las mujeres, tareas que se realizan en forma gratuita y que aportan, nada más y nada menos, que al proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Es decir que garantizan que miles de hombres, y también mujeres, salgan día a día al mercado laboral para contribuir al proceso de producción y reproducción del capital. Reclamar por la valorización y reconocimiento de estas tareas en tanto trabajo significa rechazar el rol que el capital ha diseñado para nosotras, y visibiliza la indisociable relación entre producción de capital y reproducción de la vida. El “capital mediatiza las relaciones sociales que reproducen la vida y se apropia privadamente de tales relaciones (...) Por eso mismo es que el capital no puede pensarse sin la reproducción de la vida, aunque su fin no sea ésta” (Gutiérrez & Huáscar, 2015: 25).

(...) muchas mujeres del barrio sufren violencia doméstica, algunas no pueden trabajar porque los maridos no las dejan a veces ni salir de la casa, pero para la casa sí sirven: tienen que lavar, limpiar, cocinar y a la vez cogerle al marido cuantas veces él quiera...otras trabajan por dos pesos y también van a la casa y hacen todas esas cosas también. Si esos cambios queremos hacerlos tenemos que lucharlos. (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

Una segunda dimensión se vincula a los lugares y condiciones en que las mujeres accedemos al trabajo productivo; con desigualdades salariales, ocupando tareas feminizadas (servicios de cuidado, trabajadoras domésticas). Aspectos que sin

duda impactan de forma más profunda en las mujeres de sectores populares, ya que su condición de género se entrecruza con su condición de clase, y aún más cuando se agrega su condición étnico-racial.

(...) viendo esas diferencias de mezquindad, de lazo social, de racismo, de discriminación...creo que contra ellos luchamos nosotras, y para que ellos vean que no es así...yo pienso que es eso, que vamos luchando contra esas opresiones de todos lados, porque no son solamente políticos, luchamos contra la sociedad que a veces fueron criados de otra forma y tiene otra ideología que también es violenta con nosotras. (Entrevistado I, integrante del movimiento, habitante de la villa).

La potente articulación entre la devaluación del trabajo reproductivo realizado por las mujeres y la desigualdad de condiciones en que accedemos al trabajo productivo han generado a lo largo de la historia una feminización de la pobreza (Federici, 2010). Un nuevo orden patriarcal cuyos efectos se recrudecen, refuerzan y potencian cuando se entrelaza con otras dominaciones y opresiones, como son la étnico-racial y de clase. Se plantea así una mirada feminista sobre la historia económica que complejiza el alcance explicativo del marxismo, el proceso de construcción histórica de las mujeres y su condición subordinada. Al tiempo que permite comprender la constitución del capitalismo como sistema de dominación.

La heterogeneidad de sujetos subalternos que habitan las villas y que hacen parte del MPLD permite la construcción de una mirada política no dogmática sobre la realidad. Un interpelar y dejarse interpelar colectivo por esa realidad, al tiempo que se generan procesos de toma de conciencia, donde los más vulnerados logran visibilizar el lugar de subordinación que el sistema les tiene pautado, pero reconociéndose subjetivamente como sujetos políticos con capacidad para transformar esa realidad.

4.3.2 Una mirada sobre la dimensión étnico-racial en las villas

Según datos aportados en el año 2014 por la Dirección General de Estadística y Censos del Ministerio de Hacienda argentino, más de la tercera parte de la población de la CABA (un 37,9%) nació fuera de ella: aproximadamente un 12,5% proviene de la Provincia de Buenos Aires y 13,2% de otras provincias del país, mientras que un 12,2% pertenece a países limítrofes y de Perú. De ese total de población migrante se destaca a su vez que el 21,5% son mujeres, mientras que el 16,4% restante son varones.

Como se describía en apartados anteriores, esta población migrante radica principalmente en las villas de la Ciudad, componiendo un interesante crisol de tradiciones, lenguas, colores, experiencias y saberes. Esa misma heterogeneidad es vivida en el marco de los procesos de colonialismo que atraviesan a nuestras sociedades y que resulta contra-cara de la modernidad, como factores a priori de discriminación social. Un colonialismo que, desde sus múltiples aristas, encuentra en lo étnico-racial y en el género lugares privilegiados de expresión.

Yo lo que más siento es la discriminación (...) A veces vemos compañeros que dicen “no pero yo no voy [al centro de salud del Estado] porque a mi me tratan mal porque soy boliviano”, y yo les digo que si realmente no servirían ya los hubieran echado del país. Si al gobierno no le sirvieran los bolivianos, los paraguayos, los peruanos, ya los hubieran echado. Todos están aportando algo al país, somos todos humanos y nos merecemos que nos traten por igual, cuando eso no pasa duele, y duele mucho. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Estas experiencias de discriminación operan y repercuten en la subjetividad de quienes las viven. No sólo porque ven interferida su memoria histórica, gran efecto del colonialismo, que al decir de Quijano (2009) ha generado una alienación histórica en esas poblaciones, sino también porque ven violentados sus saberes, sus lenguas, sus valores, sus rituales y símbolos, en definitiva, sus experiencias subjetivas (Segato, 2013: 51).

“Creo que hay una frustración muy grande dentro de las villas de no sentirse ciudadano legal porque siempre está la crítica desde afuera, de la sociedad, “negros de mierda”, “no pagan impuestos”, “viven gratis”, “por qué no se van al otro lado de la frontera”. Siempre se está discriminando, marginando (...) Queremos ser un ciudadano más (...)” (MPLD, 2015:167 – integrante del movimiento, habitante de la villa).

“Estoy en la radio con el programa “Mosok punchay”. Esta radio la estamos haciendo nosotras hace tres años ya. No queremos olvidarnos de nuestras raíces, de nuestros abuelos, nuestras abuelas, que hablaban el idioma quechua. ¿Por qué nosotros traducimos esto? Porque aquí cuando venimos, y nuestros hijos nacen aquí o nuestros nietos no queremos que se olviden de nosotras allá.” (MPLD, 2015:132 – integrante del movimiento, habitante de la villa).

Esta realidad golpea incesantemente las puertas del MPLD lo que los obliga a trabajar a partir de ella y sobre ella, procurando incorporar esa diversidad en su accionar, reconociendo el valor que le aporta a su proceso de construcción socio-política.

(...) las villas se van nutriendo de diferentes habitantes y se da una fuerte composición de compañeros bolivianos, de peruanos donde también traen

sus luchas, sus historias, sus raíces y lógicamente abordamos la cuestión de los pueblos originarios, tratando de absorber y aprender todo lo que traen los compañeros, respetando eso. En ese sentido me parece que es clave en un proceso revolucionario respetar las costumbres de los que vivimos en esos territorios. (Entrevistado C₂, colectiva 2, integrante del movimiento, referente territorial).

“ (...) Nosotras hacemos un programa de radio en idioma quechua-castellano, en el barrio de Barracas (...) Ahí decimos la situación de cada barrio, de las villas, lo que pasa y sobre las problemáticas que día a día vivimos en el barrio. Acá en Bajo Flores casi 70% viven bolivianas, entonces la mayoría habla quechua no castellano. Por ese motivo nosotras hemos acordado hablar por radio, porque la radio la escucha toda la mayoría. Entonces ahí a veces nosotras hablamos cómo está pasando en Bolivia para que nuestras paisanas que escuchan se enteren lo que está pasando.” (MPLD, 2015:131 – integrante del movimiento, habitante de la villa).

No se trata entonces de anular las diferencias, de construir *un* sujeto político, sino partir de ellas para pensar lo nuevo, porque es desde allí que se nutre cotidianamente la lucha, una lucha librada en múltiples escenarios, que está permanentemente en construcción y en tensión. Es un intento permanente del movimiento por dejarse permear por otras formas y tradiciones políticas, formas y tradiciones que se vuelven en el territorio de las villas pilares fundamentales de su construcción.

(...) las formas de construcción política reivindican la asamblea, la democracia directa, un montón de prácticas que coinciden con esas tradiciones que tren por ahí los compañeros desde sus países, de sus

comunidades y las formas políticas de donde vienen digamos. Entonces ahí se produce una amalgama bastante interesante que igual, a veces, es fructífera y a veces no...a veces una está más y otra menos, tampoco es un jardín de rosas digamos (...). (Entrevistado B₂, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

(...) entonces la combinación entre la historia y la idiosincrasia más porteña digamos con los compañeros y las compañeras que vienen de las provincias y de Bolivia, Perú y Paraguay, donde la idea de comunidad y de lo que sucede ahí en la comunidad es fundamental, y eso se construye como la base más fuerte. (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

Las diferentes discriminaciones sociales que impone la estructura colonial del poder, en tanto construcciones intersubjetivas, se han asumido como categorías ahistóricas, como fenómenos naturales que desconocen e invisibilizan su verdadero origen: la historia del poder (Quijano, 1992). Un colonialismo que tiene efectos en el tipo de relaciones sociales que se tejen en el marco de un sistema que oprime, explota y subordina, colonizando así el “imaginario de los dominados” (Quijano, 1992: 12). El MPLD se plantea en este marco intervenir sobre esa realidad, sobre esas relaciones de dominación y subjetividades, un ejercicio de transformación que reconoce e intenta incorporar, no sin tensiones, las diversas cosmovisiones presentes en sus territorios.

(...) nosotros tomamos la catedral el día que eligieron al Papa, nuestros compañeros cuando entraron a la catedral se sentaron a rezar y nosotros íbamos con los bombos, eso no es casualidad, eso es una política que tensiona el sentido común de los compañeros, porque cuando llegan no son militantes se transforman en militantes. Los compañeros solos no tomarían

la catedral, los cuadros militantes creen que eso hay que hacerlo porque eso genera, además de abordar el problema puntual, genera otra subjetividad. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

(...) cuando tomamos la iglesia, la catedral, otra de las anécdotas fue que a algunas compañeras fueron y le pusieron el pañuelo del aborto al taparrabos de cristo en la iglesia de la catedral!! yo cuando lo vi me quería morir (...) dentro de eso pasaron esas cosas: los compañeros que les parecía que había que prender fuego, los que creían que había que rezar, y los que creían que había que hacer la medida y cuidarse de algunas cuestiones...era todo eso junto. Creo que es que gran parte de nuestra potencia es decir hoy que somos realmente una construcción popular con todas esas contradicciones, y creo que eso a su vez parte de la base de aceptar las contradicciones en el seno del pueblo y no imponer esa visión ideológica de los cuadros sobre lo que sucede en la realidad del mundo digamos. (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

El esfuerzo está colocado entonces en no imponer ideas preconcebidas sobre el rumbo que deben tomar las acciones que el movimiento despliega, sino hacer síntesis colectiva a partir de las diversas formas de ver el mundo. Un ejercicio de deliberación política que habilita la generación de nuevos sentidos y que repercute en las subjetividades de quienes forman parte de esos procesos, en las formas de pensar y pensarse en el mundo, individual y colectivamente. Es la articulación de diversas subjetividades que dan forma a una misma organización y cuya subjetividad política se ve teñida por esa heterogeneidad.

Hay una característica de las villas de la Ciudad de Buenos Aires, que es

un espacios bastante multicultural podríamos decir (...) me parece que ahí hay un punto bastante interesante de cómo concebimos más por la realidad que por una concepción propia digamos no? Nos fuimos construyendo y uno se construye en función de los compañeros y las compañeras que forman parte y lo que eso trae. (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

La lucha por la emancipación, horizonte político que orienta al movimiento, es un rumbo desafiante e incierto, un rumbo que no está preestablecido y para el cual no hay recetas. No obstante, la lucha por la autonomía no puede ser tarea de algunos o de unos pocos, debe necesariamente ser pensada en colectivo, en forma amplia, y en esa amplitud deben verse reflejados los diversos sujetos rehenes de este sistema. Por este camino ha decidido transitar el MPLD, asumiendo los desafíos y dificultades que ello implica, reconociendo sus límites, alcances y potencias. Un camino que no está cerrado ni ha alcanzado su meta, y que por tanto presenta vaivenes, pliegues y repliegues, marchas y contramarchas.

4.3.3 Patriarcado-capitalismo: alianza criminal

La alianza entre patriarcado y capitalismo es un vínculo histórico ineludible en el marco del sistema en que vivimos y ha llevado a la reconfiguración de ambos sistemas de dominación. Una alianza de la que, como se planteaba en apartados anteriores, el capitalismo se ha servido para poder perpetuarse, sometiendo a las mujeres y a todo cuerpo feminizado. En este contexto esos cuerpos se han vuelto también territorios de disputa, donde la arremetida contra lo femenino se manifiesta no sólo a través de las formas de violencia, sino también a través de la trata y su comercialización (Segato, 2014). Como plantea Segato (2014: 132) “la pedagogía de la crueldad es la estrategia de reproducción del sistema” y en esa

estrategia los cuerpos feminizados son el soporte sobre el que se inscribe la derrota del enemigo. Estas nuevas formas de conflictividad se hacen presente de forma casi cotidiana en el contexto de las villas; una violencia estructural que se conjuga con las condiciones de pobreza y migración.

(...) pelear porahi el derecho de la mujer porahi más con el tema de la violencia que hay tantas muertes ahora (...) nosotras a veces nos ponemos a hablar porque hay muchas muertes acá en la villa, sobre todo de la comunidad paraguaya que son muy machistas. A las chicas porahi les da vergüenza contar pero uno apenas vos charlas con ellas o las ves, uno les nota ya y cuando las agarras solas ellas porahi te empiezan a contar. (Entrevistado F, habitante de la villa, referente territorial).

Las luchas que emprenden las mujeres de las villas de la CABA para desafiar y subvertir los incisivos embates de este sistema patriarcal y capitalista, ha tomado las más diversas formas y estrategias. Un incansable empeño cotidiano que resiste su embestida, desplegando organizadamente, a veces en silencio y otras con la voz en alto, acciones de rebelión para transformar las condiciones sociales de opresión, explotación y despojo a las que se ven sometidas. Luchas, acciones y estrategias que fueron diseñando junto a otras. A partir del encuentro entre mujeres distintas: blancas, mestizas, indígenas, unas pobres y otras de clase media, universitarias y excluidas del sistema educativo formal, se hace posible tejer un diálogo común, porque el lenguaje desde el que se habla es un solo: sus condiciones y cuerpos femeninos. Es desde esas diferencias, desde tejer comunidad entre mujeres distintas, que lo privado se convierte en un terreno más de nuestra lucha política, desde el compartir el dolor y las alegrías de nuestras experiencias, desafiando nuestros propios límites. Pero con la certeza de que hay otras muchas para contener el devenir de esos procesos.

Esta realidad de las villas es el punto de partida de las mujeres del MPLD para diseñar estrategias y acciones de resistencia. Acciones que van desde la construcción de articulaciones en las villas, con la escuela pública, los bachilleratos y centros de salud del movimiento, para identificar las redes de trata, que tienen como principal público objetivo a las niñas y adolescentes del territorio. Los encuentros de formación en promotoras y promotores de salud que se realizan desde el MPLD han servido como ámbitos desde donde se dan a conocer estas problemáticas y desde donde se comienzan a diseñar este tipo de acciones. Están también las audiciones y programas que se emiten por la radio del movimiento, sostenidas por mujeres migrantes o los talleres de teatro del oprimido donde se colectivizan y abordan diferentes situaciones de violencia de género.

“Encontré algo en común en toda esa gente, y me empezó a gustar y para empezar el teatro del oprimido fue con charlas de género. Porque queríamos asistir pero como muchas mujeres somos jóvenes, teníamos parejas que no querían saber de que salgas a la calle sino que estés en tu casa sola, sin tu familia, lo más sola posible es mejor para el marido, no? Si ibas a una casa tenías que ir a las escondidas. Había algunas compañeras que venían golpeadas. Decías “¿qué te pasó?”. Siempre las mujeres decimos: “No, me golpeé” o “me pasó esto”, pero nunca decimos “mi marido me pegó, mi pareja, porque fui a tal cosa”. Por ahí si alguna que ya es más íntima te dice “mirá mi marido me pegó porque no quiere que venga a esto, qué voy a hacer”, pero no lo decíamos para todos, era más de uno a uno. Pensamos cómo podemos hacer para que estas compañeras que sufren ¡pero también quieren venir! Y fuimos así hablando del maltrato, expresándonos de a poco, un poquito tomando confianza, un poquito hablando más también.” (MPLD, 2015:162 – integrante del movimiento, habitante de la villa).

“A mi me gustó el teatro del oprimido, porque me ayudó a salir. Fuimos a esos talleres en Bárbara Santos, Magdalenas, acá por Once donde se trabajan muchas cosas que una las había sufrido en la vida como abusos sexuales, maltratos psicológicos, físicos y un montón de cosas. Se fue trabajando lo que a veces algunas lo tenemos tan dentro que no podemos sacar ese trauma y se fue trabajando esas cosas y a mí me gustó eso” (MPLD, 2015:163 – integrante del movimiento, habitante de la villa).

Desde el movimiento se han generado también, en las diferentes villas, espacios de mujeres: las casas de “Mujeres en lucha”. Las casas son ámbitos colectivos sostenidos por mujeres del movimientos que vienen en las villas y por otras que viven fuera de ellas (universitarias, estudiantes). En estos espacios se llevan adelante talleres de formación en temáticas de género, se problematiza individual y grupalmente las diversas situaciones personales de quienes se acercan al espacio y se construyen respuestas colectivas ante las variadas situaciones de abuso. “Mujeres en lucha” conforma cuadrillas de autodefensa que accionan cuando se presentan situaciones de violencia, logrando incluso en algunos casos sacar al hombre de la villa. Se tejen también redes de acogida: cuando una mujer es violentada y realiza la denuncia en el colectivo, rotativamente se la esconde en diferentes casas de la villa o se la traslada a otra, hasta identificar alternativas que no pongan en riesgo su vida.

(...) una sola no puede, hay que ser ser muchas, y en el barrio cambió esa diferencia entre mujer y varones, ahora los pibes ya saben que hay un grupo que no le permite que le peguen a las mujer y son a veces lo que nos llaman para avisaron que hay alguna situación de violencia. (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

“Nosotras tenemos un espacio de géneros. Allí contenemos a aquellas

mujeres que sufren violencia y por ahí tiene miedo, no saben a dónde hablar, entonces tenemos un espacio donde nos organizamos, nos contemos, salimos a la calle a luchar contra la violencia y por el derecho al aborto” (MPLD, 2015:162 - integrante del movimiento, habitante de la villa).

Estas experiencias desplegadas en el territorio tienen un doble objetivo: por un lado brindar herramientas concretas ante las diferentes situaciones de opresión y abuso, y por otro generar espacios donde fortalecer el *ser mujer*; promoviendo tomar la voz, brindando la seguridad suficiente para que cada una se sienta segura de sí misma y reconozca su propia potencia. Experiencias que han logrado transformaciones en el territorio, en las formas de convivencia y relaciones que se construyen, y que han impactado al mismo tiempo en la subjetividad de muchas de esas mujeres. Sujetos subalternos que a partir de la experiencia de lucha desplegada en los territorios se han convertido, recuperando a Modonesi (2010), en sujetos antagónicos, con conciencia de las opresiones que las atraviesan y con capacidad propia de impugnación y confrontación de la dominación.

(...) yo creo que como mujeres ahora se está revolucionando todo, y el feminismo nos lleva a que como que nosotras queremos cambiar lo que era antes, que era todo patricarcado y el hombre te tenía que decir lo que tenías que hacer, y ahora somos nosotras. Es como que nosotras queremos cambiar y creer que nosotras podemos y no que vengan y te digan lo que tenes que hacer, nosotras como mujeres podemos cambiar eso y por ahí incentivar a las compañeras de que ellas pueden, y romper con lo que nos hicieron creer...nosotras lo hicimos, porque si no nos hubieran hecho entender las compañeras todas esas cosas quizás no hubiésemos estado acá o seguiríamos siendo como antes, yo era muy callada..muy callada, solo escuchaba y no opinaba nada y cuando me preguntaban me quedaba en un costadito y no decía nada...sabía que podía pero me costaba mucho (...).

(Entrevistado I, integrante del movimiento, habitante de la villa).

(...) hay cosas que cambiaron porque estamos muchas de nostras y salimos a decir las cosas y hacemos que ellos también acompañen, ya no es como antes donde se te planta el hombre, y si se te planta pobre de él. Ayer además se hizo la cancha donde se cargo la calle con la condición de que sea para hombres y mujeres, ya a nuestros hijos los criamos diferente. (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

Paredes y Galindo (1992) apuntan acertadamente que entender y develar nuestras vivencias de opresión y vulneración nos sensibiliza, permite reconocernos en otras, nos hermana, tal vez entre un *nosotras* muy distintas, y nos vuelve más fuertes. Es ver reflejado nuestros cuerpos y nuestras caras en los cuerpos y rostros de mujeres con historias y vivencias otras, que cargan en potencia rebeldías, resistencias e ilusiones.

“La comunidad de mujeres es la expresión concreta de la interdependencia y la complementariedad, es un reconocernos mujeres en comunidad, parte de una sociedad (...) sin el sentimiento y la práctica de la hermandad entre mujeres es imposible la liberación, es la forma inmediata y concreta de la coherencia entre lo público y lo privado, la calle y la casa, mi vida y la historia. Sin la comunidad de mujeres corremos el riesgo de ser aún más vulnerables de la que somos, la comunidad es la verdadera fuerza” (Paredes & Galindo, 1992: 21).

Ese es el encuentro que se gesta a la interna de los espacios de mujeres del MPLD: mujeres distintas que construyen comunidad desde la diferencia, que se abrazan en la lucha porque enfrentan a un mismo opresor. Un encontrarse que potencia su accionar, que las transforma, y que transforma también al propio

movimiento, construyendo sujetos políticos antagónicos, capaces de confrontar su realidad. Estrategias de lucha y resistencia que interpelan y trastocan las relaciones sociales hegemónicas proponiendo nuevos vínculos entre mujeres, y entre mujeres y hombres, produciendo nuevos sentidos y nuevas formas de ser y estar-en-el-mundo. Prácticas que se conjugan a su vez con las experiencias de resistencia y rebelión (Thompson, 2012), que forman parte inexorable de la memoria histórica de quienes integran el movimiento: la experiencia de lucha piquetera, los tradicionales encuentros de mujeres en Argentina (desde 1986), las luchas de los pueblos originarios. Experiencias que vuelven al presente, que se hacen carne y son la raíz de lo nuevo que se pone en práctica.

4.4 Ciudad y territorios feminizados

*“Dicen que las historias (plurales, nuestras, vividas,
toditas ellas sin jerarquías, las que andan al borde de los grandes libros,
de la gran historia, de la gran verdad que el hombre blanco ha escrito)
se tejen de boca en boca, de mano en mano, de voz en voz, y que andan entre
polleras y canciones de cuna, entre destierros y viajes de a pie,
entre abusos y atropellos, circulando en rondas de gritos de guerra.
Dicen que cuando logramos escucharlas fluye la vida a borbotones
entre tanta bronca y tanto dolor, y que no hay quien detenga
tanta fuerza, tanto amor.”*
Minervas – Colectivo de mujeres

El derecho a la ciudad (Lefebvre, 1968) supone la posibilidad de que hombres y mujeres accedan al espacio urbano para poder hacer uso de él en su totalidad. Es la posibilidad de que ésta sea re-apropiada, en todos sus rincones, por quienes quedan a los márgenes de los intereses de las élites políticas y económicas que detentan el poder de gestionarla y planificarla. Es la posibilidad de poder construir

nuevas formas de vida a partir de sus deseos, demandas y reivindicaciones.

Sin embargo, las ciudades y el espacio urbano, plasman y encarnan las relaciones de dominación patriarcales y capitalistas generando condiciones desiguales entre hombres y mujeres para ocuparla y utilizarla (Borja, 2004; Velazquez, 2006; Cevedio, 2003). Desde una perspectiva feminista es posible plantear que el espacio urbano no es neutro y la ciudad no es unitaria, puesto que los roles de género intervienen en la construcción subjetiva del espacio. Las ciudades se planifican colocando en el centro la esfera de la producción y reproducción del capital, relegando a un segundo plano la reproducción de la vida, una escisión que se vuelve un sinsentido desde esta perspectiva. Esto vuelve necesario por tanto incorporar las vivencias cotidianas de las mujeres y las formas de sentir la ciudad, es decir sus percepciones subjetivas (Pérez Sanz, 2013), para poder intervenir sobre ellas y re-configurarlas.

Este apartado pretende en este sentido evidenciar el rol significativo que ocupan las mujeres en el devenir de las ciudades, en la construcción y sostén del tejido social y los territorios, un rol que nos es negado y que el MPLD incorpora en su accionar. Un rol clave que se vuelve al mismo tiempo pilar fundamental en la forma de construcción del movimiento.

4.4.1 El territorio son las mujeres

La construcción territorial del MPLD, desde sus históricos inicios en el movimiento piquetero, ha sido liderada por la acción organizada de las mujeres. No fue solo su lugar protagónico en los cortes de ruta de la década de los 90 reclamando trabajo y mejores condiciones de vida, sino también su influencia en las identidades y prácticas políticas que se fueron amalgamando en esos tiempos y

dieron germen al surgimiento de nuevas organizaciones sociales (Andujar, 2008). Fueron ellas las que en esos tiempos “expresaron una tendencia explícitamente crítica y transformadora, dispuesta a desarticular los pilares de la exclusión social y a socavar la “irremediabilidad” de los destinos colectivos” (Andujar, 2008: 5). De esta historia invisibilizada por la academia y la política es que nace el MPLD.

“Las mujeres, no hay mucho que decir, son el 90-95% (...) de los movimientos sociales en Argentina. Me parece que el rol de la mujer es fundamental, el varón pasó a un segundo plano. En realidad no es que pasó a segundo plano, siempre estuvo encabezando las luchas, pero las mujeres eran las que resistían. En los barrios las que resisten son las mujeres, fue así siempre, lo que pasa que los portavoces de esos movimientos siempre eran varones, y ahora el rol está cambiando (...)”. (MPLD, 2015:126 – integrante del MPLD desde sus inicios y de espacios de conducción).

Son y han sido las mujeres las que sostienen la cotidianidad del territorio, las que aportan la mirada global de lo que sucede en las villas, y son las primeras que ponen el cuerpo, literal y simbólicamente, en las luchas que se desatan en esos espacios.

Las mujeres son el territorio por excelencia de nuestra organización (...) no sólo que somos la mayoría sino que somos la mayoría las mujeres las que tenemos incidencia política más fuerte dentro de los territorios de la organización, compañeras con una iniciativa distinta (...). (Entrevistado B₂, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

“En el barrio somos más mujeres que hombres que salimos a luchar. Tenemos varios espacios dentro del barrio, en la [villa] 31 bis está la Casa de la Mujer. Somos las mujeres las que estamos adelante. Algunos hombres

nos acompañan y otros no. Quisiéramos que nos acompañen más pero bueno, ahí vamos tratando de cambiar un poco” (MPLD, 2015: 126 – integrante del movimiento, habitante de la villa).

Hay en estas acciones de lucha, en este dejar la casa para salir a la calle, un impugnar e irrumpir el espacio público, transgrediendo en ese acto el lugar que el sistema nos tiene a prior reservado: lo privado. Un *salir* que resignifica el lugar de la mujer en un mundo masculinizado, tensionando al mismo tiempo la forma en que la ciudad pauta el uso de los espacios públicos, volviendo la calle en un lugar de enunciación para el reclamo de los subalternos, pero donde las portavoces son ahora las mujeres.

Como mujer sí fue un poco difícil que el barrio aceptara que una mujer camine por el barrio sola, que el hombre no joda, eso fue una lucha de muchas de nostras, porque hace cinco años atrás no se podía tanto casi a no ser que te vistieras de hombre (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

“El rol de las mujeres para mi es la que más lucha. La mujer después de madre, esposa, empleada doméstica o trabajo que tenga afuera, tiene también un tiempito para dedicarle a la organización, a salir a pelear por el barrio (...)” (MPLD, 2015:125 – integrante del MPLD, habitante de la villa).

El accionar político de las mujeres en el territorio de las villas, colectivo y organizado, habilita su agenciamiento público, en tanto disposición existencial que habilita un poder hacer ciertas cosas y de cierta forma. Se re-significa su condición femenina, ampliándose los sentidos construidos sobre su lugar en la sociedad: ya no es sólo la casa, lo doméstico lo que las definen, sino también su

lugar protagónico en una lucha que se expande hacia las calles.

Para mi la lucha interna es llegar a mi casa y decir listo, apague el celular y no suena más y estoy con mi familia. Eso a mi no me pasó más; hace nueve años que el celular no se apaga, que puedo estar una hora en mi casa y las otras 23 afuera. El desafío fue enseñarle a mis hijos y que comprendieran que esto es lo que yo quería. Y mi familia lo fue aprendiendo poquito a poquito. Fue un desafío muy grande que mi familia pudiera entender que de verdad esto era lo que yo quería y de la manera que me estaba sintiendo bien. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Un agenciamiento que se traduce también en sus propios cuerpos; en un animarse a tomar la palabra, a cuestionar lo que se presenta como dado, a perder el miedo y la vergüenza, a confiar en sí mismas, en lo que sienten, en lo que piensan. Un proceso de transformación subjetiva que solo es posible a partir del encuentro con otras. Transformación que trastoca todo pre-concepto y re-estructura la forma de construcción política en los territorios.

Hasta hace nueve años era una mamá de familia, tengo siete hijos, y era eso: llevar a los chicos al colegio, venir y estar adentro de mi casa y no importarme nada lo que pasara afuera, vivíamos en una burbuja dentro de mi casa. Creo que desde el momento en que me sume al movimiento aprendí lo que es la lucha, aprendí a decir no me importa lo que está pasando afuera salir e involucrarme, ayudar. (Entrevistado J, integrante del movimiento, habitante de la villa).

El que las compañeras puedan ir a cursar y decir “bueno voy” y hacerles entender a sus maridos que quieren tener algo de ellas propio, un título, y

hacerle entender a los chicos también que hay un tiempito que tiene que ser para ellas, eso para mí es muy importante. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

“El territorio son las mujeres” no es una mera consigna, es la constatación empírica de lo que sucede en las villas. Son ellas quienes *amasan* en esos espacios formas nuevas de concebir y hacer política.

“Creo que nuestra organización no sería lo que es y, ninguna organización popular sería lo que es, sin las mujeres. Son ellas las que construyen esto. Sin ellas nosotros no estaríamos donde estamos, sinceramente. Es fundamental el rol de la mujer hoy en las organizaciones sociales populares” (MPLD, 2015:125 – integrante del MPLD, habitante de la villa)

Estos territorios feminizados son el corazón del MPLD, son la expresión más potente, significativa y tangible de que construir prácticas prefigurativas que devengan en relaciones de nuevo tipo es posible. Un entramado social que se gesta al calor de la potencia transformadora de lo femenino organizado.

4.4.2 La reproducción de la vida en el centro

Un aspecto que emerge de los testimonios de las entrevistadas, principalmente de aquellas que viven dentro de las villas, es la necesidad de poder intervenir en el acontecer de ese espacio, pero principalmente su preocupación y disfrute por el cuidado de otros. Un disfrute que se encuentra ligado estrechamente a las formas en que hemos sido construidas social e históricamente las mujeres: velando por el bienestar de los demás, por la organización en términos operativos, por la disposición a la escucha y la negociación. Una permanente puesta en marcha de

prácticas de cuidado que se vive generalmente de forma gozosa, y en tal sentido ya no como actividades de sometimiento de su ser femenino, sino como una forma más de ejercicio de su autonomía (Modonesi, 2010) que se vuelve calve para la reproducción de lo colectivo.

(...) me gusta hacer mejor el comedor para los niños, el merendero, porque entre todos es que podemos cambiar esas cosas. Todo eso me gusta porque capaz yo viví en un barrio pobre, yo viví a los 13 años huérfana y salí a ayudar a la gente que más necesitaba y por eso es que también soy delegada, para seguir ayudando. (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

A mí me gusta participar, me gusta la lucha, me gusta ayudar y así es que estoy acá, siempre en la lucha. (Entrevistado H, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Es así como la experiencia colectiva a nivel territorial coloca en el centro de su despliegue la esfera de la reproducción de la vida. Nos referimos con esto tanto al sostén del tejido social que se gesta, la contención afectiva y emocional de quienes forman parte e integran esos procesos, como al tipo de prácticas que se llevan adelante. Prácticas todas que están vinculadas a tareas de cuidado: los jardines de primera infancia, los centros de salud, los comedores o los bachilleratos. Actividades que por el carácter de cuidado que encierran, y como consecuencia de la división sexual del trabajo, suelen ser tareas asumidas por mujeres.

“Para las mujeres en mi barrio, en el Bajo, hay talleres de salud (...) en el de salud la mujer se llega a capacitar en primeros auxilios para la familia (...) Y entonces ahora estamos en la lucha en la villa 1-11-14, estamos

trabajando con la tuberculosis (...) Con el MPLD hace dos años que estamos haciendo las encuestas. Vamos como promotoras, puerta a puerta a los vecinos y hacemos la prueba (...)” (MPLD, 2015:130 – integrante del movimiento, habitante de la villa).

No obstante, estas experiencias asumidas colectivamente, que podrían en primer instancia leerse como prácticas en las que se ubica a las mujeres una vez más en ese lugar tradicional y socialmente asumido, posibilitan en realidad el poder disponer de ellas mismas, ejercitar su autonomía (Modonesi, 2010). Abren la puerta a hacer de esas prácticas de abnegación actos de rebeldía, en tanto las coloca material, simbólica y subjetivamente en otro lugar: las vuelve protagonistas, las coloca en el centro de la escena de esos procesos de transformación que paulatinamente se tejen en los territorios, sacándolas de los lugares de reclusión y control propios de lo privado.

“Las mujeres somos las que llevamos un frente en muchas cosas, llevamos un frente en la familia, en la educación y salud de nuestros hijos, y la pelea en el barrio. Cargamos con todo eso, de que las mujeres son un defecto para la sociedad, me parece que no es así. Lo veo de esa manera, somos nosotras las que llevamos un frente (...) Somos muchas madres, pero a la vez somos mamás y militantes.” (MPLD, 2015:127 – integrante del movimiento y habitante de la villa).

(...) dejamos de ser sumisas, de ser calladas y empezamos a hablar y aprendimos a defendernos (...) yo arranque con el tema de educación, donde las compañeras nos fueron capacitando y armamos la casa, el espacio de juegos y ahí me incentivaron también a que vuelva a retomar mis estudios en magisterio (...). (Entrevistado I, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Estas prácticas y modos de vida que se construyen en las villas parten de diversas premisas que no están sumergidas bajo las lógicas del capital, sino que se sustentan a partir del respeto, la colaboración, el cariño, el afecto y la dignificación de la vida misma a partir de la atención a las necesidades comunes que se presentan.

La Dignidad tiene muy a flor de piel una perspectiva de humanidad muy grande, a parte de ser una organización que intenta ser de alguna manera ordenada, racional, proyectiva tiene a flor de piel una humanidad enorme, una emocionalidad enorme, permanente, tanto en sus expresiones políticas como sociales digamos. Eso por un lado; herramienta digamos, lo político. Y después por otro lado La Dignidad se constituye como una forma de vida; muchas de las cosas más hermosas que nos pasan a nosotros nos pasan adentro de la organización y las peores también nos pasan adentro de la organización (...). (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

Colocar en el centro de las experiencias que se despliegan la reproducción de la vida, es en sí mismo asumir como parte de la tarea que los convoca la gestión de la vida social y la vida política, y por tanto la reproducción humana (Gutiérrez & Salazar, 2015b: 24). Variadas formas de reproducción de la vida que están permanentemente asediadas por las lógicas del capital, puesto que desde su antagonismo permiten trastocar, de-formar o re-formar la forma de la dominación (Gutiérrez & Salazar, 2015b: 23).

Dijimos vamos, despacito pero firmes, porque si nos tocan a uno nos tocan a todos (...) es como siempre decimos, no nos interesa que quede Alejandra, Yamila, nos interesa que quede Soldati con el MPLD, el resto estamos de

paso, nos interesa que quede ese lugar porque es la forma de ir marcando otra manera de hacer las cosas. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

La Dignidad es algo que a mi me hizo ser más persona...me capacitó mucho, me hizo aprender muchas cosas, me hizo creer que sí se puede, que sí se puede cambiar el mundo hacia algo socialista, de que nosotras sí podemos llegar a otros territorios y no solamente estar acá (...) si tengo que armar algo lo voy a hacer de corazón y lo voy a construir como lo construimos acá, con mucha lucha, porque La Dignidad pone mucho pecho a todo y gracias al pecho que ponemos tenemos lo que tenemos, conseguimos lo que conseguimos y somos lo que somos (...). (Entrevistado I, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Esta forma de construcción territorial que el movimiento lleva adelante en las villas permiten vislumbrar el *horizonte interior* que se presenta como telón de fondo de las luchas que despliegan, y que se ve iluminado a través de las diversas acciones y prácticas que colectivamente impulsan. Un *horizonte interior* que, como plantea Guitérrez (2015a), da cuenta de las diversas aspiraciones, deseos y anhelos que alientan su batallar colectivo, y refiere a los contenidos más profundos de esas propuestas. Deseos y aspiraciones que muchas veces son contradictorios, que se exhiben parcialmente y que por momentos pueden presentar rupturas o desfases entre los que se dice y lo que se hace, o entre lo que no se dice y se hace (Gutiérrez, 2015a: 19).

Ese horizonte interior que se manifiesta a través a las acciones que el movimiento desarrolla se traduce en su deseo por la transformación radical de la sociedad. Un deseo que tiene como punto de partida la resolución de las necesidades concretas de los de abajo, desde el ejercicio cotidiano de promover nuevas relaciones

sociales y nuevas formas de decidir sobre los asuntos generales que afectan a todos, decisiones que incluyen la polifónica diversidad de voces que componen al colectivo.

(...) cuando se inundan los compañeros meternos con ellos en el barro, dejar el individuo para volverse una masa, dejar nuestras vidas individuales muchas veces para constituirnos en un todo, eso es sentir lo que sienten las mayorías todo el tiempo y hacerlo carne y tratar de revertirlo digamos (...) es la osadía de los de abajo, de los que no tenemos nada que perder más que nuestra vida. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

Me parece que parte de la potencialidad de la mística de nuestra organización está en abrazarse el pueblo y no marcarle caminos distintos a lo que quiere para sí mismo (...). (Entrevistado C₃, colectiva 2, integrante de espacios de conducción).

Ahora bien, cabe preguntarse, siguiendo a Gutiérrez (2015a: 24), cuál es el alcance práctico de esas luchas que se despliegan en el territorio, en tanto “conjunto de rasgos y significados plenamente registrables a partir del seguimiento de la propia acción de la lucha”. En ese sentido, podemos afirmar que el movimiento ha logrado dar respuesta material y simbólicamente, a través de experiencias nuevas, disruptivas, a las necesidades concretas del territorio, trastocando “la normalidad capitalista de la vida cotidiana” (Gutiérrez, 2015a: 24). Pero es válido preguntarse si logra desde ese accionar práctico impactar en los procesos políticos de quienes habitan en esos espacios, ampliando sus horizontes de posibilidad. Sin duda estos procesos no son nunca homogéneos y coexisten, como en todo colectivo, diferentes niveles de apropiación, la diferencia radica en si esa diversidad significa una limitante en el camino hacia ese otro-mundo a

construir, o si logran amalgamarse y avanzar juntas. Por otra parte, como también nos advierte Gutiérrez (2015a, 2008), este horizonte interior de las luchas, que se ve iluminado por el alcance práctico de las acciones que se emprenden, no es estático. El devenir de la experiencia, los cambios en el contexto y coyuntura pueden impactar y trastocar ese horizonte interior, y en consecuencia también la subjetividad política del colectivo, porque, volviendo a Modonesi (2010), estos procesos no son lineales.

4.4.3 Construyendo política en femenino

Las diversas prácticas y experiencias que se desarrollan en el territorio específico de las villas encarnan, tomando como referencia a Gutiérrez (2015a:84), una forma específica de lo político, una forma que la autora denomina ampliamente como *política en femenino*. Esta distinción resulta por demás fértil para nuestro análisis, puesto que su definición pretende dar cuenta, por una parte, de una forma de construcción política donde el compromiso colectivo está colocado en la defensa, producción y ampliación de condiciones para la reproducción de la vida. Por otro lado, refiere a su capacidad de conjugar e incluir la creatividad y actividad humana en la lucha por la autonomía.

Esta distinción no pretende esencializar lo femenino, sino hacer referencia a esas prácticas que logran articular el ámbito de la producción con el de la reproducción, pero colocando en el centro a esta última. Prácticas y experiencias que se caracterizan asimismo por un hacer político gozoso, creativo y al mismo tiempo subversivo, “donde se produce un lenguaje específico que una y otra vez se empecina por hablar, que incesantemente trata de decir” (Gutiérrez, 2014b: 33).

Como se daba cuenta en el apartado anterior, las experiencias que logra desplegar

el movimiento a nivel territorial colocando en el centro esta esfera de la reproducción son múltiples, y son encabezadas a partir de la mixtura entre mujeres indígenas, urbanas y provenientes de las periferias. Pero es esa predominancia de las tradiciones de pueblos originarios lo que caracteriza a esos territorios, generando una interesante amalgama con las prácticas y formas propias de su historia piquetera, donde muchas de esas lógicas también se hacen presente. Tradiciones que tienen como punto de partida la construcción de entramados sociales comunitarios, es decir, que están emparentadas con tramas y formas de hacer política diferentes a las hegemónicas, donde lo que se instituye como forma de construcción es lo masculino.

Hay algo también, que tiene que ver con las formas de construcción y es fundamental, y que tiene que ver con ciertos aportes del feminismo y de las compas migrantes que llegan con toda esa tradición y también de los movimientos populares de otras formas de construir esas referencias de las compañeras en sus barrios, de las formas de construir las asambleas (...). (Entrevistado B₃, colectiva 1, integrante más reciente del MPLD, de espacios de conducción y referente territorial).

Nos referimos a formas otras de construcción que se logran instaurar en las villas en el marco de los espacios gestados por el movimiento, donde lo que prima es la asamblea, la deliberación, la circulación y reapropiación de la palabra entre voces diversas que habilitan la dispersión del poder. Una política en femenino que transforma el espacio-tiempo que se habita (Álvarez Pedrosian & Blanco, 2013), respetando e incorporando los diversos procesos individuales, donde la incertidumbre se vuelve componente clave que habilita la creatividad y potencia imaginar lo nuevo.

El MPLD pone a prueba cotidianamente en las villas su capacidad colectiva de

inventiva. Se diseñan cooperativas de las más diversas: desde vendedoras ambulantes de café, que nuclean a mujeres jefas de hogar que han salido de situaciones de violencia doméstica, hasta cooperativas de tejedoras donde las mujeres migrantes de avanzada edad ponen en juego sus saberes y destrezas.

Siguiendo a Gutiérrez (2015a: 86) acordamos con ella cuando propone pensar y entender esta forma de lo político como un lenguaje, en tanto expresa “un conjunto de deseos y anhelos compartidos, de compromisos y prácticas colectivas que permiten a hombres y mujeres expresar lo que sentimos y pensamos, brindándonos la posibilidad de *esperanzar* (...) que es la condición necesaria de nuestro transcurrir político (...)”.

Así, los espacios colectivos del movimiento, sus asambleas, reuniones y encuentros territoriales, se construyen también desde los disensos. Los acuerdos no se generan a partir de la derrota del otro, sino a partir de un *rumiar* colectivo, donde se procuran gestionar las diferencias para, desde ahí, plantearse nuevos contratos. Las decisiones que se toman y las propuestas que se despliegan en el territorio, se discuten una y otra vez hasta que logran madurar colectivamente y encontrar ese punto en el que las diversas expresiones se ven reflejadas. Esto no quiere decir que no hayan tensiones o que siempre se logre conformar a todos, hay diferencias y contradicciones, la distinción radica en la forma en que se procesan.

(...) formamos parte de esa tradición que, digamos, construye la política a partir de formas de construcción que intentan ser más horizontales, no tan verticales, a través de prueba y error, prueba y error. Y eso se traslada a las asambleas barriales. Nosotros nos organizamos en cabildos, que se le llama a la unidad política chiquita en los territorios, y esa es una asamblea de vecinos y vecinas que organizan desde la comida, hasta el festival del día del niño, hasta los horarios de trabajo, hasta el jardín comunitario. Todos

los espacios tienen una asamblea que es la que en principio es la que decide lo que sucede ahí. (Entrevistado B₂, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

La afectividad es otro factor clave, muy propio de esta forma de lo político, y en las experiencias del MPLD en las villas resulta un rasgo predominante: la contención afectiva, el cuidado por el otro, el disfrute por lo que se hace, la rabia que se convierte en estrategia y el dolor que se vuelve maniobra organizada¹⁷.

Esta forma de lo político, está política en femenino, que se hace presente en la experiencia de las villas, es al mismo tiempo uno de los rasgos principales de un tipo específico de ese horizonte interior de las luchas que se planteaba en la sección anterior. Un tipo de horizonte político que parece asomar en la experiencia territorial del MPLD.

Los horizontes políticos pueden caracterizarse según Gutiérrez (2015a) en dos grandes tipos: un *horizonte estatal-liberal* que plantea la reconstrucción del Estado e incluso tomar su poder, procurando de esta manera generar nuevas formas de relacionamiento entre sociedad y gobierno. Una forma de lo político que niega por otra parte la posibilidad de reproducción de la vida en el marco de lo impuesto por el modelo de acumulación del capital.

El otro tipo es el *horizonte comunitario-popular* que se centra en la posibilidad colectiva de desbordar e ir más allá de los límites que plantean las relaciones políticas liberales. Un horizonte que se despliega a partir de la definición colectiva de los temas que afectan a todos, con el fin de subvertir las relaciones de dominación y explotación. Horizonte que al mismo tiempo se caracteriza por ese tipo específico de política en femenino, que supone por otra parte múltiples y

17 Frase y parafraseo de la canción “A la patria” del cantautor y activista mexicano Gabino Palomares.

diversas formas de producción de lo común. A partir de los diversos testimonios es posible vislumbrar atisbos de este horizonte comunitario-popular en la forma en que el movimiento ha construido territorialmente en las villas, es decir, a partir sus procesos de territorialización (Fernandes Mançano, 2008; Heasbaert, 2011).

(...) el movimiento tuvo una forma de construcción en el territorio de las villas que tiene que ver con la construcción, si se quiere, de lo que llamamos doble poder. Todas las herramientas que fuimos construyendo son herramientas que un poco lo que buscan es empoderar a los vecinos y las vecinas y a la construcción de comunidad con propuestas que, a la vez, son alternativas al modo en que interviene el Estado sobre las mismas cuestiones. Eso tiene que ver también con la cuestión de la muticulturalidad porque, si vos te poner a pensar la forma histórica en la que se constituyó el vínculo entre el Estado y la sociedad boliviana tiene que ver con la no intervención del Estado en muchos sentidos (...). (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

Sería pretencioso afirmar que esta forma de construcción se presenta de manera pura o totalizadora pero es posible plantear que en la experiencia que analizamos éste es un rasgo ineludible, que se debate e intenta contraponer a las lógicas liberales de pensar y hacer política. El territorio, o si se prefiere los territorios de lo urbano, la ciudad, son el epicentro de la acumulación de capital, territorios donde la fragilidad de la vida está permanentemente puesta a prueba. Estas tensiones están presentes de manera cotidiana en las villas, y se vuelven al mismo tiempo factores que alimentan y dan vida a las más variadas estrategias de supervivencia y de confrontación a esos mecanismos de valorización de capital. En este sentido, la experiencia villera presenta rasgos propios de este horizonte comunitario-popular. Horizonte que se expresa a través de los diversos mecanismos desplegados para la gestión común del territorio, que ven potenciada

su capacidad expansiva a partir del plus que les significa la fuerte presencia de las mujeres y las tradiciones migrantes, factores que se vuelven componente interesante y un emergente de este tipo de territorio.

4.5 Entre entramados y tejidos: produciendo lo común

*“A medida que algunos de los principales actores
de la historia se alejan de nuestra mirada
-los políticos, los pensadores, los empresarios, los generales-,
un inmenso reparto de actores secundarios,
que habíamos tomado por meros figurantes en el proceso,
ocupan el primer plano de la escena”
Edward Palmer Thompson*

Los testimonios recogidos dan cuenta de un proceso de reconocimiento colectivo por parte de quienes habitan las villas e integran el MPLD del conjunto de necesidades compartidas, comunes, y la búsqueda organizada por construir respuestas-otras para su resolución. Un proceso de reconocimiento que, como plantea Navarro (2015) recuperando a Gil, podría denominarse “dimensión común de la experiencia” (Gil citando a Pérez, 2014).

Esta autodeterminación por la búsqueda y puesta en práctica de propuestas diversas que garanticen la reproducción de la vida van conformando un tejido que hace posible el despliegue de lo común. O como plantea Gutiérrez (2015a, 2011) habilitan la configuración de diversos *entramados comunitarios*, donde habitan otras lógicas, diferentes a las del capital (Navarro, 2015). Estos *entramados comunitarios* son definidos por Gutiérrez (2011: 13-14) como “sujetos colectivos de muy diversos formatos y clases con vínculos centrados en lo común y espacios de reproducción de la vida humana, no directa o inmediatamente ceñido a la

valoración del capital”.

En este apartado se pretende entonces dar cuenta de esos entramados que se van configurando en el territorio de las villas de la CABA y las diversas estrategias que el MPLD tejen en el proceso de construcción de lo común.

4.5.1 Las villas: territorios de lo común

Antes de profundizar en esas variadas formas de producción de lo común que se entreteje en el territorio de las villas, es necesario precisar a qué llamamos “común”. Para ello nos ceñiremos a la definición que Gutiérrez (2015a) hace del término, puesto que refleja el sentido desde el cual pretendemos reflexionar sobre la presente experiencia. De esta forma, siguiendo a la autora, entendemos *lo común* como aquello que es compartido colectivamente por heterogéneos y multiformes agrupamientos de hombres y mujeres, que conforman colectividades a partir de compartir un mismo espacio-tiempo (Gutiérrez, 2015a: 88). Un sentido de lo común que pretende desprenderse de toda asociación con la idea de propiedad, entendiéndolo no sólo como ese algo que se comparte, sino “como algo que se produce, reproduce y reactualiza continua y constantemente” (Gutiérrez, 2015a: 89). Nos referimos por tanto a *lo común* no como algo totalizador u homogeneizante, sino por el contrario, a aquellas prácticas y experiencias compartidas que tejen la convivencia, donde los habitantes se encuentran en diálogo, al mismo tiempo que en tensión y conflicto (Álvarez Pedrosian, 2014a). Lógicas de producción de lo común animadas por ese horizonte comunitario-popular que se describía en secciones anteriores, que posibilita y anima imaginar y proyectar lo nuevo en tiempo presente.

Hecha la aclaración, podemos decir que las experiencias y prácticas que el

movimiento ha logrado poner en marcha en las villas y las transformación que paulatinamente han logrado, se gestan desde una lógica de producción de lo común. Tienen como punto de partida principal transformar las condiciones de vida de quienes habitan en esos territorios, a partir de la definición de puesta en marcha de estrategias que colocan en el centro al colectivo, a la comunidad. Pero no únicamente la vida de quienes integran ese colectivo, sino la vida de los hombre, mujeres, niños y niñas que viven cotidianamente bajo condiciones de vida donde sus necesidades más básicas se encuentran insatisfechas y habitan su mismo territorio.

La Dignidad hace lo que lo que los punteros o el gobierno no saben pensar y no saben hacer (...). (Entrevistado I, integrante del movimiento, habitante de la villa).

(...) nos organizamos en el barrio por la tierra sucia que teníamos, por el agua sucia también que nos dieron un pedazo de agua que sólo servía para bañarnos, no se podía tomar y había que buscar de otro, entonces luchamos también entre vecinos para sacar de abajo del puente una toma para ir a todo el barrio (...) entre vecinos fuimos y cortamos un caño y de ahí pasamos para la 31 Bis y así tuvimos agua (...) así también hicimos para tener la luz, porque teníamos todo bajo caño la electricidad, bajo la autopista, entonces cortamos la autopista y cortamos un cable de la autopista para conectar la luz, ahí tuvimos la electricidad también. Así que me toco luchar desde que vine hasta ahora. (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

Para poder llevar adelante estas acciones los vecinos y vecinas se organizan en asambleas, compuestas por integrantes del movimiento y por otros vecinos de la villa, donde se ponen en común las diferentes problemáticas que atraviesan la vida

en el lugar. Se organizan esas necesidades acordando colectivamente, a partir de procesos de deliberación, su orden de prioridad, se discuten y comparten las diferentes miradas hasta llegar a un acuerdo común.

Antes vos ibas a pelear, o iba cada una por su lado y no hace la fuerza. Si vamos todas juntas es diferentes, llevar un listado común de lo que queremos para que no nos estemos pisando (...) la organización nos fue dando esas herramientas. (Entrevistado K, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Luego se debaten las estrategias y formas que se van a dar para poder hacer frente e intentar resolver esas situaciones. A veces se realizan acciones directas, como la que se describía más arriba o se cortan las calles, se realizan movilizaciones hasta la Legislatura para reclamar por materiales que luego ellos definen cómo utilizarlos. Otras veces diseñan estrategias más complejas que requieren otros niveles de auto-organización colectiva, como la instalación de las ambulancias comunitarias o el arreglo de las calles. Para ello suelen armar cooperativas subvencionadas con recursos del Estado, que, al tiempo que dan respuesta a esas necesidades, sirven también como mecanismos de subsistencia y generación de ingresos para las familias.

La cooperativa de la organización fue la que hizo la primera calle (...) porque antes no querían que entren cooperativas de la organización acá y yo le peleé porque dijimos “no, que nosotros queremos trabajar con esta cooperativa”, porque ellos [el gobierno] te querían imponer hasta las cooperativas, te querían imponer el trabajo y las cooperativas, ellos querían poner la cooperativa de un puntero (...). (Entrevistado I, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Estos procesos de producción y reproducción de lo común, esta política en femenino que van tejiendo, se ve permanentemente asediada por otras lógicas e intereses que también forman parte del territorio de las villas. Intereses y lógicas que son identificadas y confrontadas.

(...) dentro del complejo está la mafia donde también no te permite avanzar, donde siempre hay privilegios, donde las cosas se dividen siempre para los mismos, cuando en realidad tendría que ser para el barrio. Y bueno la lucha es tratar de sacar a los que se quedan con lo que es de todos, porque todos aportamos seamos o no del país y la mayoría de las mafias se quedan con las cosas de las personas. (Entrevistado J, integrante del movimiento, habitante de la villa).

(...) muchos que porahi ven su interés propio y no ven el futuro, el futuro de los chicos para que ellos también puedan tener unas buenas calles, una buen parque, una buena cancha, o poder tener una escuela dentro del barrio, ellos no ven esas situaciones, ellos parece que viven de juntar plata y después irse, ellos no piensan porahi quedarse acá o no quieren que el barrio progrese. (Entrevistado I, integrante del movimiento, habitante de la villa).

Pero es desde la auto-organización y autorregulación, desde el encuentro y la deliberación, desde la sabiduría acumulada puesta al servicio de un hacer en común que esas experiencias logran adquirir capacidad expansiva, multiplicándose las estrategias, las propuestas y los logros. Una potencia que se enfrenta no sólo a los intereses particulares presentes en el territorio, sino también a los interés y/o desintereses de los gobiernos y el Estado.

La ley de urbanización y la ley para que haya delegados por manzana se

tuvo que laburar en la Legislatura. Pero lo laburamos nosotros, los vecinos comunes y no fueron los punteros que ellos [los partidos políticos] colocaron en el barrio (...) entonces tuvimos que pelear entre vecinos para poder ser independientes del gobierno. Para que la villa 31 y 31 Bis tenga su propia auto-gestión fue una pelea un poco dura por tres años (...) Pero teníamos un problema nosotros; que eramos extranjeros, y nos decían que como eramos extranjeros entonces nosotros no teníamos derechos (...) queríamos saber el por qué nosotros como extranjeros no teníamos derecho, queríamos descubrir las cosas, se nos entró el bichito de las preguntas (...) Ahí empezamos a saber nuestros derechos, a pelearlos más. Desde el Movimiento tuvimos bastante apoyo porque cada conocimiento que íbamos sabiendo nosotras como extranjeras y los hombres como extranjeros también ya era más fácil para nosotros seguir adelante, y salió en 2006 la ley de urbanización. (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

Estas prácticas de producción de lo común están, como también advierte Gutiérrez (2013), ante la tensión permanente de generar y transformarse en lógicas delegativas, jerárquicas y monopolizadoras de las decisiones, acercando y tensando la noción misma de lo común no sólo con lo privado, sino también con lo público y lo estatal. Esta advertencia se vincula estrechamente a los procesos de marcha y contramarcha que Modonesi (2010) advierte para los procesos de subjetivación política. La alerta que se realiza sobre los procesos de producción de lo común forma parte por tanto de las permanentes tensiones que el movimiento debe considerar en el devenir de su cotidianidad.

Estas lógicas del hacer común o de lo comunitario no son únicamente dinámicas idealizadas de prácticas asociativas vinculadas a las luchas indígenas (Gutiérrez, 2015a), son también, como se describía al inicio, experiencias que se recrean a

partir de sujetos heterogéneos. No obstante, ese componente indígena caracteriza a las villas de la CABA. Podríamos decir entonces que esa característica genera condiciones específicas -y tal vez más propicias-, que explican de algún modo el éxito de las propuestas que se desarrollan en tanto prácticas que logran prefigurar nuevas formas de relacionamiento, que instalan nuevos sentidos y configuran subjetividades otras; espacios de las villas que se vuelven en sí mismos territorialidades de lo común. Un experiencia de construcción que intenta trasvasar los límites de las villas, que procura permear la ciudad, pero que hasta el momento no ha logrado trascender ese territorio específico.

4.5.2 Tejiendo comunidad

Hacer lo común, llevar adelante una otra forma de hacer política hace posible la configuración de un entramado comunitario que se gesta en el seno del territorio de las villas, que irradia e inspira al MPLD todo. Por entramados comunitarios nos referimos a “la multiplicidad de mundos de la vida humana que pueblan y generan el mundo bajo pautas diversas de respeto, colaboración, dignidad, cariño y reciprocidad, no plenamente sujetos a las lógicas de acumulación del capital (...) las infinitas formas colectivas en que se expresa y se realiza el trabajo vivo, el trabajo útil para la producción y reproducción de la vida humana.” (Gutiérrez, 2011: 13).

Entramados comunitarios que, recuperando a Modonesi (2010), no están exentos de contradicciones, donde la tensión por la supervivencia encuentra heteorgéneas formas de expresión que se encuentran en constante movimiento. Momentos donde la cohesión interna del colectivo en el territorio presenta mayores niveles de solidez, fortaleciendo su capacidad confrontativa y de disputa, y por tanto su impronta antagonica. Y momentos donde las tensiones y lógicas externas y la

propia precariedad de la vida se imponen con una fuerza tal que tensan esa cohesión colectiva, debilitándose los lazos de solidaridad y colaboración para dar relevancia a la inmediata supervivencia individual, haciendo perder así capacidad de respuesta “estructural”, volviendo al colectivo a su lugar de resistencia y subalternidad, debilitando sus entramados comunitarios. Movimientos subjetivos que, siguiendo a Modonesi (2010) al tiempo que posibilitan avances y nuevos despliegues antagónicos, también pueden devenir en retrocesos, o incluso llegar a convivir ambos tipos de experiencias en el marco del mismo proyecto colectivo social y político.

Estos entramados comunitarios, en su expresión más potente, se tejen a partir de múltiples mecanismos de cooperación y asociación, donde el vínculo se centra en lo comunitario y lo común, e involucra a sujetos diversos: principalmente a quienes habitan en las villas, pero también a esos otros integrantes del movimiento que directa o indirectamente forman parte de la construcción de esas experiencias nuevas. Una idea de comunidad que para el movimiento no sólo vive en las villas sino también en la forma de construcción del propio MPLD.

(...) es la comunidad, una comunidad que también es la comunidad política, la comunidad familiar, giramos un poco, o nuestra vida gira un poco alrededor, la vida gira completamente alrededor de esta organización y por momentos es como el proyecto en mi vida. (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

Los integrantes del movimiento que no viven estrictamente en las villas dan cuenta en sus testimonios cómo ese entramado que se teje en el territorio interpela la cotidianidad de la organización y de sus propias vidas, puesto que convive también con esas formas de construcción políticas propias de lo masculino.

Es la comunidad, es la familia, es la murga, es la mística, es un poco la forma en que elegimos vivir y en la que eso permea la organización y la organización es permeada, y nuestras vidas son permeadas por la organización digamos. (Entrevistado C₁, colectiva 2, integrante desde los inicios y de espacios de conducción del MPLD).

Una construcción territorial que al mismo tiempo genera fuertes sentidos de pertenencia en quienes las encarnan, donde los sujetos se reconocen como protagonistas de esos procesos. Un reconocerse en tanto sujetos políticos que los dignifica.

Ellos lo llaman villa discriminatoriamente, yo les digo que soy villera y orgullosamente porque lo construí yo, lo construimos nosotros, no lo construiste vos. Para mi es mi familia, mi vida, la escuela de mis chicos, todo lo que es el día a día para nosotros. (Entrevistado E, integrante del movimiento, habitante de la villa y referente territorial).

Estos entramados comunitarios que se despliegan en las villas son experiencias que con dificultad logran encontrarse en otros espacios de la CABA. Esto se debe en gran medida a las propias limitaciones que suponen las ciudades para que ese despliegue se haga posible, puesto que son el epicentro de la acumulación de capital y esas son las lógicas que priman y estructuran (Harvey, 2013). No obstante, y tal como ya se ha expuesto, en tanto las ciudades fragilizan las propias condiciones de vida en muchos casos hasta límites extremos, es ese mismo carácter lo que las vuelve espacios propicios y terreno estratégico para el surgimiento de experiencias que buscan subvertir esas relaciones de explotación y despejo a las cuales nos someten.

Hay una idea de comunidad y de construcción territorial bastante fuerte,

por ahí un poco distinta a lo que sucede en Argentina, sobre todo en las ciudades, no tanto por ahí en las provincias (...). (Entrevistado B₁, colectiva 1, integrante de espacios de conducción del MPLD).

La experiencia territorial del MPLD se vuelve así un motor que abre nuevas preguntas, que interpela los sentidos que construimos sobre el lugar que ocupamos en las ciudades, y sobre nuestra propia potencia transformadora. Una experiencia en la que aquellos integrantes del movimiento que directa o indirectamente habitan las villas, aquellos que día a día se levantan en lucha para hacer de esos lugares espacios menos injustos y desiguales, más dignos, se configuran como sujetos antagónicos. Sujetos políticos conscientes de las relaciones de dominación y explotación que los atraviesan y deciden confrontar e impugnar, colectiva y organizadamente, el orden dominante, construyendo prácticas reales, materiales y simbólicas, de contrapoder (Modonesi, 2010). Pero sometidos al mismo tiempo a las lógicas dominantes, que por momentos logra colarse en sus propias prácticas, lo que da cuenta de la complejidad que implica la construcción de lo común, de comunidad, y por tanto la exposición permanente al retorno a la subalternización.

*“Por un mundo donde seamos socialmente iguales,
humanamente diferentes y totalmente libres”*

Rosa Luxemburgo

*“La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la
actividad humana sólo puede concebirse y
entenderse racionalmente como práctica revolucionaria”*

Karl Marx – Tesis sobre Feuerbach

Capítulo 5: Consideraciones finales y futuras líneas de indagación

En este capítulo nos proponemos dejar planteadas algunas reflexiones finales sobre la experiencia que decidimos analizar. Reflexiones que no pretenden ser totalizadoras, sino que tienen como cometido recoger aquellos elementos que surgieron de la investigación y se entiende condensan los principales elementos que dan cuenta de las preguntas y objetivos que orientaron el proceso investigativo.

Asimismo, se dejaron planteadas posibles líneas de indagación que podrían alimentar investigaciones futuras.

5.1 Consideraciones finales

- *La disputa material y simbólica en el territorio de las villas y la ciudad*

El rol del MPLD en los procesos de disputa que se tejen en las villas de la CABA es significativo. Su presencia en estos territorios permitió capitalizar y amplificar las luchas que comenzaron a desarrollarse durante los primeros años de impacto del modelo neoliberal en Argentina. El movimiento logró en ese momento que esas luchas, más dispersas y desarticuladas, se conjugaran, poniendo en marcha desde el accionar colectivo un amplio abanico de prácticas prefigurativas que hicieron posible enfrentar las arremetidas del sistema. A partir de ese momento las propuestas fueron cobrando mayores niveles de organicidad, configurándose en verdaderas experiencias auto-organizadas a partir del rol protagónico que

cobraron los propios sujetos que habitan esos territorios. Una territorialidad que se estructuró al calor de la lucha, y que encontró en esos espacios a las mujeres y a las tradiciones indígenas que en ellas se encaran el motor justo para el despliegue de su capacidad creativa y transformadora.

Las prácticas desplegadas por el movimiento en las villas permitieron así la autoafirmación de nuevos sujetos sociales y políticos, que instauraron relaciones sociales de nuevo tipo, sustentadas a partir de vínculos de solidaridad, cooperación y reciprocidad. Experiencias desde las cuales fue posible también una verdadera disputa material y simbólica por sus condiciones de vida, trastocando y desbordando, aunque parcialmente, el orden instituido por la dominación. Una multiplicidad de experiencias desde las cuales se vuelve posible dar respuesta a las necesidades inmediatas de la vida en el territorio, que abren camino a nuevas formas de habitar esos espacios. Desde la conjugación de saberes, experiencias y tradiciones diversas han logrado hacer de la villa un lugar menos hostil para la reproducción de la vida, con calles en mejores condiciones, con servicios básicos que antes no existían.

Estas propuestas tienen al mismo tiempo como trasfondo la disputa con el Estado, principal interlocutor de sus reclamos. A partir de múltiples estrategias han logrado *arrebatarse* recursos para su puesta en funcionamiento, pero dándoles una impronta y lógica propia, definiendo autónomamente su carácter. Ese desde ese ejercicio de auto-organización, de deliberación colectiva sobre las formas que le dan a sus propuestas, que los sujetos refuerzan el poder sobre sí mismos y sobre su devenir. Sujetos políticos con conciencia de las relaciones de explotación y dominación a las que se ven sometidos y deciden tomar en sus manos las riendas de sus destinos, confrontando esas opresiones desde la producción y reproducción de experiencias de contrapoder (Modonesi, 2010). Es desde el ejercicio de un poder hacer y un poder sobre, es decir desde la construcción de poder popular, que

a partir de las iniciativas que ponen en marcha se hace frente a las embestidas del sistema, intentado limitar sus alcances y efectos. Toda esa experiencia acumulada ha impactado a su vez en la configuración subjetiva de estos sujetos, volviéndolos actores antagónicos dentro de las villas.

No obstante es necesario reflexionar, a la luz del análisis realizado, sobre los límites que significa la dependencia económica del Estado para el funcionamiento de buena parte de las propuestas que llevan adelante y que se sustentan a partir de esos recursos. En este sentido es válido preguntarse sobre las posibilidades que esa dependencia supone, a mediano y largo plazo, para el sostén y amplificación de esas prácticas. Esta pregunta es una de las líneas de fuga que presenta la investigación, en tanto el trabajo de campo culminó en un momento significativo de la vida política del país, a fines de noviembre de 2015 previo a las elecciones nacionales, y que mirado desde nuestro presente, sus resultados significaron un cambio en la etapa y coyuntura. Cambios que habrá que analizar de qué forma impactan en la vida de la organización dentro del territorio que nos dispusimos a investigar. Pero incluso, asumiendo que en el marco de ese nuevo contexto se recorten los recursos estatales que permiten el funcionamiento de las variadas propuestas que el movimiento desarrolla, tendencialmente podría asumirse, por un lado, que el escenario en estos territorios sería de aumento de la conflictividad social. ¿Por qué se plantea esto? Porque esos sujetos políticos de las villas se han constituido como tales a partir de la vivencia y la experiencia de la lucha en términos thompsonianos (2012), configurándose por tanto como sujetos en lucha (Gutiérrez, 2014^a). Sujetos que pretenden construir desde otras lógicas, asumiendo sus contradicción para desde allí hacer frente a los nuevos conflictos que se les presentan y donde la reminiscencia a esas experiencias de lucha previas (vivas directa o indirectamente) tienen el potencial de aflorar y volverse carne en diferentes momentos. Una vivencia que les ha permitido al mismo tiempo alcanzar derechos que antes tenían vedados. Si partimos de ese acuerdo,

podríamos asumir que en tanto sujetos antagónicos (Modonesi, 2010), su reacción en el territorio sería de defensa de las conquistas adquiridas, y por tanto de un aumento del antagonismo y confrontación social. Por otro, también podría asumirse que el proceso puede llegar a significar un retorno a la subalternización, en tanto, como plantea Modonesi (2010), los procesos subjetivos no son ascendentes.

Asimismo, esa dependencia económica del Estado hace que las prácticas que se despliegan adquieran una forma de autonomía relativa. Es interesante entonces dejar planteadas algunas consideraciones en relación al vínculo que se establece con lo estatal: por un lado es el principal interlocutor de los reclamos, por otro es contra quien se confronta directamente en muchas ocasiones, y al mismo tiempo es quien suministra parte de los recursos necesario para que las experiencias puedan desarrollarse. Esta relación contradictoria ¿puede plantearse de otra forma en el marco del sistema en qué vivimos?. La pregunta no encuentra respuestas sencillas y sin duda amerita un análisis específico, pero podemos decir que pese a esa ambivalente relación las experiencias que se ponen en marcha no restan en significación para quienes habitan las villas, y son efectivamente propuestas novedosas y disruptivas que encierran un carácter contrahegemónico.

Es necesario por otra parte clarificar que, si bien estos sujetos políticos que habitan las villas y forman parte del MPLD se constituyen como sujetos antagónicos en esos territorios, y en tanto sus propuestas no han logrado aún trasvasar esos límites territoriales y permear a la ciudad formal, siguen siendo por tanto en relación a ella y a la totalidad del sistema sujetos subalternos. Es decir que en ese terreno más amplio de las ciudades su rol predominante es de resistencia, y ya no de confrontación, pese a sus acciones organizadas de movilización por las calles de la ciudad o de ocupar sus espacios públicos para plantear sus reclamos y reivindicaciones.

- *La práctica y experiencia de lo común como impugnación al orden hegemónico*

Las prácticas prefigurativas que el MPLD desarrolla en las villas han sido posibles a partir del ejercicio de una forma otra de pensar y hacer política, de lo que Gutiérrez (2015a) denomina como política en femenino. Una política que se construye y se hace efectiva desde la consolidación de lazos comunitarios. Estos lazos o entramados comunitarios no fueron un a priori de la organización en su desarrollo territorial, sino que se fueron gestando producto de las características propias de ese territorio. La fuerte presencia y rol de las mujeres y la existencia migrante que traen consigo una fuerte tradición comunitaria, son el elemento estructurante que hace posible la configuración de esos entramados, donde lo que se coloca en el centro del accionar es la producción y reproducción de la vida humana.

El MPLD se fue encontrando con esta realidad a medida que fue consolidando su anclaje territorial. Realidad que les ha llevado a repensar su propia estructura organizativa y que decididamente procuran incorporar en su cotidianeidad organizativa. Entramados que dan cuenta de una heterogeneidad de saberes, de tradiciones y experiencias que son tomadas por el movimiento todo como factor clave de su propia existencia. Se parte así de una intencionalidad explícita de incorporar esas diferencias, esas múltiples identidades que lo caracterizan y permiten quebrantar la multiplicidad de opresiones que viven desde todas sus esferas.

En las villas esta forma de construcción sustentada en lo comunitario y en la producción de lo común se vuelve elemento indispensable desde donde se logra impugnar el orden hegemónico. Una vivencia que pone el acento en la esfera de la

reproducción de la vida para desde ahí construir propuestas que den respuesta a las necesidades que son comunes a todos. Una experiencia que configura formas otras de habitar los territorios, de sentirse parte y ser parte de ellos, de apropiárselos para desplegar sus deseos.

- *Continuidades y rupturas entre los múltiples territorios del MPLD*

El movimiento amplió desde su surgimiento hasta la actualidad la concepción de territorio de la que parte para pensar su accionar. En ese sentido el territorio ya no se restringe a las villas sino que incluye también a la universidad, al sindicato y a la toma de tierras en otras provincias del país. Sin embargo, pese a reconocer que esos múltiples territorios tienen características, lógicas y dinámicas de funcionamiento distintas entre sí, el territorio de la villa y su forma de construcción parece imponerse en la subjetividad de quienes intervienen en esos otros espacios. La potencia de la experiencia villera pareciera, pese a toda racionalidad, querer trasladarse a esos otros ámbitos de disputa, un hecho que genera contradicciones en tanto el movimiento como un todo está también atravesado por lógicas de construcción propias de lo masculino, y por momentos parece obturar la capacidad creativa de acción en esos otros territorios.

La ampliación territorial del movimiento no es fortuita sino que se entiende como elemento indispensable para la amplia batalla que se plantean: la transformación radical de la sociedad. Un objetivo de largo aliento hacia el que pretenden caminar y hacia el que asumen no es posible avanzar sólo desde el territorio de las villas.

No obstante, es esa experiencia villera y piqueta la que se constituye como rasgo estructurante del movimiento y es hasta el momento el único territorio en el que han logrado generar el despliegue de prácticas prefigurativas. Podría decirse en este sentido que esto responde a las particularidades de ese territorio, donde la

fuerte presencia de las mujeres y las tradiciones migrantes hacen posible una forma de construcción que tensiona el orden dominante. Cabe entonces preguntarse si es posible construir experiencias similares en esos otros territorios, principalmente la universidad y el sindicato, cuyas características son muy distintas: predominancia de hombres blancos, sin tradiciones indígenas, y donde lo que prima es una forma masculinizada de lo político, donde lo que estructura y ordena el accionar no es ya la esfera de la reproducción de la vida sino la del capital .

Gutiérrez (2015a: 24) nos alerta que “algunas luchas cuyos alcances prácticos son de gran relevancia, pueden incluir a su interior un confuso conjunto de tensiones y competencias entre quienes protagonizan las luchas, que en ocasiones inhiben la expresión de sus posibilidades subversivas más enérgicas”. Considerando esta advertencia que realiza la autora, podríamos decir que esas tensiones que están presentes a la interna del movimiento entre quienes construyen en los diferentes territorios, que las formas de lo político que priman en la universidad y el sindicato se imponen en la dinámica global del movimiento a esa política en femenino que caracteriza la construcción en el territorio de las villas, formando parte de la complejidad misma de las formas de producción de lo común.

Independientemente de esas respuestas, se destaca el impacto que tiene en el movimiento la construcción villera, un impacto que se ve reflejado en las subjetividades de muchos de los integrantes del movimiento que no viven ni tienen como principal territorio de militancia esos espacios.

5.2 Futuras líneas de indagación

A lo largo del desarrollo de esta investigación fueron emergiendo y fue posible identificar potenciales líneas futuras de indagación, que permitirían dar mayor

profundidad al conocimiento de la experiencia del MPLD pero también a los análisis en torno a los movimientos sociales y las disputas por los territorios y la ciudad.

Una de ellas se deriva de los límites que presenta la muestra seleccionada, que deja por fuera la mirada sobre los otros territorios de incidencia del movimiento, y junto a ello su recorte a la experiencia en la CABA. Ampliar esta mirada permitiría dar cuenta de forma más acabada de la significación que tienen esos otros espacios para el movimiento: identificando las formas de habitar que desde ellos se desprenden, las formas en que se gesta esa territorialidad y su impacto en los procesos subjetivos. Por otra parte, siguiendo esta línea de reflexión, sería de importancia avanzar en los estudios sobre las formas de lucha y disputa que los movimientos, incluido el MPLD, desarrollan por y en los espacios públicos de la ciudad y los sentidos que construyen a partir de ellos.

A partir de la importancia relevada que adquiere la configuración de entramados comunitarios y el protagonismo de las mujeres en los procesos de disputa por los territorios, podría ser relevante también rastrear la existencia de configuraciones de este tipo en otros espacios y territorios de la ciudad y el rol que ellos ocupan.

Por último, otra línea de interés posible sería dar continuidad a este estudio en el marco de la nueva etapa y coyuntura que atraviesa hoy Argentina y otras realidades latinoamericanas, procurando identificar los posibles impactos que este nuevo escenario significan en el devenir de la experiencia del MPLD y movimientos o colectivos similares.

Referencias bibliográficas

- Acosta, Y.; Falero, A.; Rodríguez, A.; Sans, I.; Sarachu, G. (2011). *Pensamiento crítico y sujetos colectivos en América Latina. Perspectivas interdisciplinarias*. Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Álvarez Pedrosian, E. (2011a). *El afuera en el adentro. Estética, nomadismo y multiplicidades*. Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Udelar. Montevideo, Uruguay.
- (2011b). *Etnografías de la subjetividad. Herramientas para la investigación*. En: Colección Investigaciones en Comunicación N°3. Montevideo, Uruguay: Licenciatura en Ciencias de la Comunicación/Udelar.
- (2013). *El ser habitado: diseño existencial y procesos de subjetivación*. En: 3^{er} Congreso Iberoamericano de Teoría del Habitar. Montevideo: ALTEHA-Farq-Udelar.
- (2014a). *La gestación de un territorio o cómo se teje la convivencia*. En: XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación – ALAIC. Perú.
- (2014b). *Espacialidades emergentes en un territorio disgregado. Lecciones montevidéanas sobre habitares, territorialidades y diseño existencial*. En: Romero, S (edit.) *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay* N°12. Montevideo, Uruguay: Nordan y Fhce-Udelar. pag. 77-92.
- Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, M. V. (2013). *Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar*. En: Bifurcaciones Revista de Estudios Culturales Urbanos N°15. Bifurcaciones Ltd. y Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule, Talca (Chile). Edición electrónica:

<http://www.bifurcaciones.cl/2013/12/componer-habitar-subjetivar/>.

Anderson, P. (1995) *El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda*. Conferencia en la Facultad de Ciencias Sociales, La Habana.

------(2012). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid, España: Siglo XXI (Reimpresión).

Andújar, A. (2008). *Historia, género y memoria: las mujeres en los cortes de ruta en la Argentina*. En: Necochea Gracia, Gerardo et al. *Historia oral y militancia política en México y en Argentina*. Buenos Aires, Argentina: El Colectivo/FFyL: UBA.

Balash, M., & Montenegro, M. (2003). *Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas*. Encuentros En Psicología Social, 1(2).

Castro, D., Elizalde L., Sosa M. & Menéndez M. (2014). *Grietas en la hegemonía progresista uruguaya, entre consensos y resistencias*. Revista Observatorio Social de América Latina (35), pp: 157-180.

Deleuze, G. (1995). *Conversaciones 1972-1999*. Valencia, España: Pre Textos.

Díaz, E. (2010). *Las grietas del control. Vida, vigilancia y caos*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Errandonea, A. (1990). *Sociología de la dominación*. Montevideo, Uruguay: Nordan.

Falero, A. (2008). *Las batallas por la subjetividad: luchas sociales y construcción de derechos en Uruguay. Una aproximación desde la teoría sociológica*. Montevideo, Uruguay: CSIC-Fanelco.

- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción de la vida y luchas feministas*. Madrid, España: Traficantes de sueños.
- Fernandes Mançano, B. (2006). *Movimientos socioterritoriales y movimientos socio espaciales: contribución teórica para una lectura geográfica de los movimientos sociales*. Recuperado de <http://web.ua.es/en/giecryal/documentos/documentos839/docs/bmfunesp-5.pdf>
- (2008). *Sobre la tipología de los territorios*. Recuperado de http://acciontierra.org/IMG/pdf/BERNARDO_TIPOLOGIA_DE_TERRITORIOS.pdf
- Fernández, A. (2007). *Las lógicas colectivas: imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- (2008). *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid, España: La Piqueta.
- (1994). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- (2002). *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France (1981-1982)*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y programática popular*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Gohn, M. (1997). *Gohn, M. (1997). Teorías de los movimientos sociales. Paradigmas clásicos e contemporáneos*. San Pablo: Loyola Ediciones.. San

Pablo: Loyola Ediciones.

Gramsci, A. (1974). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 2, N°4*. México: Editorial ERA.

Guber, R. (2010). *La etonografía. Método, campo y reflexibilidad*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Norma.

Gutiérrez, R. (2008). *Los ritmos del pachakuti: movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia (2000-2005)*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.

------(Ed.). (2011). *Palabras para tejernos, resistir y transformar en la época que estamos viviendo*. Oaxaca/Puebla, México: Editorial Pez en el Árbol.

------(2014a). *Insubordinación, antagonismo y luchas en América Latina: ¿Es fértil todavía la noción de “movimiento social” para comprender la lucha social en América Latina?*. Recuperado de http://www.catedraalonso-ciesas.udg.mx/imágenes/documentos/seminario_anual/texto_Raquel_gutierrez.pdf

------(2014b). *Políticas en femenino. Reflexiones acerca de lo femenino y del significado de sus políticas*. En: Millán, M. (coord). *Más allá del feminismo. Caminos para andar*. DF, México: Pez en el Árbol-Red de Feminismos Descoloniales.

------(2015a). *Horizonte comunitario-popular. Antagonismo y producción de lo común en América Latina*. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Gutiérrez, R. & Salazar, H. (2015b). *Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la transformación social en el presente*. En: Linsalata, L.; Salazar, H. (comp.). *El Apantle - Revista de Estudios Comunitarios N°1*

- (octubre). *Común ¿para qué?*. Puebla, México: Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, España: Cátedra.
- Harnecker, M. (1999). *Contra la globalización neoliberal, por una globalización humanista y solidaria*. En: Revista "Herramienta". N°18. Año IV. Buenos Aires, Argentina.
- Harvey, D. (2008). *El neoliberalismo como destrucción creativa*. Recuperado el 22 de noviembre de 2014 de: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=65709>
- (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Buenos Aires, Argentina. Akal.
- Heasbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización: del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Heidegger, M. (1994). *Construir Habitar Pensar*. En: Conferencias y Artículos, Traducción de Eustaquio Barjau. Barcelona, España: Editorial Serbal.
- Hernández, V. (2006). *Estudiando el orden jerárquico a través del dispositivo implicación-reflexividad*. En: Cuadernos de Antropología Social N°23. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Herner, T. (2009). *Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari*. En: Huellas N°13. Universidad Nacional de La Pampa.

- Hinkelammert, F. (2003). *El asalto al poder mundial y la violencia sagrada del imperio*. Costa Rica: Editorial Consejo ecuménico de investigaciones.
- Kawulich, Bárbara B. (2006). *La observación participante cómo método de recolección de datos* [82 párrafos]. Forum Qualitative Socialforschung / Forum Qualitative Social Research [On-line Journal], 6 (2), Art. 43, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fgs052430>.
- Korol, C. (Ed.) (2015). *Las voces de los huelguistas. 53 días de acampe y huelga de hambre. Sistematización de experiencia*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones América Libre.
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona, España: Península.
- (2013). *La producción del espacio*. Madrid, España: Capitán Swing.
- Lourau, R. (2000). *El análisis institucional*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Martínez, P. (2006). *El método de estudio de caso. Estrategia metodológica de investigación científica*. En: Pensamiento & Gestión N°20. Barranquilla-Colombia: Universidad del Norte.
- Manzano, V. (2004). *Movimiento social y protesta social desde una perspectiva antropológica*. Recuperado de <http://biblioteca.cefyl.net/node/11881>
- Mazzeo, M. (2006). *El sueño de una cosa. (Introducción al poder popular)*. Buenos Aires, Argentina: Editorial El colectivo.
- (2014). *Entre la reinención de la política y el fetichismo del poder. Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina*. Rosario, Argentina: Puño y Letra Ediciones.

Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: Prometeo – CLACSO – Universidad de Buenos Aires.

------(2013a). *Marxismo crítico y teorías de los movimientos sociales*. Recuperado de <http://proyectoantagonismo.com/proyecto.html>

------(2013b). *Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicios de siglo*. En: Modonesi, M. (Ed). *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*. México: FCPyS-UNAM.

------(2016). *El principio antagonista. Marxismo y acción política*. México: Editorial Itaca.

Modonesi, M & Svampa, M. (2016). *Post-progresismos y horizontes emancipatorios en América Latina*. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=215469>

Movimiento de Pobladores en Lucha. (2015). *Lucha por la tierra, la vivienda y la ciudad. Voces de resistencia y avance*. Santiago de Chile, Chile: Poblador Ediciones.

Movimiento Popular La Dignidad. (2013). *Poder popular, prefiguración y militancia integral en los territorios urbanos*. En: Contrapunto N°3 - *Territorios urbanos en disputa*. Montevideo, Uruguay: Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio-Udelar.

Navarro, M.L. (2015). *Hacer común frente a la fragmentación de la ciudad: experiencias de autonomía para la reproducción de la vida*. En: Linsalata, L.; Salazar, H. (comp.). *El Apantle - Revista de Estudios Comunitarios*

Nº1 (octubre). *Común ¿para qué?*. Puebla, México: Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos.

Ouviña, H. (2011). *Especificidades y desafíos de la autonomía urbana desde una perspectiva prefigurativa*. En: Thwaites Rey, M. (comp.) *Pensar las autonomías. Alternativas de emancipación al capital y el Estado*. DF, México: Ediciones Bajo Tierra. pp: 255-280.

------(2013). *La política prefigurativa de los movimientos populares en América Latina. Hacia una nueva matriz de intelección para las ciencias sociales*. En: Acta Sociológica Nº62. México: Publicaciones del Centro de Estudios Sociológicos – FCPyS – UNAM.

------(2014). *De la prefiguración y la autonomía*. En: Renna, H. *Sobre el ejercicio y construcción de autonomías*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Poblare.

Pacheco, M. (2010). *De Cutral-Có a Puente Pueyrredón. Una genealogía de los Movimientos de Trabajadores Desocupados*. Buenos Aires, Argentina: El Colectivo.

Paredes, J. & Galindo, M. (1992). *¿Y si fuésemos una, espejo de la otra?. Por un feminismo no racista*. La Paz, Bolivia: Ediciones Gráficas.

Parra, M. A. (2005). *La construcción de los movimientos sociales como sujetos de estudio en América Latina*. En: Athenea Digital Nº8. Argentina: CLACSO.

Pérez Sanz, P. (2013). *Reformulando la noción de “Derecho a la ciudad” desde una perspectiva feminista*. En: Encrucijadas Nº5 (junio) – Revista Crítica de Ciencias Sociales. *Mujeres, géneros y feminismos*. Salamanca, España. pp: 92-105. <http://www.encrucijadas.org>

- Quijano, A. (1992). *Colonialidad y modernidad/racionalidad. Problemáticas culturales del mundo contemporáneo*. En: Perú Indígena N°13 (29). Lima, Perú. pp: 11-20.
- (2007). En: Castro y Grosfoguel (comp.) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Colombia: Siglo del Hombre.
- (2009). *Las paradojas de la colonial/modernidad eurocentrada*. En: Hueso Húmero N°53 (abril). Lima, Perú: Editorial Mosca Azul. pp: 30-59.
- Raffestin, C. (1993). *Por una Geografía do poder*. São Paulo, Brasil: Ática.
- Renna, H. (2014). *Sobre el ejercicio y construcción de autonomías*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Poblare.
- Segato, R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. En: Contrapunto N°5 – *Feminismos. La lucha dentro de la lucha*. Montevideo, Uruguay: Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio-Udelar. pp: 129-142.
- Sosa, M.N. (2015). *Ser usuarios: procesos de significación de lo colectivo de la propiedad en cooperativistas de viviendas por ayuda mutua en Uruguay. Tesis inédita de maestría*. Facultad de Psicología, Universidad de la República - Uruguay.
- Svampa, M. & Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- (2010). *Movimientos sociales, matrices socio políticas y nuevos escenarios en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Board.

- (2012). *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Taylor, S. J. & Bogdan, R. (1987). *Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación*. Barcelona, España: Paidós.
- Thompson, E. P. (1984). *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis preindustrial*. Barcelona, España: Crítica.
- (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: (primer edición en) Capitán Swing (1^{er} edición en inglés 1963).
- Thwaites Rey, M. (1994). *La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso*. En: Ferreyra, L., Loguidice, E., Thwaites Rey, M. (comps) *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90'*. Buenos Aires, Argentina: K&ai Ediciones, Colección Teoría Crítica.
- Valles, Miguel S. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológicas y práctica social*. Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Vargas, P. & Villat, M. (2014). *Mujeres en el pozo y en la obra. Reflexividad y aprendizaje significativo en dos etnografías sobre el mundo del trabajo*. En: Guber, R. (comp.). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila srl.
- Vilas, C. (1997). *Actores, sujetos, movimientos: ¿Dónde quedaron las clases?*. México: Revista del departamento de sociología. N°28. Mayo-Agosto.
- Vommaro, P. (2012). *Los procesos de subjetivación y la construcción territorial: un acercamiento desde experiencias de organizaciones sociales en Buenos*

Aires. En: ;Vommaro, P.; Piedrahita, C.; Díaz, A. (comp.). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*. Bogotá, Colombia: Universidad Distrital Francisco José de Caldas – CLACSO.

Wallace, S. (1998). *Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales*. en AAVV: *Antropología Social y Política*, Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Wallerstein, I., Arrighi, G., Hopkins, T. (1999). *Movimientos antisistémicos*. Madrid, España: Akal.

Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona, España: Península.

Zibechi, R. (2003a). *Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos*. OSAL N°9. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.

----- (2003b). *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Montevideo – Buenos Aires, Argentina: Nordan y Letra Libre.

----- (2008). *América Latina: periferias urbanas, territorios en resistencia*. Bogotá, Colombia: Desde abajo.

Anexo

Villa 31 – Retiro:





Imágenes áreas de las villas 21-24 y Ciudad Oculta / Barracas:

Ciudad Oculta



Villa 21-24:



Villa 1- 11 – 14 – Bajo Flores:



Algunas acciones que se despliegan en los territorios de las villas:

Nombre a las calles:



Servicio de distribución de gas:



Servicio de ambulancias:



Los muros como espacios de enunciación:

